

Los caminos de la sociología en el laberinto de la Revista Mexicana de Sociología *

SARA SEFCHOVICH

No le está prohibido al sociólogo ubicarse en un punto de vista unilateral, ya sea de carácter materialista, espiritualista u otro. A veces no se trata sólo de un pensamiento útil sino necesario. Empero, este método sólo es válido científicamente, a condición de tomar conciencia de la relatividad del procedimiento y de su validez puramente metodológica en la esfera de la investigación. No es más que una aproximación a la verdad y no la descripción integral del curso real de las cosas.

Julien FREUND

La imaginación sociológica es una cualidad mental que parece prometer de la manera más dramática la comprensión de nuestras propias realidades íntimas en relación con las más amplias realidades sociales. No es meramente una cualidad mental más entre el margen contemporáneo de sensibilidades culturales: es la cualidad cuyo uso más amplio y más hábil ofrece la promesa de que todas esas sensibilidades —y de hecho la razón humana misma— llegarán a representar un papel más importante en los asuntos humanos.

C. WRIGHT MILLS

Las filas de los críticos nunca son muy nutridas en las ciencias sociales y se reducen de continuo.

DOUGLAS DOWD

EN EL PRINCIPIO

Cuando don Lucio Mendieta y Núñez era aún licenciado —en 1950 se recibió de doctor en derecho— y en los teléfonos se escribía el nombre de la empresa Ericson antes del número, compuesto por cinco cifras, apareció el primer número de la *Revista Mexicana de Sociología*, publicada por el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Era el mes de abril de 1939.

No es casual la aparición de una publicación de este tipo en los años cuarenta, cuando se inicia en México un período de estabilidad política

* N. del E.: A lo largo de este número, las referencias a la Revista Mexicana de Sociología estarán entre paréntesis indicando el Número y el Año, para facilitar la lectura.

y afanes de desarrollo estimulados por el gobierno de la república, aliado a los grupos empresariales y con el apoyo de vastos sectores de la población. Y no es casualidad porque una de las primeras formas que siempre ha tomado la modernización en los países subdesarrollados ha sido el interés por "la cultura". Se cree en ella como símbolo y signo, como antecedente y consecuencia del progreso. De ahí que la Universidad en México exista desde hace siglos y acompañe las distintas etapas de la historia nacional, y de ahí su carácter prioritario para todos los gobiernos posrevolucionarios. Esta reverencia hacia "la cultura" explica los esfuerzos que desde los liberales, pero sobre todo a partir de la Revolución mexicana y hasta hoy, se han emprendido en todos los terrenos: desde la educación popular hasta el fomento de las bellas artes, desde la eliminación del analfabetismo hasta la expansión de la enseñanza universitaria, desde la divulgación por medio de libros, conferencias y exposiciones hasta el apoyo a la investigación científica y tecnológica, todo con la convicción de que el avance del conocimiento es el único camino seguro del progreso.

Así pues, las ciencias sociales se consideraron, inmediatamente después de la revolución y en plena hora de la reconstrucción nacional, como necesarias para México, como disciplinas que ocupaban un lugar destacado para el logro de los objetivos nacionales. Por eso en 1930, a un año de declarada la autonomía de la Universidad apenas fundado el Partido Nacional Revolucionario que definía la orientación de la dirección política nacional y apenas consolidados el Estado y el gobierno, se funda el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional para dar cauce a esta fe. Había entonces en el país un gobierno de inmensa popularidad, que había repartido tierras, había expropiado el petróleo y había organizado a los campesinos y a los trabajadores; era el de Lázaro Cárdenas, quien llevó a cabo lo que Pablo González Casanova llamó "una de las experiencias políticas más significativas de la historia contemporánea latinoamericana". Se trata de un presidente que, como escribió Adalbert Dessau, adoptó una serie de medidas que beneficiaron a la nación en general, incluida la burguesía que "explotó la popularidad de Cárdenas y el impulso revolucionario de las masas, no sólo para recuperar sus objetivos sino también para lograr recuperar firmemente la dirección de las masas que desde 1928 se le había escapado de las manos".¹

"La temprana creación del IISUNAM traduce la persistente fe en la utilidad del conocimiento para plantear soluciones a los grandes problemas nacionales [...] fe que tiene sus raíces en el liberalismo y sobre todo en el pensamiento positivista".² Y así nos lo hace saber su fundador y director: se trataba de un organismo destinado a la investigación y el estudio

¹ Adalbert Dessau, *La novela de la Revolución mexicana*, México, FCE, 1972, Colección Popular, p. 52.

² Ledda Arguedas y Aurora Loyo, "La institucionalización de la sociología", en *Sociología y Ciencia política en México*, México, UNAM-IISUNAM, 1979, p. 7.

científicos de la realidad social en México, “pero no con fines de especulación y de abstracción puras sino dentro de un riguroso sentido vital: a fin de encontrar fórmulas de acción adecuadas para resolver los problemas sociales más importantes del país” (Mendieta y Núñez, número 1 de 1939).

Así planteado, el resultado hacía aparecer a la sociología como una ciencia que cabía bien en los objetivos de la unidad nacional y de la modernización del país que imperaron en los cuarenta. En efecto, estos fueron los años de transición entre la revolución terminada y el desarrollismo. “Durante el gobierno de Manuel Ávila Camacho el Estado mexicano fue adquiriendo una fuerza cada vez mayor no sólo por sus funciones de administrar, imponer controles y legislar, sino porque intervenía activamente en la economía, lo cual le confería una gran capacidad de negociación apoyada por una eficaz maquinaria de partido y un más eficaz sistema de lealtades y recompensas. La coyuntura de la guerra mundial estimuló la industrialización (por vía de la sustitución de importaciones) y también permitió llevar a cabo, en aras del interés nacional, el proyecto de la conciliación de clases con el Estado por encima de todas, que se convirtió en la ideología gobiernista y frenó todo debate ideológico y político. El reparto agrario disminuyó notablemente y se sometió a la izquierda haciéndole perder importantes posiciones políticas [...] Al terminar la guerra se produjeron cambios en el orden económico internacional. Estados Unidos quiso imponer las tesis librecambistas y desalentar los procesos de industrialización en los países atrasados [...] Con Miguel Alemán se inició [...] lo que Luis Medina ha llamado ‘el autoritarismo modernizado’ [...] en el que ‘se observa un régimen salarial abiertamente favorable al capital, que resultó así ser el beneficiario casi exclusivo de la inflación que caracterizó al período en su conjunto [...] Se logró entonces el crecimiento de la economía y la estabilidad política [...] El Estado no enfrentó mayores cuestionamientos clasistas y pudo abocarse a promover abiertamente la consolidación capitalista: los latifundistas habían sido liquidados política y económicamente en el pasado reciente; la burguesía industrial y financiera había iniciado su desarrollo al amparo de la múltiple protección estatal [...] el proletariado industrial era poco numeroso y su atraso político e ideológico facilitaba su progresiva sujeción a los mecanismos de control corporativo; los postulados económicos y sociales de la reforma agraria fueron escamoteados y la legislación agraria sufrió una dura embestida”³ concluye González Casanova sobre esta situación de modernización y conciliación. “La sociedad civil compartió en gran medida los mitos y perspectivas oficiales. La comunicación fue particularmente

³ Sara Sefchovich, *México: país de ideas, país de novelas*, México, Grijalbo, 1988, pp. 141-143 y cit. José Ayala, José Blanco, Rolando Cordera, Guillermo Knochenhauer, Armando Labra, “La crisis económica: evolución y perspectivas”, en Pablo González Casanova y Enrique Florescano (coords.), *México hoy*, México, Siglo XXI, 3ª ed., 1977, pp. 37-39.

fácil, propia de un Estado-Nación. El lenguaje común habló el lenguaje oficial. El sentido común fue el oficial. La interpretación de la historia, de la economía y las perspectivas del futuro fueron parte de una sociedad civil que pensó como su gobierno y de un gobierno que se apropió del lenguaje de sus opositores.”⁴ Por eso el mismo Mendieta y Núñez escribió: “La UNAM abandonó ya la absurda idea de autonomía según la cual debería distanciarse y enfrentarse al gobierno en una actitud de crítica, de censura, de orgullo rebelde” y pedía a los gobernantes que basaran sus leyes, impuestos o procedimientos jurídicos en estudios previos hechos por los investigadores. Así la universidad y el gobierno podrían lograr una “comprensiva unión” (Mendieta y Núñez, número 1 de 1939).

DEL POSITIVISMO

Cuando don Lucio inició su empresa en los años cuarenta, se unió a la bien fincada tradición de pensamiento social que, influida por el pensamiento europeo, ya existía en México. Como escribió Raymond Lenoir en la *Revista*, los hechos sociales siempre fueron motivo de interés. En tiempos de la conquista le interesaron a Sahagún y en los de la independencia a Zavala Mora, Alamán, Otero y otros. Con el cambio del siglo fueron Orozco, Molina Enríquez y Luis Cabrera quienes los estudiaron. Es decir que, al iniciarse la publicación de la *Revista Mexicana de Sociología*, existía una tradición de pensar los problemas sociales, primero con el instrumento conceptual de la escolástica, después con el del liberalismo y por fin, con el del positivismo. La sociología (que se enseñaba en la Universidad de Boston desde 1883 y en la de Buenos Aires desde 1896), entendida ya como una disciplina preocupada por conocer lo social y como un instrumento para resolver problemas, había entrado en México a la Escuela Nacional Preparatoria desde finales del siglo XIX —en 1897— gracias a Gabino Barreda y Justo Sierra y a la fundación de la Sociedad Metodófila que había conducido en 1900 a la creación de la *Revista Positiva*. De modo que, como disciplina, la sociología nació marcada precisamente por el positivismo, doctrina oficial y única del porfiriano, que perduraría en México —a pesar de la oposición y las críticas del Ateneo— hasta la época a que hacemos referencia.

El positivismo nació en Francia con los trabajos de Henri Saint Simon, después de la revolución de 1789, y fue sistematizado por Augusto Comte como “gran teoría” durante la restauración. Así, según afirma Alvin Gouldner, adquiriría resonancia una estructura emergente de sentimientos colectivos en los cuales el mundo parecía necesitar nuevos proyectos, puesto que el compromiso hacia los proyectos sociales tradicionales se había

⁴ *Idem* y Pablo González Casanova, “El desarrollo más probable”, en *idem*, p. 279.

debilitado, al tiempo que crecía el prestigio de la ciencia. De esta búsqueda, empapada en los cambios de las condiciones económicas y sociales que habían resultado de la revolución industrial, surgiría la necesidad no sólo de moralizar sobre lo que debería ser la sociedad, sino también de encontrar lo que ella era en el presente y sería en el futuro. Así fue como se trazó un proyecto detallado y "positivo" del mundo social, que se basaba en las seguridades de la ciencia y que al mismo tiempo no perdía de vista lo que debería o podría ser la sociedad.⁵ La filosofía positiva de Augusto Comte se basa, según Blau y Moore, en una concepción de la naturaleza orgánica de la sociedad y su desarrollo progresivo⁶ y consiste, según Ramón Xirau, en mostrar "la necesidad de integrar y unificar las nociones de orden, ciencia y progreso" de donde sale su famosa afirmación de que "Ciencia, de donde previsión; previsión, de donde acción".⁷ Como científico social, Comte estuvo interesado en construir una "física social", es decir, una ciencia idéntica a las ciencias de la naturaleza, con métodos de observación, experimentación y comparación, organizada como un estudio empírico y sistemático de los hechos sociales y en busca de "una ley fundamental que explique los diversos hechos de la naturaleza, de la historia y de la cultura" en el mismo sentido en que lo hicieron los científicos de su tiempo, desde Hume hasta Darwin y Marx, siguiendo el modelo de Newton para la física o el de Lavoisier para la química, según los cuales era factible encontrar una ley única capaz de explicar un campo determinado de fenómenos. Escribe Xirau "la tentación de la física newtoniana invade el pensamiento del siglo XIX".

Comte encuentra esta ley en la que denomina "la de los tres estados": "En ella hay que saber encontrar tanto una idea de la historia como la idea de que la historia acabará por producir un estado de cosas perfecto: el estado positivo."⁸ Sabemos que este modo de ver las cosas, es decir, la filosofía evolutiva y de los hechos, venía del empirismo inglés, que a su vez había retomado la problemática fundamental de la filosofía de la ciencia del renacimiento, si bien dándole una nueva perspectiva en lo que se refiere al viejo problema de la correspondencia entre pensamiento y realidad, y sobre todo al del origen de las teorías (De la Garza, número 1 de 1987). Con Locke, Berkeley y Hume se privilegió lo empírico sobre lo teórico. Así, para el primero, las ideas vienen de las sensaciones o de la reflexión, de modo que la realidad se reduce al mundo sensible, y la relación sujeto-objeto, a la transmisión de lo empírico a través de los sentidos. Berkeley agregará a esta concepción la idea de que toda percepción

⁵ Alvin Gouldner, *The coming crisis of western sociology*, Nueva York, Avon Books, 1971, pp. 100-101.

⁶ Peter Blau y Joan W. Moore, "Sociology", en Bert F. Hoselitz (ed.), *A readers guide to the social sciences*, Nueva York, The free press, 1965, pp. 128-156.

⁷ Ramón Xirau, *Introducción a la historia de la filosofía*, México, UNAM, 9ª ed., 1983, p. 317.

⁸ Augusto Comte, cit. en *idem*, pp. 320-321.

es de por sí reflexión, de modo que no podemos distinguir entre lo que es el mundo y lo que le agrega nuestra mente: "Este concepto de la realidad —escribe Enrique de la Garza— se traduce en su propuesta del significado de la ley científica en donde el clásico planteamiento de búsqueda de causalidades de los fenómenos se transforma en el de la posibilidad de establecer únicamente asociaciones entre hechos concomitantes." Hume insiste en la crítica a la noción de causalidad —que también retomará el positivismo— pues considera que "lo que llamamos causalidad es sólo asociación", porque como todo conocimiento, el concepto de causalidad debería partir de la experiencia, la cual "sólo puede mostrar contigüidad y sucesión y no conexión necesaria" (*idem*).

Como se puede observar, los empiristas clásicos complicaron la problemática de la epistemología de la ciencia al dudar de que "los fenómenos pudieran conocerse en sus aspectos esenciales. Es decir, la confianza de los renacentistas en el pensamiento y la posibilidad de correspondencia de éste con la realidad fue puesta en tela de juicio" (*idem*).

Comte, preocupado por negar la metafísica y demarcar entre lo que era y lo que no era científico, convirtió el dato empírico en criterio de verdad. "De esta manera, toda proposición que no pudiera reducirse estrictamente a hechos sería metafísica" (*idem*). Además, proclamó el dogma de la eternidad de las leyes naturales al punto de practicar un naturalismo que lo llevó a pensar, como tarea de la ciencia, la búsqueda de leyes desobjetivizadas y neutrales, aunque consecuentes con la tradición empirista, y negó a la ley como conexión necesaria. Ahora bien, según este autor, para que existan leyes o hechos generales, deben ser verificables. La verificabilidad en la experiencia es la primera condición de un hecho positivo. Y para que sea verificable debe presentarse de modo repetible y no caprichoso ni azaroso. "Podemos definir un hecho positivo —resume Xirau— como el que es un hecho experimentable, verificable, repetido, que implica una ley natural, la cual a su vez se convierte en una ley científica". La ciencia pretende llegar a leyes cada vez más universales, por lo cual se considera que evoluciona permanentemente hacia el progreso. "Hecha a imagen y semejanza de la física —concluye Xirau— la sociología de Comte se convierte en el estudio invariable de las instituciones humanas."⁹ En efecto, así es como la sociología se ocupó de aquellas áreas institucionales concretas y de aquellos problemas sociales concretos de los que aún no se habían apropiado académicamente las otras ciencias: la familia, los grupos étnicos, las comunidades urbanas, el suicidio, la criminalidad, el divorcio. "En su práctica —escribe Gouldner— la sociología se convirtió en el estudio de lo que otras disciplinas habían dejado de lado [...] aunque se concebía a sí misma como caracterizada por sus perspectivas y preocupaciones distintivas, si bien no en términos de sus objetos concretos de estudio. Esto significaba que, en principio, la sociología

⁹ Ramón Xirau, *op. cit.*

podía estudiar cualquier aspecto de la vida humana, cualquier institución, sector, grupo o forma de conducta [...] pero la diferencia radicaba en el tipo de preguntas que se hacía sobre ellas.”¹⁰ La sociología aparecía como preocupada de la sociedad como un todo, pero responsable sólo de una dimensión de esa totalidad. Su dominio estuvo reducido a los aspectos formales de las relaciones y procesos sociales: la cooperación, la competencia, la integración, el conflicto. “La más importante de esas preocupaciones formales y lo que permaneció como el centro de la atención de los sociólogos académicos —que por otra parte había sido el centro de interés de los teóricos sociales occidentales desde Platón— fue el problema del orden social: la naturaleza y orígenes de la integración social, de la coherencia y de la solidaridad.”¹¹

Sin embargo, como escribe De la Garza, la intención positivista de fundar rigurosamente la ciencia en la lógica la llevó a un callejón sin salida, no sólo en lo que se refiere al problema de la correspondencia entre pensamiento y realidad que el positivismo transforma en el de verificación de proposiciones, o en el concepto de la experiencia como criterio de verdad que se transforma en el de observación, o en la búsqueda de legalidades al margen del sujeto, sino sobre todo en la aspiración a crear una ciencia libre de valores en donde el conocimiento puro y la metodología terminan por ser un fin en sí mismos y se colocan por encima de cualquier conflicto (número 1 de 1987).

La concepción del inevitable camino hacia el progreso y de la evolución dio lugar a las teorías de la sociedad como un organismo y a la versión de la selección natural que proclama la supervivencia del más apto y la supremacía del más fuerte, que fueron los desarrollos subsecuentes más importantes del positivismo y que se produjeron en Inglaterra. Los llamados darwinistas sociales —como Herbert Spencer— consideraban al cambio social como un resultado de la evolución, gobernado por leyes que la acción humana no podía modificar, de modo que el objetivo de la ciencia social era describir las etapas de la evolución y nada más. Sin embargo, con todo el peso que tuvo el positivismo francés en el pensamiento mexicano, esta línea considerada por Vasconcelos como su “versión británica” tuvo menor repercusión en la sociología mexicana, aunque influyó el pensamiento antropológico.

DE LOS CLÁSICOS AL FUNCIONALISMO

Durante el último cuarto del siglo XIX, cuando en Europa se consolidaba la industrialización, la organización en gran escala y el creciente imperialismo anterior a la primera guerra mundial, Emile Durkheim y Max Weber abrieron nuevos caminos para la sociología, que cerraban la vía del

¹⁰ Gouldner, *op. cit.*, p. 39.

¹¹ *Idem*, pp. 93-94.

evolucionismo y abrían la del funcionalismo. Durkheim concebía la sociología como el estudio científico de las relaciones entre los hechos sociales, definiendo éstos como los fenómenos generales que caracterizan a una comunidad, tales como las leyes, que imponen limitaciones externas sobre los individuos y que deben ser consideradas como cosas objetivas. Así, el pensador francés pretendía demostrar que los hechos sociales sólo se pueden explicar en términos de otros hechos sociales y no en términos de factores psicológicos o evolucionistas. Así por ejemplo, la división del trabajo era explicable por el crecimiento de la población y cumplía una función en la sociedad.¹²

Para Durkheim, el problema no radicaba entonces en que aún quedaran remanentes del pasado en la sociedad, peligrosos para sí misma, sino que lo grave era el crecimiento de la anomia o, lo que es lo mismo, la decadencia de la moral que ataba y contenía a los seres humanos. Y no pensaba que esta pobreza moral se fuera a superar en el mañana, sino que debía superarse en el presente, no en función de una madurez o de cambios en la sociedad del futuro, sino de las decisiones del ahora, que no era, como lo veían los evolucionistas, algo incompleto y en proceso de cambiar, sino que así era y así seguiría siendo en diferentes tiempos y sociedades, pues tenía que ver con la insaciabilidad inherente al ser humano. No se trataba pues de explicarse el camino del progreso, sino de hacer un análisis del orden; y así, la sociología se convertía en la ciencia social del presente sincrónico.

Por su parte, Max Weber, discípulo de la tradición histórica alemana, se negó a aceptar cualquier utilitarismo y criticó al empirismo y al positivismo, pero también al marxismo. Colocado en medio de los debates entre el materialismo y el idealismo y entre la historia y la ciencia, se negó a aceptar la interpretación del cambio histórico en términos de los intereses económicos, para afirmar la importancia de las ideas, y en particular de la ética religiosa, como influencias fundamentales para el desarrollo social y la conducta humana: "Los productos sociales son el resultado del esfuerzo de los hombres por seguir sus ideas y sus ideales" escribió, de modo que el capitalismo aparecía como la consecuencia de la ética protestante calvinista.¹³

Lo mismo que Durkheim, estuvo de acuerdo en la importancia de los valores morales, de la parte no racional en los seres humanos, aunque para este último se tratara de ver en dónde lo inhibían y limitaban, mientras que aquél buscaba su parte motivacional, estimuladora. Si Durkheim consideraba que los valores, cuando compartidos, llevaban a los humanos a la solidaridad "mecánica", Weber veía cómo la defensa de los diferentes valores conducía al conflicto; y si para Durkheim la división del trabajo parecía la forma de mantener la sociedad y lograr el orden social sano y

¹² Blau y Moore, *op. cit.*, p. 170.

¹³ *Idem* y Gouldner, *op. cit.*

la solidaridad orgánica, a Weber le preocupaba la posibilidad de un orden social poderoso (dominado por la burocracia) que alienaría al ser humano. Y es que el pensador francés hundía sus raíces en el utilitarismo, mientras que el alemán retomaba del romanticismo la necesidad de encontrar sentido y significado a la vida del ser humano. Por eso, para Weber la sociología tenía como objeto la "acción social", pero no solamente para comprenderla, sino para explicar causalmente su desarrollo y sus efectos. Dicha acción, que podía o no ser de tipo racional, impedía formular leyes en el sentido positivista, aunque sí tipos ideales que son, según José Antonio Alonso, "construcciones utópicas de ciertos elementos de la realidad en una forma lógicamente precisa".¹⁴ Según muchos autores, este planteamiento weberiano conduce a contradicciones insalvables, pero a nosotros nos preocupa menos eso que la influencia global que tuvo su humanismo historicista en la sociología, sobre todo en el sentido de relativizar la teoría marxista: "Weber cambió la pregunta marxista del origen del capitalismo al origen del espíritu del capitalismo" afirma Sotelo.¹⁵ Y es que, como sostiene Irving Zeitlin, responder a Marx le preocupó no sólo a Weber, sino que "los sociólogos descollantes de fines del siglo XIX y comienzos del XX desarrollaron sus teorías recogiendo y enfrentando el desafío intelectual del marxismo. Weber, Pareto, Mosca, Michels, Durkheim y Mannheim son sólo unos pocos de los pensadores que se empeñaron en lo que fue a veces un diálogo y otras veces un debate con el legado de Marx."¹⁶

Sin embargo, la influencia del pensamiento weberiano, aunque muchas veces nombrado e invocado, no fue tan importante como la de Durkheim, en la sociología mexicana. Con él se impuso la concepción de la sociología como ciencia analítica, unida a la concepción positivista de la utilidad del conocimiento para el cambio social. Así, el carácter de las investigaciones sociológicas se orientaba cada vez más al estudio de los patrones sociales recurrentes y abandonaba el estudio de sistemas sociales completos y de su desarrollo histórico. A esta mirada contribuyó sin duda también el funcionalismo, nacido a partir de la idea de que las costumbres, las instituciones y las relaciones sociales persistían porque y sólo porque cumplían una función social, es decir, porque tenían una utilidad —que podía ser o no económica, pero que de seguro era social.

El funcionalismo nació con los trabajos de los antropólogos Alfred Radcliffe Brown y Bronislaw Malinowsky. El primero de ellos, en el mismo sentido de Durkheim, se centró en el problema del orden social en las sociedades primitivas, en la utilidad de la solidaridad social (que iba desde conseguir alimentos hasta bailar) y de las instituciones sociales. Malinowsky, en cambio, en polémica con Durkheim, buscó "relacionar las

¹⁴ José Antonio Alonso, *Metodología*, México, Edicol, 2ª ed., 1980, p. 83.

¹⁵ Cit. en *idem*, p. 85.

¹⁶ Irving Zeitlin, *Ideología y teoría sociológica*, Buenos Aires, Amorrortu, 1970, p. 361.

instituciones sociales con las necesidades de las especies que veía como la razón por la cual éstas se desarrollaban”,¹⁷ es decir, era suya la concepción de que las instituciones sociales estaban enraizadas en las necesidades universales de los individuos, de modo que la solidaridad social no se debía a ninguna conciencia colectiva, sino a realidades prácticas. En ambos casos, se trataba de una negativa a aceptar el evolucionismo. El funcionalismo nació marcado por el interés en un presente intemporal y por el método de sólo tomar en consideración aquello que se podía observar de primera mano o de forma directa. Para la sociología esto significó una limitación, pues era difícil observar a las grandes sociedades igual que a las pequeñas; y sin embargo, se usaron y alabaron sus métodos.

“El enfoque funcional —escribe Eli Chinoy— considera a la sociedad como un todo más o menos integrado, cuya estructura y dinámica requieren análisis [...] Se trata de mostrar la función de las normas, creencias, patrones de conducta y relaciones sociales dentro de toda la estructura o en relación con sus elementos aislados. La cuestión central del funcionalismo se refiere al mantenimiento del orden social.”¹⁸ Por funciones se entiende, apunta el mismo autor, “las consecuencias objetivas observables de los fenómenos sociales; patrones culturales, instituciones, papeles, relaciones sociales y todos aquellos que siguen un patrón repetitivo o regular y que por tanto pueden ser sujetos de análisis”, y agrega que “los fenómenos deben verse en relación con la interconexión de funcionamiento y no por unidades sustanciales separadas”, lo que quiere decir que los hechos sociales deben verse en sus relaciones con otros elementos de la sociedad concebida ésta como un sistema dinámico de partes interdependientes, de manera tal que el cambio en alguna parte ocasiona cambios en las demás.¹⁹

El nombre más importante en la sociología funcionalista, con influencia fundamental en América Latina, es el de Talcott Parsons. Según José Antonio Alonso, este autor “nos ofrece un magnífico ejemplo del formalismo como tendencia opuesta y complementaria del empirismo y simultáneamente del análisis funcionalista” y agrega: “El empirismo da la preeminencia al Objeto; mientras que la variante formalista se la otorga al Sujeto. El empirismo insiste en las fases de la investigación que facilitan el contacto entre el investigador y la realidad objetiva, que se supone capaz de hablar por sí misma; el formalismo relega la observación empírica a un segundo término y privilegia el desarrollo teórico y conceptual.”²⁰ Para Parsons, la teoría está antes que los hechos, es decir, tiene primacía frente a la realidad empírica y su función consiste “más que en la integración del nuevo hecho al sistema de relaciones lógicamente deducibles, en la capacidad de indicarnos qué hechos será posible observar en

¹⁷ Gouldner, *op. cit.*, p. 128.

¹⁸ Eli Chinoy, *La sociedad*, México, FCE, 1966, p. 85.

¹⁹ Cit. en *idem*.

²⁰ Alonso, *op. cit.*, pp. 55-56.

circunstancias determinadas [... de modo] que la verificación —proceso fundamental en las ciencias empíricas— consiste en la investigación de los fenómenos de acuerdo con las expectativas derivadas de la teoría para ver si los hechos concuerdan o no con esas expectativas”. Ahora bien, su “teoría de los roles” lo convierte en funcionalista pues “concibe las diversas estructuras sociales como todos constituidos por la agregación de individuos cuya funcionalidad o contribución al mantenimiento del sistema queda asegurada por el buen desempeño de su rol”.²¹ Esta tesis lo lleva a hacer el análisis del cambio social y del desarrollo económico acudiendo a planos individuales, ya que el sistema social es una unidad en que se da “la relación entre los papeles sociales vividos por actores individuales y el conjunto de las posiciones sociales definidas por los sistemas de integración”.²²

Gouldner encuentra dos etapas en el pensamiento de este sociólogo, la primera con énfasis “en la importancia que tiene el resultado gratificante de la conformidad individual con los valores y de las contribuciones de diversas estructuras sociales o procesos para la integración de los sistemas sociales” y la segunda, que pasó de los valores morales como estímulo a la acción social y del esfuerzo individual como forma de mantener la vitalidad del sistema a ver al sistema social como dependiente de sus propias herramientas, poniendo el énfasis en la interacción de las instituciones y en la operación de los mecanismos diversos y autónomos de la integración del sistema.²³ Parsons pasaba así de ocuparse de los individuos a interesarse en el sistema social; y lo moral pasaba a ser resultado de este último, producido por sus mecanismos.

Después de él, la sociología norteamericana vio nacer sus mejores estudios empíricos, cuya influencia fue fundamental en los primeros años de la sociología mexicana. Se trata de los trabajos de Thomas y Znaniecki, Cooley, Lazarsfeld, Shils, Riesman, Berelson, Lipset y Sorokin. Este último se interesó por volver a reunir la evidencia empírica con la teoría, lo cual, debido a otras influencias (de las que se hablará más adelante) era precisamente lo que nuestros sociólogos buscaban.

Por último, están los estudios de Robert K. Merton, para quien lo social no está sólo en las relaciones objetivas, sino que hay diferentes niveles de participación en ellas, establecidos o estructurados socialmente. Así, este autor se refirió a las orientaciones subjetivas de las personas (el componente voluntarista al estilo Parsons) pero de una forma completamente secularizada, como una más de las muchas consideraciones analíticas, libres de cualquier *pathos* especial, y tomó las consecuencias funcionales de diversos patrones sociales como su punto de partida. Sostuvo el poder explicativo de la estructura socialmente generada: “Para explicar la existencia de un fenómeno social dado debemos encontrar sus funciones —o sea, sus

²¹ *Idem*, p. 65.

²² Cardoso, cit. en *idem*, p. 68.

²³ Gouldner, *op. cit.*, p. 139.

consecuencias— para el sistema social más amplio del cual forma parte.”²⁴ Escribe Merton: “La orientación central del funcionalismo se expresa en la práctica de interpretar los datos estableciendo consecuencias para las estructuras más amplias en los que están implicados.”²⁵

La idea mertoniana del enfoque funcional, que hace énfasis en las consecuencias de lo disfuncional tanto como de lo funcional en los patrones sociales, y que explica los disturbios tanto como la estabilidad, condujo a la visión de los teóricos del conflicto social —principalmente Ralph Dahrendorf— para quienes el proceso de intercambio que se da dentro de las estructuras señaladas —y que se produce entre diferentes actores, tipos de actos y formas—, así como la autoridad y su distribución diferencial, constituyen factores del conflicto social. La tesis del conflicto tuvo más peso entre nosotros que la de disfuncionalidad, y marcó muchos de los estudios sociológicos más importantes de la época.

DE LA SOCIOLOGÍA COMO CIENCIA

La larga digresión sobre estas tendencias en el pensamiento sociológico —positivismo y funcionalismo en sus variantes— se debe a que ellas fueron las influencias fundamentales en el desarrollo de la sociología mexicana en sus primeros años de vida institucional, es decir, desde los años treinta hasta fines de los cincuenta. En efecto, en los años treinta del siglo que corre, Lucio Mendieta y Núñez retoma la preocupación por hacer de la sociología una ciencia en el marco de la Universidad Nacional, y de fundar un Instituto creado especialmente para hacer —como su nombre lo indica y en plural— investigaciones sociales. Su objetivo es hacer una ciencia que: “En crítica precisa, procediendo por aproximaciones, de un conjunto complejo extrae los grupos sociales, su organización y desarrollo, la influencia de los factores externos e internos de la dinámica social.” (número 1 de 1939).

Nacían pues las ciencias sociales en México con la idea positivista de ser enlace entre la investigación teórica y la utilidad práctica, para lo cual la línea que se siguió fue aquella que asegurara que dichas ciencias eran todo lo serias y dignas para cumplir con ese objetivo, es decir, se siguió el modo de pensar según el cual los fenómenos sociales se encontraban regidos por leyes “que en esencia son de la misma índole que las que determinan los fenómenos del mundo físico”. Este modo de pensar necesariamente conducía al afán empirista comtiano y durkheimiano, aunque en un principio los métodos se tomaron de las teorías antropológicas que iban de Boas a Mead, Benedict y hasta Redfield, del funcionalismo de Mali-

²⁴ Walter Wallace, “Overview of contemporary sociological theory”, en Walter L. Wallace (ed.), *Sociological Theory*, Chicago, Aldene Publishing Co., 2nd printing, 1970, p. 25.

²⁵ Robert K. Merton, cit. en *idem*.

nowsky primero y de Parsons después, de las orientaciones de Le Play, Thomas y Znaniecki primero y de Ogburn y Sorokin después; en fin, de las versiones norteamericanas que imponían las escuelas de sociología de Chicago y Harvard. El resultado fue una ciencia que podía conocer los fenómenos sociales y evitar los males sociales proponiendo la organización adecuada del mundo. Y lo único que faltaba para alcanzar este objetivo era la sistematización y el trabajo empírico riguroso al que se dedicaron con ahínco los estudiosos.

¿Qué es lo que debían estudiar esas ciencias sociales así concebidas y cómo debían hacerlo?

Hay algunos problemas principales que preocuparon a la sociología mexicana en los años cuarenta, según da cuenta de ellos la *Revista Mexicana de Sociología*. El primero fue la obsesión por definir qué era la sociología y su estatuto de cientificidad; delimitar su campo de estudio y fundamentos, sus conceptos, sus métodos y técnicas y sus relaciones con otras ciencias. Se abordó y debatió largamente diversos problemas: los de la filosofía social, la filosofía de la historia, la realidad social y la autonomía de la ciencia; los de la objetividad, las técnicas de investigación y las leyes sociológicas. Se hicieron análisis cuantitativos y tipologías, se estudió el conflicto social, las actitudes y valores, la dinámica social, la familia, la delincuencia, la demografía —tendencias del crecimiento de la población y su distribución espacial, por edad, rural y urbana— y también las corrientes del pensamiento y los autores (“el panteón de los hombres ilustres”) como Comte, Durkheim, Weber, Simmel, Parsons, Sorokin, Wiese, Lasalle, Croce, Merton, Heidegger, Bogardus, Tarde, Tonnies y el sociólogo mexicano Antonio Caso, quien según afirma Eduardo García Máynez en la *Revista*, hizo “una filosofía de la vida, de la intuición y de la acción, una vigorosa polémica en contra de los excesos del intelectualismo y sobre todo del positivismo”. En la *Revista Mexicana de Sociología* aparecen los nombres más destacados del mundo intelectual mexicano, latinoamericano, norteamericano y europeo de la época.

La primera preocupación es pues definir qué es la sociología. Escribe Luis Recasens Siches en la *Revista*: “La sociología no se funda como ciencia dedicada especialmente a la captación de los fenómenos colectivos hasta el comienzo del siglo XIX.” Aunque en veintitantos siglos de reflexión filosófica en el mundo de occidente, el tema de la sociedad estuvo en las meditaciones de los pensadores, la sociología, ya como ciencia construida, se elaboró fundamentalmente bajo el signo del positivismo y con pretensiones de amplitud enciclopédica (número 1 de 1939). Ello fue así porque, según afirma René Barragán, para comprender la esencia autónoma de lo social tanto frente al Estado como frente a los individuos, fueron necesarias las revoluciones europeas de los siglos XVIII y XIX. Sólo entonces fue posible que se desarrollaran dos líneas de pensamiento social: la científica, que recogía una tendencia a observar, experimentar y medir lo social de la misma manera que lo natural, y que veía a la sociedad como un orga-

nismo influido por factores como la geografía, la raza y la economía, buscando explicarse los fenómenos de la vida social por alguno de estos elementos; y la filosófica, que interpretaba los hechos singulares como la actividad desplegada de un espíritu social, como realidad subsistente, distinta de los individuos y verdadera protagonista de la historia y que, influida por el romanticismo y el pensamiento hegeliano, llegó a conformarse en una filosofía de la historia. Ambos modos de pensamiento entraron en crisis con el avance del tiempo y de los conocimientos, de modo que fue necesario revisar y depurar la sociología. Eso hizo Durkheim cuando se opuso a la substancialización de lo social y cuando afirmó que la sociedad es un todo distinto de los individuos cuyo principal factor —más no el único— era la división del trabajo, y eso hicieron Simmel y Cassirer cuando se opusieron al naturalismo y el primero de ellos convirtió a la sociología en una ciencia cultural que estudia los modos de acción recíproca entre los hombres que integran las instituciones sociales (siguiendo el antecedente que había planteado Tönnies), o Wiese, Weber y Parson cuando depuraron el concepto de lo social y del método, desarrollando el primero de ellos el cuadro completo de las posibles formas sociales y el segundo los tipos sociales nacidos de la interpretación de la intencionalidad y el sentido de los hechos sociales, dirigido a un valor; y por fin Pareto, cuando sostuvo que los fenómenos sociales se encuentran en mutua dependencia y que no hay causas únicas, sino interdependencia causal; y Scheler, cuando afirmó que es necesario el estudio de las condiciones sociales que hacen posibles los ideales y las formas del saber; y Spengler, con su concepto de la evolución de las culturas. (Barragán, número 1 de 1940 y Recasens Siches, número 1 de 1939.) Se trata de posturas diversas que, según Recasens Siches, se podrían resumir en dos grandes líneas: la formalista y la historicista, que son las dos tendencias principales que toma la sociología en este siglo, es decir, la de aquellos preocupados por el aspecto cuantitativo y la constitución de leyes, y la de quienes se interesan por la reflexión histórica o filosófica (número 1 de 1939). Los primeros predominaron en los Estados Unidos y su credo lo resume George Lundberg cuando escribe en la *Revista*: “Hay que partir de las verdades o axiomas que pueden tener validez para dirigir y delimitar la investigación [...] su valor científico práctico depende enteramente de la posibilidad de deducir de ellos los teoremas que describan correctamente las conductas de un gran número de acontecimientos concretos observados. La demostración objetiva de que dichos teoremas se ajustan a los hechos tiene que esperar el desarrollo de las técnicas calculadas para la estandarización de las relaciones humanas a fin de que los individuos puedan corroborar o refutar sus observaciones entre sí. Los postulados que deberán adoptarse finalmente dependen únicamente de su relativa capacidad para abarcar un gran número de casos” (número 4 de 1941).

La segunda línea de pensamiento se desarrolló sobre todo en Europa, donde sociólogos como Gaston Bouthoul se preocupaban por entender a

la sociedad como “un grupo de hombres de la misma mentalidad, la cual no está creada ni por la vecindad ni por la analogía física”, sino que constituye una serie de afinidades psicológicas, un sentido semejante de los valores y un mismo ideal, es decir, constituye una lógica (número 4 de 1949).

Como se puede observar con los ejemplos extremos de Lundberg y Bouthoul, se trata de dos modos de pensamiento, de dos concepciones de las tareas del científico social e incluso de dos léxicos absolutamente opuestos.

Según Lucio Mendieta y Núñez, la sociología es una ciencia revolucionaria porque nace de la inconformidad del hombre con la organización social imperante y quiere construir un mundo mejor (número 1 de 1939). Para Lundberg, lograr esto exige de los científicos sociales consagrarse a desarrollar tres tareas: la primera y principal, el conocimiento real dentro de las alternativas de acción que existan bajo determinadas condiciones y las probables consecuencias de cada una de ellas. La segunda, el científico social debe, como parte legítima de su tecnología tanto como de sus aplicaciones prácticas, ser capaz de indicar de una manera concreta lo que las masas de los hombres desean bajo determinadas circunstancias. Y finalmente, debe desarrollar en los aspectos aplicados de su ciencia, las técnicas administrativas para satisfacer más eficiente y económicamente estos deseos (número 4 de 1941). Pero no se trata en esta ciencia de los hombres en lo individual, sino como entes sociales, en el sentido en que lo define Pitrim Sorokin en la *Revista*: “El individuo no tiene un alma empírica, un yo, un ego, sino varios. Existe el yo biológico y después varios egos sociales, tantos como grupos sociales con los cuales esté conectado y de los que voluntaria o involuntariamente sea miembro” (número 2 de 1944). Lo que buscamos como sociólogos, según este autor, es estudiar las ideas, creencias, convicciones, sensaciones, gustos, aspiraciones y comportamiento del individuo hacia los demás (*idem*) y en este sentido, como afirma Gregory Zilboorg, la sociología aparece como un sistema de análisis y como una síntesis del funcionamiento social (número 1 de 1940) cuyo objeto —escribe George Gurvitch— es la realidad social considerada en sus diversos estratos de profundidad (número 3 de 1946). Manuel Gamio define lo que se entiende por realidad social: “Un conjunto de hechos y fenómenos actuales y pretéritos que han caracterizado y caracterizan la estructura y el funcionamiento de nuestra población” (número 2 de 1939).

Ahora bien, ¿qué estudiar de esa realidad social?

Para Sorokin, las ciencias sociales en el siglo xx deben orientarse al cómo y al por qué del cambio sociocultural y sus uniformidades, o sea, a la dinámica social (número 2 de 1944). Para Redfield en cambio, “son los valores los que constituyen el objeto de su estudio” (número 3 de 1947) y para Manuel Gamio, se trata de comprender los modos de ser y desarrollarse de la población, su forma de constituirse y sus procesos

mentales (número 2 de 1939). Los diferentes autores tienen distintos puntos de vista sobre el objeto de su ciencia y también sobre la forma de estudiarlo. Para Mario Lins, lo primero es que “exista la base teórico-conceptual en función de la cual determinados fenómenos son estructurados en un sistema de coherencia lógica”, de modo que la ciencia es un *theoretical construct*, es decir, un sistema que tiene una estructura lógica para comprender la masa de los hechos empíricos, su estructura y funcionamiento (número 2 de 1949). Para Dimitri Gusti, en cambio, el camino sería “examinar los hechos directamente y en persona” y se suma así a quienes insisten en que la naturaleza de la sociología consiste en “verificar las generalizaciones mediante la prueba empírica” (número 2 de 1947), o como lo pone Medina Echavarría, que la investigación sociológica debe someterse disciplinadamente a las técnicas adecuadas hasta encontrar leyes científicas por vía de la correlación, medición, causalidad, probabilidad etcétera (número 4 de 1940).

La preocupación por la sociología como ciencia llevó a los pensadores a preguntarse por el futuro de las ciencias sociales. Los autores empiristas no tenían dificultad para resolver esta cuestión. Escribe George Lundberg: “Es necesario apoyarse cada vez más en el discurso estadístico y matemático, hablar menos y decir más, consagrarse a desarrollar el conocimiento real dentro de las alternativas de acción, conocer y aplicar técnicas para alcanzar las finalidades que los hombres consideren dignas en cada época, liberarnos de temores e inseguridades ancestrales” (número 2 de 1943). En cambio Gurvitch, después de la experiencia de la guerra, se pregunta: “¿Cuál será la suerte y la orientación de la sociología en la hora actual, en este momento preciso de la historia después de la derrota del fascismo totalitario?” (número 3 de 1946). El tema preocupa a muchos autores: Barragán, Germani, Recasens Siches. Escribe este último: “La sociología se debate todavía en el esfuerzo por enterarse qué es la sociedad” (número 1 de 1939) y Medina Echavarría asegura que la razón de esta crisis radica en la distancia insalvable que se ha establecido entre teoría y praxis (número 4 de 1941). Su tesis es similar a la de Karl Mannheim, quien lamentaba la distancia que se había producido en las ciencias sociales entre la mirada totalizante y la especializada. Y como este autor, el pensador español se preguntaba “¿Cómo lograr una auténtica ciencia? [...] Analizando sus condiciones y límites reales en un momento concreto y con ello las posibilidades de realización de valores precisos” (número 1 de 1939). Propone entonces el camino de elaborar una teoría y de construir hipótesis que operen con eficacia en la resolución de una situación problemática, es decir, en la experiencia misma, pero hacer esto sin salirse del contexto histórico. Propone además aprovechar la experiencia heredada, pero también mantener viva la capacidad de cambiar el modo de pensar y, además, integrar las distintas especialidades; es decir, propone precisamente esa mezcla de empirismo e historicismo, de filosofía y ciencia, de mirada tradicional y moderna, de

vocación individualista y trabajo en grupo, de que están formadas la sociología mexicana y la latinoamericana del momento.

Y es que en efecto, en los primeros diez años de la *Revista* hay una apertura total hacia todas las corrientes del pensamiento, de modo que se pasa indistintamente de los estudios norteamericanos sobre técnicas de investigación o sobre dinámica social de Sorokin, sobre sociedades *folk* de Redfield o sobre retraso cultural de Ogburn, a las preocupaciones marxistas de Rodolfo Mondolfo sobre el ser y la conciencia, a los escritos llenos de jurisprudencia y de humanismo de Alfredo Povina y a las preocupaciones filosóficas de Emilio Uranga. Hay una sobreposición de materiales de distintas escuelas, con puntos de vista tradicionales y modernos, como lo demuestran los artículos de Luis Recasens Siches, que son siempre revisiones críticas de la sociología o notas para la delimitación del concepto, los de José Medina Echavarría sobre la sociología en aquellos días, entendida ésta como una época crítica, y sobre su reconstrucción, los de José Gaos sobre la relación entre individuo y sociedad o entre sociedad e historia, e incluso los de Lucio Mendieta y Núñez sobre las clases sociales. La razón de esto es que la sociología en México no sólo tuvo la herencia del positivismo y del funcionalismo, así como del empirismo norteamericano, sino que desde el principio cargó con otra, que era completamente opuesta a aquéllas y que tenía una larga tradición en nuestro país: la humanista.

DEL HUMANISMO Y LA UTOPIA AMERICANA

Según Irving Zeitlin, los pensadores del humanismo “consideran a la razón como la medida crítica de las instituciones sociales y de su adecuación a la naturaleza humana. El hombre, opinaban, es esencialmente racional y su racionalidad puede llevarlo hacia la libertad. También creían en la perfectibilidad del hombre. El hecho de ser infinitamente perfectible significaba que criticando y modificando las instituciones sociales, el hombre podía conquistar grados cada vez mayores de libertad; lo cual a su vez le permitiría realizar de manera creciente sus facultades creadoras potenciales. Las instituciones existentes, en tanto continuaran siendo irracionales, y por ende estuvieran en desacuerdo con la naturaleza básica del hombre, inhibían y reprimían dichas facultades”.²⁶ El humanismo, que había nacido en el siglo XVIII con el iluminismo y que en México tuvo gran influencia en el siglo XIX, fue retomado por los ateneístas que le agregaron otras influencias, como el vitalismo bergsonianiano y la filosofía de la cultura de Ortega y Gasset. Escribe Abelardo Villegas: “Cuando los transterrados españoles llegaron a México, Caso ya había dado a conocer las filosofías fenomenológicas de Husserl y Scheler; García Máynez apli-

²⁶ Zeitlin, *op. cit.*, p. 9.

caba las ideas de Hartmann a la filosofía del derecho; Oswaldo Robles constituía un representante agudo y polémico del neotomismo; Francisco Larroyo había puesto en auge la filosofía neokantiana y Samuel Ramos había difundido ampliamente las ideas de Ortega y Gasset. José Gaos, Joaquín Xirau, García Bacca, Roura Parella, Recasens Siches y Eduardo Nicol vinieron a enseñar en México el historicismo alemán, sobre todo el de Wilhelm Dilthey y el existencialismo, tanto el de Martin Heidegger como la versión francesa de Jean-Paul Sartre, a la vez que traían una versión renovada, directa, de Ortega, maestro de muchos de ellos.”²⁷ Este humanismo marcó a los pensadores mexicanos y se aunó a la tradición española del derecho y la jurisprudencia para configurar una perspectiva en la que se conjugaban ciencia y filosofía, modo tradicional y forma moderna, es decir, convivencia del pensador-ensayista con el sociólogo científicista para encarar los problemas sociales. “La tradición del pensamiento social latinoamericano en sus primeras fases así como su forma retórica y grandilocuente —escribe Abelardo Villegas— hacía un esfuerzo por asegurar la calidad humana y el potencial histórico que Occidente le ha negado, queriendo afirmar cada vez más su realidad presente y aspirando a la emancipación política social y mental.”²⁸

De esta herencia deriva la otra línea temática fundamental de la época que es el interés por América Latina como entidad y como utopía, pues según Mendieta y Núñez, “México es suma y compendio de los problemas sociales y económicos de América Latina”. Los temas son la unidad latinoamericana y las meditaciones sobre el alma nacional, así como las sociologías nacionales que buscan lo característico de la región, de la raza o de la nación. Se sigue el ejemplo de los que González Casanova llamó “nuestros clásicos”, quienes estudiaron los grandes problemas del continente “con un estilo a menudo excelente y un conocimiento de la historia y la filosofía propios del hombre culto que sale en parte y en parte reniega, de la cultura oligárquica. Sus temas principales y obsesivos fueron el de la autonomía cultural —desde Bello hasta Rodó—; el de la unidad latinoamericana —desde Sarmiento hasta Vasconcelos—; el de la admiración a la civilización estadounidense frente al atraso hispano —desde Alberdi hasta Bulnes—; el del indigenismo y la defensa de la ‘raza latina’ —desde Mora hasta Mariátegui—; el de las intervenciones estadounidenses y el imperialismo, desde Francisco Bilbao hasta Manuel Ugarte o Rafael Nieto, pasando por las páginas agudas de Martí; el de la Civilización, la Educación y la Barbarie, desde Sarmiento hasta Alejandro Korn pasando por Sierra; el del dogmatismo, las supersticiones y el poder excesivo del clero, desde Esteban Echeverría hasta Cecilio Acosta; el del militarismo y los dictadores, con páginas notables —por su crítica rebelde o su realismo conservador— de Montalvo, García Calderón y Vallenilla Lanz; el de la

²⁷ Abelardo Villegas, *La filosofía de lo mexicano*, México, UNAM, 1988, 3ª ed. p. 134.

²⁸ *Idem*.

revolución y el deber en que destacan Martí, Varona, Eugenio María de Hostos; y en fin, los que se refieren a la propiedad de los medios de producción como clave de los problemas sociales entre los que son ejemplo de agudeza José María Luis Mora y Mariano Otero”.²⁹

Ahí están pues entre los sociólogos del día los esfuerzos por rescatar a figuras como Martí, Sarmiento, Facundo; ahí están los documentos de la sociología hispanoamericana que reúne Rafael Heliodoro Valle buscando las raíces de la cultura en América y la mezcla con España y Francia que conforman nuestro modo de ser, y ahí están los escritos de Álvarez Andrews, Carneiro Leao, Patrón Irigoyen. “Urge el conocimiento sociológico de América”, escribe Vinicio Rodríguez de la Vega, “de nuestros temas políticos, tradiciones jurídicas y económicas, del vigor religioso del pueblo, de las causas de nuestras crisis profundas y del problema del indio” (número 1 de 1945), y Jorge Patrón Irigoyen afirma: “El imperialismo ha deformado atrozmente nuestra economía y nos ha convertido en meros productores de materias primas” por lo cual exige la unión de todos los países del continente que tienen “nuestra sangre indoibérica” y “nuestro pasado común” hasta conformar un poderoso Estado que no vaya a la zaga de la historia. Esta unión —asegura— “no es fantasía ni afiebrada imaginación de novelista” sino realidad posible una vez vencidos el pesimismo y el escepticismo y una vez liberados de nuestro complejo de inferioridad (número 2 de 1941). También Óscar Álvarez Andrews considera que “existen rasgos esenciales que caracterizan a todos los países americanos (por razones geográficas) y a los países latinoamericanos (por razones histórico culturales) (número 1 de 1942). Y Antonio Carneiro Leao escribe que se trata de comprender la vida en una sociedad, la nuestra: “Nuestra América es de un extremo al otro un campo vivo de experiencia en la cuestión del racismo. Las diferencias no se deben a la inferioridad sino al tipo de civilización y al nivel de cultura [...] El ambiente cultural explica el problema de la diferenciación psicológica, de la diferenciación mental, de la armonía social, de la heterogeneidad de razas. Es el mismo que facilita y condiciona la estructuración, la radicalización de la democracia de nuestra América” (número 1 de 1943).

DEL INDIGENISMO

Por fin, la tercera herencia fundamental de la época tiene que ver con otro problema que preocupó a la sociología mexicana en sus primeros años. Escribe uno de los investigadores del *USUNAM* para caracterizarlo: “Hay un México desconocido y ese México es el indígena.”

El indigenismo tenía una larga tradición en América Latina, donde

²⁹ Pablo González Casanova, “Los clásicos latinoamericanos y la sociología del desarrollo” en Varios autores, *Sociología del desarrollo latinoamericano*, México, UNAM, 1970, p. 10.

siempre existieron dos corrientes de pensamiento: los que consideraban que indios y mestizos eran culpables del atraso y los males de nuestros países y quienes defendían al indígena como raíz y fundamento de América. En México, el racismo spengleriano del porfiriato fue sustituido en la Revolución mexicana por el indigenismo que se volvió parte de la ideología oficial liberal-social de la época, según la cual “era tarea primordial estudiar y plantear soluciones prácticas a los problemas nacionales, en especial a los de la heterogeneidad cultural, centrandose en el problema indígena”.³⁰ De modo que conocer al indígena fue la primera consigna, no sólo de los sociólogos, sino de toda la intelectualidad nacionalista que se planteó, además, redimirlo por la educación, “salvar al niño indio porque el indio adulto es caso perdido”, escribe Luis Arturo González Bonilla en la *Revista*.

La manera de conocerlo fue antropológica. Según Manuel Villa, fue Manuel Gamio quien fundó ese modo de pensar en nuestro país, con sus características empiristas. “El tema proclamado por la escuela antropológica es el de la búsqueda de la integración nacional” y su consecución estaría influida “de un claro afán progresista a través de un enfoque culturalista.”³¹

Así pues, los sociólogos se dedicaron a conocer al indígena, más bien como antropólogos y etnólogos. Lo observan y describen desde su medio geográfico hasta su aspecto físico, desde su economía hasta su organización social, desde su religión hasta sus manifestaciones artísticas, desde su alimentación hasta sus costumbres, sus instituciones, sus relaciones sociales, su indumentaria y vivienda, sus idiomas, sus tradiciones, sus canciones, las razones de su estabilidad social, el peso de la familia y las jerarquías, y también su delincuencia y alcoholismo, sus cambios y tendencias, los efectos de la intrusión de extranjeros. Los estudiosos encuentran 48 grupos indígenas en el país, hablan de razas y grupos culturales, miden y clasifican, retratan la diversidad racial y explican la pluralidad de orígenes —según afirma Juan Comas en la *Revista*— de huastecos, huicholes, totonacas, yaquis, seris, coras, huaves, mixes, tarahumaras, zoquies, mazahuas y muchos más. Entre los autores que se dedican a estas investigaciones, destacan Francisco Rojas González, estudioso de aspectos como el compadrazgo, el totemismo, etcétera; Juan Comas, estudioso de los grupos sanguíneos y los tipos serológicos; Vicente Mendoza, que rastrea las supervivencias aztecas en bailes y cantos; Robert Redfield, que se interesa por las “características intangibles” del indio y por su fusión y asimilación a la sociedad; Roberto de la Cerda, Gonzalo Aguirre Beltrán y por supuesto Manuel Gamio. Es importante destacar que se vislumbra ya desde esta época una tendencia menos antropológica y más social en ciertos estudios ya no interesados en la

³⁰ Manuel Villa, “Ideología oficial y sociología crítica en México 1950-1970”, UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-Centro de Estudios Latinoamericanos, Estudios 16, p. 7.

³¹ *Idem*, pp. 7-8.

pura descripción, sino también en la exploración socioeconómica de lo que sus autores —Flores Zavala, Galán— llaman “la cultura material y espiritual”. En estos casos se habla de campesinos y de braceros en lugar de hablar de indígenas; y de producción económica y problemas del ejido y la agricultura, en lugar de hablar de costumbres y lenguaje.

LOS MUCHOS CAMINOS

Por último, otros problemas que preocuparon a la sociología de la época fueron el de la educación, la “redirección de las generaciones que surjan” según afirmó Antonio Carneiro Leao, y concomitantemente el de las universidades y el de la enseñanza de las ciencias sociales. Hubo también interés por la relación de la sociología con otras ciencias como la economía, el derecho y la psicología y, sobre todo, hubo un afán por dar cuenta de lo que se estaba produciendo en otros países, para lo cual además de publicar artículos sobre ellos (Inglaterra, Turquía, la URSS, Italia, Alemania, etcétera) el Instituto mantenía correspondencia con sociólogos de diversos países, participaba en eventos internacionales y publicaba en la *Revista* una excelente sección dedicada a reseñas bibliográficas, entre las que destacan las muy cultas, completas y bien escritas de Óscar Uribe Villegas.

Al finalizar los años cuarenta, la sociología en México aún no encuentra con claridad un camino. La *Revista Mexicana de Sociología* incluye indistintamente estudios norteamericanos de tipo empírico y empiricista y estudios europeos de tipo filosófico e historicista; por igual escritos latinoamericanos humanistas y de jurisprudencia y mexicanos de tipo antropológico y etnográfico. Pero este no encontrar un camino fue precisamente una virtud, pues le permitió a la *Revista* convertirse en un panorama amplio y rico de lo que sucedía con esta ciencia en el mundo, cualidad que luego perdería para elegir un solo camino.

En los años cincuenta, continúa el interés en las ciencias sociales, ahora menos para definir su estatuto de científicidad, sobre el que ya hay más seguridad para delimitar su función, su campo de estudio, sus conceptos, sus técnicas de trabajo y sus relaciones con otras ciencias. Aumenta de manera significativa el interés por las técnicas: el muestreo, la entrevista, las taxonomías y tipologías. Los temas del Primer Congreso Nacional de Sociología y el modo de agruparlos y organizarlos dan indicio de las áreas de interés de la época: 1) la enseñanza y la investigación de las ciencias sociales; 2) la familia; 3) las clases sociales; 4) la opinión pública y la democracia; 5) sociología criminal; 6) sociología y antropología; 7) la educación; 8) sociología de la cultura; 9) la sociología y las ciencias auxiliares; 10) métodos de investigación social; 11) temas libres sobre la sociedad en general o sobre algún aspecto de la sociedad en México. Un año después, en el Segundo Congreso se incluyen nuevos temas: socio-

logía del arte, conceptos sociológicos, folklore, sociología política y de administración, movilidad social, ocupación y trabajo, conceptos sociológicos, metodología, sociología del conocimiento, psicología social, sociología de la economía, filosofía social, etnografía social, lenguaje, sociología e historia, problemas de población, de religión y de instituciones, además de los tradicionales de la familia, el crimen y la delincuencia, el derecho, la etnografía, la educación y la universidad.

Como se puede ver, la sociología era algo muy amplio y general que lo abarcaba todo. No había un camino, una especificidad ni una tendencia. Lo mismo que en la década anterior, en la *Revista* hay desde quienes se preguntan —como José Villanueva— si la sociología es una ciencia natural o una ciencia del espíritu; hasta quienes hablan ya de la sociedad de masas y la cultura de masas; desde quienes se preocupan por la influencia de la herencia biológica en la criminalidad hasta quienes —como Italo Luder— empiezan a hacer sociología política y teoría del Estado; desde quienes siguen viendo a América Latina como lugar para la retórica unificadora, hasta quienes estudian sus formas concretas de trabajo y explotación; desde quienes se interesan por el conflicto social, hasta quienes estudian problemas demográficos y económicos.

En los años cincuenta, la *Revista Mexicana de Sociología* mantiene la doble perspectiva que caracterizó a la década anterior: la de una visión tradicional simultánea a una visión moderna de la disciplina. Así por ejemplo, se mantienen las viejas preocupaciones de William Ogburn sobre la evolución social, de Feliks Gross sobre el enfoque valorativo del cambio social, de Fausto Vallado sobre la cientificidad de la sociología o de Felipe López Rosado sobre la movilidad social junto con los temas nuevos, como por ejemplo Oscar Uribe Villegas sobre “la experiencia comunicativa” y problemas de lingüística, Irving Horowitz sobre la teoría general de la ideología y la utopía, Joseph Roucek sobre la ideología como elemento componente de la sociología del conocimiento (“Una ideología es la forma en que vemos el mundo que nos rodea. Ella le da significado lógico a cualquier lucha social dándole asimismo esperanzas y explicaciones. Las ideologías pretenden que promueven los valores y significados universales de su grupo social y que representan el significado absoluto. Por eso se les usa como medios de control”, (número 1 de 1950) o Francisco Ayala y Paul Meadows sobre la aparición de la sociedad de masas (“En el último siglo de seres humanos y particularmente los euroamericanos han pasado de las comunidades locales y aisladas a las sociedades de masa interactivas y enormes. La cultura industrial del mundo occidental ha producido en el último siglo una edad de las masas. La sociedad de masas del hombre moderno es un producto de cuatro tecnologías principales: la tecnología industrial de la mecanización en masa, que dio por resultado una nueva organización humana de la producción: el industrialismo; la tecnología política del gobierno centralizado que produjo una nueva organización del Estado: el sistema nación-estado; la tecnología

social de urbanización y comercialización levantada sobre la cultura *folk* decadente, que creó una nueva forma de organización social: la sociedad urbana contractualista y secundaria; y la tecnología psicológica de la comunicación a través de las masas que ha dado forma a una nueva organización de los intereses humanos: una edad de la comunicación y los movimientos en masa”, número 1 de 1952).

Con todo, la tendencia dominante es a la investigación empírica, operativa, cuantitativa y experimental así como a elaborar modelos de sociología aplicada. Así por ejemplo, Luis Pinto habla de clasificar los procesos sociales en simples y complejos (número 1 de 1957) y Pitirim Sorokin habla de estratificación y movilidad social: “nuestra sociedad es una sociedad móvil, de carácter dinámico y eso condiciona su organización social y la esencia misma de su fisiología social. Para estudiar la movilidad antes hay que conocer la estratificación social” (número 1 de 1953).

Durante los años cincuenta, escriben en la *Revista* autores norteamericanos como Sorokin, Gouldner, Zimmerman, Young (que publica aquí la primera versión completa de su libro de técnicas de investigación social), Jones, Klineberg; franceses como Bougle, Aaron, Lenoir, Sirol, Bastide, Chevalier, Gurvitch; italianos como Nicéforo y Mondolfo; españoles como Recasens Siches, Roura Parella, Medina Echavarría, Comas, Carmona Nenclares; latinoamericanos como Povina, Germani, Lins, Oliveira Viana, Menezes, Poblete, Mendoza, Bossano; mexicanos como Aguirre Beltrán, Gamio, y los miembros del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad —que en el año de 1954 se instala en la Torre de Humanidades de la Ciudad Universitaria— como Mendieta y Núñez, Uribe Villegas, González Casanova y Benítez Zenteno.

FIN DE UNA ÉPOCA

Al cumplir sus primeros veinticinco años, la *Revista Mexicana de Sociología* hizo una recapitulación que fue al mismo tiempo el epitafio de una época y de un modo de ejercer su ciencia. En efecto, en el número de aniversario de 1964 se reunieron artículos sobre modelos de sociología aplicada, teoría de la causación, conceptos de forma y estructura, de espaciología social y teorías sobre el cambio social en la sociedad moderna que serían los últimos de la sociología empiricista en nuestro país, pues ahí terminó para la *Revista* este tipo de escritos. En adelante sería otra la *Revista Mexicana de Sociología*.

Cuando Georges Gurvitch se preguntó cuál sería el destino de las ciencias sociales después del triunfo contra los totalitarismos fascistas (número 3 de 1946), posiblemente no imaginó que la respuesta estaría enmarcada en los límites del marcathismo y la ideología conservadora que floreció en los Estados Unidos en la década de los cincuenta. Tampoco Mendieta y Núñez, Medina Echavarría o Recasens Siches imaginaron

cuánto de esta respuesta sería determinante para conformar la sociología latinoamericana de las décadas siguientes, cuando los pensadores de este continente, después de la Revolución cubana de 1959, y hartos de lo que consideraban “la agresividad técnica” de la sociología estadounidense, le dieron una patada al empirismo y lo expulsaron de nuestro ámbito académico.

En 1966 tomó posesión como director del IISUNAM, y de la *Revista* Pablo González Casanova, quien se propuso convertir a la sociología mexicana en una ciencia crítica, de y para los latinoamericanos y libre de las viejas influencias, particularmente de la positivista-funcionalista-empiricista. Según este pensador: “La decadencia de la vieja sociología latinoamericana es evidente; su formalismo legal, su retórica fácil, sus especulaciones superficiales, le van haciendo perder el viejo prestigio que tenía, encerrándola en las aulas y las ceremonias oficiales o difundiéndola en libros famosos y pedestres [...] de muchos abogados que muestran su cultura en manuales de sociología que ciertamente no están destinados a pasar a la posteridad [...] El sociólogo profesional —empirista— [...] se quiere especialista y técnico *au dessus* de la política y la ideología, de la intuición y la moralización, del partido y la lucha [...] Este tipo de sociólogo cae en un mal estilo, en un español anglicizante, en una teoría de influjo parsoniano que en él sustituye a la filosofía, en una noción del cambio social que anula la perspectiva histórica y en una posición ideológica que no afecta al *statu quo* interno e internacional. Es una sociología que se niega a la síntesis, que busca la monografía y pierde la perspectiva nacional e internacional, que rechaza el escritorio y va al campo con los marcos teóricos de los escritorios de Harvard y Columbia, que manifiesta su rechazo al estilo ampuloso y retórico de los sociólogos-abogados y cae con frecuencia en la retórica de las pruebas estadísticas y las correlaciones, que hace énfasis en la psicología y el comportamiento y descuida la estructura; que se niega al razonamiento político y se convierte en instrumento político de los intereses creados. Y todo ello lo hace recuperando la vieja pedantería del positivismo [...] En la América Latina de la posguerra, la sociología empirista obra con una agresividad técnica semejante a la de sus antepasados positivistas aunque con una pedantería más sofisticada y cuidadosa [...] Fue así como algunos de los grandes temas clásicos de la sociología latinoamericana, que obedecían a un intento de investigación basado en las perspectivas políticas de la independencia y el liberalismo, se convirtieron en temas ridículos y tabúes: el tema de la autonomía cultural, del imperialismo, de la revolución y el deber, son los típicos temas rechazados. Otros más sufrieron una transformación funcionalista y behaviorista que los privó de su contexto político de dominación o económico de explotación, como el tema de la civilización y la barbarie, que condujo al dualismo explicativo de lo moderno y lo tradicional; el del clero, el dogmatismo, el caudillismo y el militarismo que se llevó al terreno psicológico de la religiosidad o la per-

sonalidad autoritaria, de la adscripción y la falta de empatía; o el de la protesta y la rebelión que se entendió como anomia; mientras la idea de la civilización y el progreso se estudiaba como movilidad o como *achievement*, todo ello en una imitación y admiración extralógica, dogmática, autosuficiente, de la sociología anglosajona.”³²

En efecto, hacia fines de la década, la *Revista* se va quedando de cierto modo atrás en los temas que preocupaban a los latinoamericanos, y sobre todo, en la forma de tratarlos. Es particularmente notable la escasez de estudios sobre México. Según José Luis Reyna, hay dos razones posibles para explicar este hecho: o bien porque no había especialistas preparados, o bien porque no se cuestionaba la legitimidad del sistema político mexicano, nacido de la Revolución. “Ocultar las contradicciones aparecía como la pauta dominante.”³³ Por eso llama la atención un largo artículo de Pablo González Casanova que a fines de esos años presenta en la *Revista* un modo de hacer investigación que retoma lo que ya se hacía entre los científicos sociales de avanzada en nuestro continente y en el que mide lo que él llama “la dinámica de la desigualdad”: las condiciones demográficas, de alimentación y nutrición, de trabajo y empleo, de consumo y ahorro, de transporte, vivienda, vestido, recreo y esparcimiento, salud y seguridad social y lo que denomina “libertades humanas” (el voto y la participación de la mujer) en el país. El estudio prefigura lo que años después sería su famoso libro *La democracia en México* en donde dicho investigador ya haría —separándose de las propuestas de Lucio Mendieta y Núñez sobre la unión pertinente entre los científicos sociales y el gobierno— lo que se ha dado en llamar una “sociología crítica”, es decir, una interpretación política y social de los fenómenos con una crítica al Estado.

Esto era novedoso pero no casual, y sólo fue posible conforme se unieron dos elementos: 1) La realidad del país que se oponía al triunfalismo oficial, 2) El nuevo modo de pensar que surgía en Latinoamérica con la influencia seminal del marxismo.

EL MILAGRO

Los años cincuenta significaron para México un período de estabilidad y tranquilidad, de optimismo, modernización y desarrollo. Fueron años en que la industrialización pasó a producir bienes intermedios y de consumo duradero, en que la inversión pública y privada fue elevada y se mantuvo la paz social. El Estado participaba ampliamente en la economía y fungía como mediador y promotor de lo que se requería para asegurar las tareas de la modernización: infraestructura, educación, salubridad, políticas fiscales y salariales adecuadas, proteccionismo, inversiones extranjeras, nacionalización de la industria eléctrica, inversiones en petro-

³² González Casanova, “Los clásicos...”, *op. cit.*, pp. 22-23 y 25.

³³ Reyna, *op. cit.*, p. 52.

química, etcétera. Los empresarios obtenían utilidades y las masas prestaciones y todos parecían contentos. Escribe Carlos Fuentes: "El gobierno mexicano se ubica en el espacio puro, vacío e ilocalizable del centro. Desde allí dirime, obsequia, advierte, cumple funciones de árbitro y padre benévolo de todos los mexicanos sin distingos de clase o de ideología, levanta el templo de la Unidad Nacional, iglesia que distribuye hostias a unos cuantos, tocos a la mayoría, sermones idénticos a todos, excomuniones a los descontentos, absoluciones a los arrepentidos, conserva el paraíso a los pudientes y se los promete a los desheredados. Tal es el estilo oficial de la década: el del régimen clásico presidido sucesivamente por Ruiz Cortines y López Mateos."³⁴

Hacia el fin de la década una serie de movilizaciones sociales (médicos, maestros, ferrocarrileros) —y la represión que les siguió— cuestionaron el llamado "milagro mexicano" y la estabilidad ejemplar del país. Todo esto, en el marco de la guerra fría, las luchas de liberación nacional en varios países y sobre todo el triunfo de la Revolución cubana, "Configuró un clima de reflexión y crítica, de inquietud intelectual, de disposición al cuestionamiento de las que habían sido sacras tradiciones ideológicas y constituyó un adecuado aliciente y estímulo para iniciar críticamente una más abierta reflexión sobre la realidad mexicana [...] Este clima que poco tenía que ver con el desarrollo academicista de la sociología tuvo sin embargo, mucho que ver con el desarrollo de la sociología crítica. Fue sin duda, el estímulo que propició el desarrollo de inquietudes que hasta la fecha ocupan la atención de las más jóvenes generaciones de cientistas sociales; definió en síntesis, el rumbo que habría de seguir la sociología y propició el desarrollo de lo que venimos caracterizando como la sociología crítica contemporánea".³⁵ En adelante, se haría una interpretación política de la sociedad y el Estado con una visión de la sociología como macro-ciencia, en el sentido en que lo planteaba Amitai Etzioni: "mientras la microsociología se ocupa de las propiedades de microunidades como familias, grupos de trabajo, etcétera, la macrosociología contempla macrounidades como naciones o clases y problemas sustantivos de la sociedad como la modernización, la democratización, la distribución de la riqueza y la integración política" (número 3 de 1967).

DEL MARXISMO

¿Qué significó el marxismo para los sociólogos latinoamericanos?

"Karl Marx, aceptando la concepción de la dialéctica de Hegel, construyó su materialismo dialéctico según el cual no son fuerzas espirituales sino condiciones materiales las que subyacen a los desarrollos históricos."³⁶ Según él, "Hegel había descubierto simplemente una expresión

³⁴ Sefchovich, *op. cit.*, pp. 141-144 y cit. Carlos Fuentes, "Radiografía de una década", en *Tiempo mexicano*, México, Joaquín Mortiz, 1979.

³⁵ Villa, *op. cit.*, pp. 19-20.

³⁶ Blau y Moore, *op. cit.*, p. 166.

abstracta, lógica y especulativa del proceso histórico que no era todavía la historia real del hombre como sujeto dado.”³⁷ Así, Marx trata de mantenerse dentro de los términos concretos de la historia humana. Si Hegel afirmaba que la filosofía era el mundo al revés, Marx quiere que la filosofía vuelva a colocarse de pie. “Esta diferencia fundamental entre Marx y Hegel mostrará a la vez el método del marxismo y el contenido histórico al cual nos conduce el análisis de su método.”³⁸ Para Marx, Hegel tenía razón en pensar que la historia humana estaba hecha de contradicciones, pero no la tenía en pensar que éstas eran abstractas y de tipo puramente intelectual y especulativo. Los filósofos y los seres humanos piensan así porque viven separados en su relación con el mundo real y con la historia de los hombres, es decir, viven enajenados. La enajenación, “pieza maestra de la filosofía marxista” como la llama Xirau, consiste en edificar entes ficticios, salidos de la cabeza de los hombres mismos y que éstos acaban por considerar como entes reales. Es por esta enajenación que los seres humanos se encuentran íntimamente divididos y separan pensamiento y acción. Sólo entendiendo la unidad, la totalidad del hombre, se puede pasar de interpretar el mundo a transformarlo, que es el objetivo y la gran novedad que aporta este pensador.

Marx es fundamentalmente un filósofo de la historia, y como hijo de su siglo, quiso encontrar una ley absoluta para explicar el curso de la historia humana. Esta ley la encontró en la de la evolución necesaria de la historia, condicionada por las determinaciones económicas de las diversas sociedades. “La historia es concebida por Marx —escribe también Xirau— como poseedora de estructura. Esta estructura o ley de la historia está hecha de las relaciones económicas y sociales. Todo lo demás —religión, arte, filosofía, ideología— son superestructuras, resultados de una estructura económica.”³⁹ Para Marx, la historia de las condiciones económicas de la humanidad es la historia misma del progreso humano y de ahí que las estudie para dedicar al capitalismo sus principales esfuerzos, aprovechando para ello las doctrinas de los economistas ingleses, particularmente la de la plusvalía. “La crítica del capitalismo depende de las relaciones que Marx encuentra entre la circulación de las mercancías y el origen de éstas en el trabajo promedio de los obreros que las producen.”⁴⁰ Su crítica al capitalismo parte de la idea de que es un sistema esencialmente injusto porque se basa en la explotación del hombre por el hombre. Pero es aquí donde entra la dialéctica, eje del método marxista, según la cual, al crear una clase explotada que es el proletariado, la sociedad capitalista ha creado el principio de su propia destrucción. Esto es lo que Marx llama la lucha de clases, idea que Xirau considera similar a la de la lucha de las especies darwiniana y que es

³⁷ Xirau, *op. cit.*, 326-332.

³⁸ *Idem.*

³⁹ *Idem.*

⁴⁰ *Idem.*

resultado de “la lucha real en el campo de la vida y de la cultura del siglo XIX”, uno en el que convivían el desarrollo técnico y científico con el romanticismo contemplativo, los movimientos unitarios en Italia y Alemania con los movimientos liberales y hasta los francamente revolucionarios de mediados del siglo, la presencia creciente de la burguesía y la también creciente de las clases trabajadoras, en fin, una época de crisis y contradicciones. Esta idea es al mismo tiempo la de la revolución, pues Marx, que en sus escritos reúne la voluntad científica con el espíritu combativo y revolucionario —es decir, que integra pensamiento y acción, la famosa *praxis*— afirma que el proletariado o clase oprimida hará una revolución con la cual empezará verdaderamente la historia de la humanidad, en dos etapas que serán primero el socialismo —socialización de los bienes de producción— y por último el comunismo en la que el hombre llegará a realizarse una vez que hayan sido suprimidas todas las enajenaciones.

“El marxismo hizo la ruptura más importante con las teorías sociales previas que desde Platón hasta Maquiavelo se habían dirigido a y habían buscado el apoyo de las élites —escribe Fernando Castañeda en el número 1 de 1987— pues [...] rechazó la filantropía proletaria de Saint Simon [...] y en su lugar optó por la iniciativa y la autodeterminación proletarias.” La de Marx fue una ruptura epistemológica —una revolución teórica según Althusser— porque superó al idealismo hegeliano y también al materialismo de Feuerbach. Hay tres elementos en los escritos de Marx que son de particular importancia para la sociología, según afirman Blau y Moore: “Primero, que al concentrarse sobre las condiciones materiales objetivas [...] define a los fenómenos sociales de una forma que hace posible su estudio científico. Segundo, su énfasis en las relaciones entre los grupos sociales como central para explicar los procesos históricos [...] y tercero, que fue el primero en referirse a la teoría voluntarista de la acción social [...] en la medida en que la revolución, si bien es en última instancia inevitable, sólo ocurrirá cuando la gente esté motivada para llevarla a cabo, o sea, cuando adquiera conciencia de clase.”⁴¹ Así, abandonando los modelos anteriores de la sociología, Marx no estudia ni la estabilidad ni el orden sociales sino que afirma el constante cambio social, y no centra su atención en los grupos sociales “naturales” como la familia, sino en las clases sociales, cuyos conflictos alteran el orden, y en aquellos grupos que como los partidos y sindicatos se proponen modificar el mundo social. Y es que para Marx los individuos no sólo se encuentran con condiciones de vida ya hechas, sino que pueden engendrar otras: “los hombres son lo que ellos hacen” y “esta actividad productiva concreta es la que comporta unas relaciones sociales y políticas determinadas”. De modo que “La estructura social y política —y el mismo Estado— no son fruto de la voluntad de individuos libremente asociados en un con-

⁴¹ Blau y Moore, *op. cit.*, pp. 166-167.

trato social sino que son un resultado del proceso vital de producción.”⁴² “La observación de que el hombre *produce* sus relaciones sociales en una situación histórica específica e irrepetible constituye el nervio de la crítica marxista” —sostiene José Antonio Alonso—⁴³ y al afirmarla, al sostener que el ser humano produce sus bienes materiales, sus relaciones sociales e incluso el dominio intelectual, artístico y espiritual, Marx plantea una categoría fundamental que es la de totalidad, entendida como el conjunto de fuerzas productivas, relaciones humanas, estructuras sociales y políticas, producciones teóricas, ideológicas, religiosas, etcétera, que existen en una determinada época histórica o estadio del desarrollo. Nos encontramos otra vez con la concepción histórica según la cual las relaciones sociales van aparejadas a determinadas fuerzas productivas. De modo que fue “precisamente el tan traído y llevado Carlos Marx, el primer sociólogo que sentó las bases adecuadas para el estudio científico de los hechos sociales”.⁴⁴ Y esto fue así porque el marxismo es ante todo un método, según dijeron Engels primero y Lukács después. “El método que emplea Marx —escribe Ramón Xirau— es el de la dialéctica hegeliana. Para ambos la historia del hombre esta hecha de contradicciones que son superadas en etapas posteriores de la evolución.”⁴⁵

Con ese método, con la herramienta del marxismo, militaron y escribieron los intelectuales orientados al cambio social, la acción política y el proletariado. Así Pierre y Monique Favre han hablado de “los marxismos después de Marx”,⁴⁶ para referirse a todos aquellos que desarrollaron este pensamiento después de la muerte de Engels: desde el austromarxismo hasta el revisionismo, desde el leninismo hasta el espartaquismo, desde el estalinismo hasta el maoísmo. Los autores son Bernstein, Kautsky, Bujarin, Trotsky, Lenin, Luxemburgo, Lukács, Labriola, Croce, Bauer, y latinoamericanos como Mariátegui y Lombardo Toledano. Sin embargo, el estalinismo, por su versión dogmática y por su condena a los movimientos obreros internacionales, llevó al marxismo a una crisis, en los años cincuenta de este siglo, dando lugar a un vacío teórico. “El problema —afirma Adam Schaff— se plantea a mi modo de ver como sigue: la intelectualidad francesa radical se vio dominada después de la guerra, ideológica y metodológicamente por dos tendencias, el marxismo y el existencialismo. La ‘vecindad’ de estas dos tendencias ha conducido no sólo a oposición y disputas sino también a influencias recíprocas específicas, a coaliciones y alianzas. Personalmente representan de la mejor manera esta red complicada de enlaces e influencias, Jean-Paul Sartre en el campo de los existencialistas franceses y Roger Garaudy en el de los marxis-

⁴² Alonso, *op. cit.*, pp. 8, 104 y 109 y cit. Jean Guichard en *Le Marxisme*, Leno, CSF, s-f. p. 135.

⁴³ *Idem.*

⁴⁴ *Idem.*

⁴⁵ Xirau, *op. cit.*

⁴⁶ Pierre y Monique Favre, *Los marxismos después de Marx*, Barcelona, A. Redondo, 1970.

tas franceses.”⁴⁷ Después del maoísmo y la Revolución china, fueron el deshielo y los movimientos de liberación de la posguerra —que abarcan hasta la Revolución cubana— así como los movimientos sociales de diversa índole de la década de los sesenta —entre los cuales destacan la oposición a la guerra de Vietnam, y otros en favor de minorías, negros, mujeres, etcétera— los que no dejaron salir al marxismo de su crisis teórica y política, que tenía que ver, según Fernando Castañeda, con el debate entre un materialismo dialéctico convertido en método general de las ciencias naturales y sociales y una filosofía de la praxis de inspiración lukacsiana, pues para Lukács, “las condiciones objetivas para la emancipación no son más que la posibilidad que tiene el movimiento de la conciencia de su situación de alienación a su autorreflexión, el movimiento del ser al deber ser, de la clase como objeto a la clase como sujeto de la historia y ese movimiento sólo es posible entendiendo la realidad no como objetividad ni como objetivación sino como objetificación de la conciencia de modo que la ciencia no puede ver más que la expresión de la conciencia cosificada” (Castañeda, número 1 de 1987). Así pues, el problema que empantanaba el marxismo era, como expresó Umberto Cerroni en una entrevista con Víctor Flores Olea en el número 1 de 1967 “el de convencerse [...] de que Marx no pretendió elaborar una concepción filosófica general aplicable a todos los campos de la ciencia. Al contrario, su intención profunda fue la de llevar el método científico al dominio de la investigación social”.

La revitalización del marxismo como teoría y como método surgió luego de intensos debates, en la obra de varios autores: Gramsci, la escuela de sociología crítica de Frankfurt que incluye a Adorno, Horkheimer, Marcuse, Fromm y hasta Habermas, así como con los marxistas en Francia —Lefebvre, Sartre y Althusser— y en Italia —Colletti.

Gramsci marcó el paso de la historiografía a la ciencia política —afirma Alessandro Pizorno en el número 1 de 1968— y sirvió para superar el economismo y entender a la política y la ideología como relaciones de clase y entre el Estado y la sociedad civil. Es éste un pensador que según María Antonietta Macciocchi hizo un aporte decisivo al análisis marxista de las sociedades y de su transformación, por replantear la cuestión del consentimiento a partir de una reflexión nueva sobre la hegemonía, negándose al sentido de la dimensión consensual de la dominación en Weber o de la dimensión coercitiva de la misma en Lenin.⁴⁸

Por su parte, los pensadores de Frankfurt fueron los críticos de la sociedad moderna en el nombre de las potencialidades humanas y de la posibilidad de su cumplimiento, que se negaron a una epistemología de la ciencia independiente de consideraciones políticas y sociales y entendieron la lógica deductiva como expresión de la jerarquía y la domina-

⁴⁷ Adam Schaff, *Estructuralismo y marxismo*, México, Grijalbo, 1976, p. 49.

⁴⁸ María Antonietta Macciocchi, *Gramsci y la revolución de occidente*, México, Siglo XXI, 3ª ed., 1977.

ción. Habermas llevó a su extremo la crítica sistemática a la racionalidad de la acción y a la racionalidad social —escribe Francisco Galván Díaz— al afirmar que en las formas de la vida social de los hombres hay empotrado un momento indestructible de racionalidad comunicativa, por lo cual concibe su tarea intelectual en el sentido de elaborar una teoría con intencionalidad práctica, es decir, orientada a un sujeto, que permita restaurar la comunicación hoy distorsionada.⁴⁹

En lo que se refiere a Henri Lefebvre, un ejemplo de su participación en los debates de la posguerra es el artículo publicado en 1965 en la *Revista* sobre la teoría de la renta de la tierra, en el que el pensador francés se propone elaborar “una teoría que explique de modo satisfactorio un gran número de hechos que han sido constatados por economistas y sociólogos y que ya no se pueden ver de forma puramente descriptiva o empírica sino penetrándolos simultáneamente como un proceso histórico, económico y social”. En su escrito, Lefebvre pretende explicar, a partir de la teoría nacida en Inglaterra “donde existía un modo de producción en el que la renta de la tierra se había separado definitivamente del beneficio y del interés”, por qué razón la renta de la tierra había caído mientras que el ingreso de quienes se beneficiaban de dicha renta era mucho más elevado (número 1 de 1965).

Althusser y Colletti reaccionan contra la visión del marxismo que no aceptaba reconocer las contradicciones en las obras de los clásicos ni las lagunas en su teoría. Al plantearse ese problema, dieron pie a un intenso debate epistemológico que partió, según Castañeda, de tres elementos fundamentales: “1) Una oposición y crítica a las ciencias sociales académicas de la base empirista; 2) una referencia permanente a problemas prácticos políticos; 3) un intento por resolver las cuestiones históricas” (número 1 de 1987). Una de las tareas de los nuevos marxistas —escribe el mismo Castañeda— fue la de desarrollar una epistemología que diera fundamento a la teoría marxista. Ésta fue concebida en dos frentes ideológicos: “1) en el interior del marxismo, se trataba de la cuestión de la función de la teoría en la práctica política; 2) en relación con otras teorías, se trataba de reclamar la superioridad teórica del marxismo”.

Para Colletti, el verdadero materialismo no es una teoría metafísica de la materia que afirme apriorísticamente que todo está en movimiento y que todo tiene contradicciones, sino que afirma el mundo finito y concreto como realidad material, de modo que el problema no es el de la ontología, sino el de la gnoseología crítica. Trata de construir su epistemología en oposición a los excesos filosóficos anteriores, lo que también intentó Althusser, oponiéndose radicalmente al empirismo. Para este pensador, la verdadera ciencia no es aquella que parte de un objeto empírico, sino la que construye su objeto a través de determinaciones teóricas; en

⁴⁹ Francisco Galván Díaz, “Presentación y traducción a ‘El modelo de las relaciones de intercambio entre sistema y mundo de vida’ de Jurgen Habermas”, en *Ensayos*, UNAM-Facultad de Economía, núm. 10, 1988, p. 69.

consecuencia, no es posible una epistemología ni una ontología que determinen qué es conocimiento y qué no lo es, porque la metodología es función del propio discurso teórico. Lo que diferencia a la ideología de la teoría científica es su orientación práctica social. En este sentido, las ideologías se encuentran orientadas al mundo empírico y no son científicas porque no cuentan con un objeto constituido teóricamente. (Castañeda, número 1 de 1987). Althusser, por su parte, afirma que al usar la historia, Marx es el creador de una ciencia que permite entender la estructura de las sociedades de modo tal que: "1) no hay actores que construyan la vida social sino que ellos son constituidos por la totalidad de las relaciones sociales; 2) esto sucede particularmente a través de la ideología, que es la forma en que los sujetos se constituyen y no es falsa conciencia; 3) la ideología es un elemento de la totalidad social cuyo papel es su reproducción" (*idem*). Así, este pensador descalifica toda epistemología o filosofía anterior al marxismo, y convierte a éste en revolucionario —"arma de la revolución"— por su carácter científico —y no humanista— que permite comprender la totalidad social (*idem*). Sin embargo, Adam Schaff critica estas versiones del marxismo a las que llama "estructuralistas". Para este autor, aquellos que habían sido "defraudados por la ideología y que sentían la nostalgia de una ciencia pura", fueron quienes le dieron al marxismo una perspectiva estructural, que sin embargo no pasó a través de las obras clásicas estructuralistas de Troubetzkoy y Jakobson y de la ciencia lingüística en general, sino por la mediación de Lévi-Strauss en sus investigaciones sobre las relaciones de parentesco, dando lugar a un estructuralismo marxista que no es estructuralismo en sentido estricto —definido por este autor como "elaborado de cuatro elementos, a saber: 1) El tratamiento del objeto de investigación como algo íntegro que posee el carácter de un sistema; 2) El objetivo de la investigación está en el descubrimiento de la estructura del sistema dado; 3) El esfuerzo por el descubrimiento de las leyes estructurales que rigen en el sistema dado; 4) La investigación del sistema en la sección transversal sincrónica que elimina, como modelo ideal, el parámetro del tiempo"— sino filosofía e ideología, y que tiene numerosas tendencias como la de Althusser, la de Barthes o la de Foucault.⁵⁰

UNA SOCIOLOGÍA LATINOAMERICANA

En América Latina, el marxismo había estado presente en el pensamiento desde principios del siglo. Los primeros análisis que se hicieron del capitalismo, lo veían como una etapa superior, resultado de una historia progresiva que necesariamente debía introducirse en los países atrasados por medio de un proceso continuo de destrucción y sustitución de las estructuras precapitalistas y que necesariamente debía seguir el mismo

⁵⁰ Schaff, *op. cit.*, pp. 36-51.

desarrollo y contradicciones que tuvo en los países avanzados, siendo el Estado y las burguesías nacionales —con el proletariado— sus agentes.

Conforme avanzó el siglo xx, esta concepción cambió y se empezó a hablar de un proceso complejo de interacción entre las estructuras internas y externas y las diferencias y dificultades de las industrializaciones tardías, así como de la capacidad de supervivencia y adaptación de las estructuras precapitalistas.

Al incorporar estas visiones más amplias, los sociólogos empiezan a plantear interpretaciones del proceso histórico global de América Latina y a hablar de dualismo estructural como categoría explicativa para la sociología, según la cual coexisten en este continente las sociedades tradicionales y las modernas y estas últimas absorberán a aquellas. Rodolfo Stavenhagen se propone llevar a cabo un análisis que rebase la mera especificación de diferencias culturales y conduzca a la delimitación de las relaciones concretas de explotación en dos niveles: *a*) el que se observa entre los grupos indígenas y una clase explotadora local con rasgos culturales específicos pero a la vez con una función económica y de dominación que es encubierta e ideologizada por el elemento étnico, y *b*) el que se establece entre esa clase dominante local y el conjunto complejo de la estructura nacional inserta en el proceso del capitalismo y su relación con la burguesía nacional;⁵¹ Gino Germani “muestra la necesidad de elaborar diversos modelos para el análisis de la transición de la sociedad latinoamericana. Aprovechando las conclusiones de Durkheim, Sumner, Tonnies, Redfield, Moore y Parsons entre otros, Germani parte del modelo dicotómico de dos sociedades ideales: la tradicional o *folk* y la urbana, industrial y desarrollada. Estos dos tipos de sociedad representan solamente los casos extremos [...] entre los cuales se comprende un *continuum* pluridimensional. El análisis de Germani alcanza tres niveles, el que va de la acción social a las instituciones, pasando por los valores. En el primer nivel se pasa de las acciones prescriptivas a las acciones electivas; en el segundo, de la institucionalización de lo tradicional a la institucionalización del cambio y finalmente, en el tercero, de un conjunto indiferenciado a una mayor diferenciación y especialización institucional”.⁵²

La concepción de la sociedad dual en los países subdesarrollados se convierte en un dato permanente en los estudios sociológicos. Pronto se empieza a señalar la existencia de un “colonialismo interno” cuya naturaleza y efectos se aproximan a los del colonialismo tradicional y que se manifiesta en las relaciones del dominio y explotación entre grupos de cultura heterogénea en el interior de una nación políticamente independiente y se señala la cuestión del imperialismo que se refiere a la relación de explotación que se genera entre la potencia y las regiones que se encuentran bajo su influencia. Las categorías de la sociedad dual, del colo-

⁵¹ Villa, *op. cit.*, p. 30.

⁵² Evaristo de Moraes Filho, “Sociología del desarrollo en América Latina” en Varios autores, *Sociología del desarrollo* . . . , *op. cit.*, pp. 39-40.

nialismo interno y del imperialismo les parecieron útiles a los sociólogos para explicar el desarrollo desigual desde una perspectiva social, y en ellas se basaron los más importantes estudios de la época, entre ellos los de Pablo González Casanova, a quien "le obsesiona el momento de transición en que se pasaba de ser una sociedad moderna sin dejar de ser un país pobre o 'incipientemente desarrollado', como decía. Le obsesiona pues la distancia entre lo que se consideraba entonces como 'dos Méxicos', ese México dual, plural, 'el México que participa del desarrollo y el que no participa del desarrollo' ".⁵³

Con las nuevas categorías explicativas aparecen en la *Revista Mexicana de Sociología* artículos de Puiggros, Bagú, Romero y otros autores que ven al continente desde una perspectiva diferente: la del desarrollo capitalista.

A fines de los años cincuenta apareció publicado el libro de Paul Baran *La economía política del crecimiento* que afirmaba que ningún país atrasado podría jamás avanzar hacia una posición similar a la de los países industrializados pues el problema radicaba en que el momento por el que pasaban no era una etapa de su desarrollo, sino que era su modo de ser capitalista. Esta idea tuvo un tremendo impacto entre los intelectuales latinoamericanos. Pronto éstos empezaron a criticar las interpretaciones en boga y a cambiarlas por otras marcadas por esta idea de Baran: "La teoría de que los países latinoamericanos se caracterizan por ser sociedades duales, es decir, que supone que la política de desarrollo debe prever la expansión de un sector moderno hasta que éste absorba a la población que subsiste en un sector tradicional estancado y de bajos ingresos, ha sido substituida por la afirmación de que el tipo de sector moderno exige mantener a los demás sectores en estado de pobreza permanente y creciente" (Documento CEPAL, número 6 de 1970). Y es que para entonces también estaba en su apogeo el pensamiento de la Comisión Económica para América Latina, organismo fundado en 1948 con el objetivo de hacer estudios de las realidades sociales del continente y buscar soluciones para los problemas de las sociedades latinoamericanas.

En un documento de la CEPAL publicado en el número 6 de 1970, se plantean los objetivos de este organismo: no más crecimiento económico, pues éste es un proceso "intrínsecamente autolimitado e inequitativo", sino desarrollo, es decir, "un proceso de cambio con modificaciones trascendentales en las funciones y relaciones de poder de diferentes grupos en determinada sociedad", y esto "con la participación activa y organizada de los estratos marginales de la población", es decir, de "las masas desorganizadas y empobrecidas" ("Tendencias sociales y políticas en América Latina", número 6 de 1970).

Desde sus inicios, la CEPAL "intentó reformular la teoría convencional del desarrollo económico y del comercio internacional, de la misma forma

⁵³ Sefchovich, *op. cit.*, y cit. Pablo González Casanova, "La opinión pública", en *México: cincuenta años de Revolución*, México, FCE, 1963, p. 346.

como los keynesianos intentaban hacerlo con el cuerpo principal de la teoría económica convencional.⁵⁴ Pero la originalidad de sus análisis consistió en “complementar la tradición keynesiana aplicando la esencia de ese análisis a la teoría del desarrollo económico y del comercio internacional que éste había descuidado”.⁵⁵ De modo que, a partir de la idea de que existía un solo sistema económico mundial formado por dos polos, el centro y la periferia, cada uno con estructuras de producción diferente (la primera homogénea y diversificada y la segunda heterogénea y especializada) se planteaba la existencia de un intercambio desigual, o sea, de una división internacional del trabajo en el que ambos están íntimamente ligados y se condicionan mutua y recíprocamente en un sistema benéfico para el centro —en donde se concentraba la producción de manufacturas— y no para la periferia —condenada a producir materias primas. El resultado era que la periferia permanecía retrasada en su estructura productiva, así como en su demanda interna, sus mejoras sociales, su posibilidad de progreso técnico, de empleo de la fuerza de trabajo, con un gran desequilibrio interno y deterioro de los términos de intercambio. La propuesta que hicieron los autores cepalinos (Raúl Prebisch el más destacado) para escapar de este círculo vicioso era la de transformar la estructura económica de la periferia mejorando los términos del intercambio mundial y el elemento central para lograr semejante transformación era la industrialización. Industrialización se convirtió en sinónimo de desarrollo y para lograrla se propuso una serie de políticas económicas que fueron desde el fortalecimiento del Estado hasta la sustitución de importaciones; desde el proteccionismo hasta la atracción de inversión extranjera; desde políticas salariales adecuadas y producción de infraestructura y servicios hasta estímulo a la inversión nacional.

DE LA CEPAL

Desde principios de los años sesenta, habían empezado a aparecer en la *Revista Mexicana de Sociología* algunos artículos sobre los temas nuevos que preocupaban a los sociólogos latinoamericanos, que eran, según Gino Germani, “tres procesos que dan cuenta del paso de una sociedad tradicional a una moderna” y que están estrechamente interrelacionados: el de urbanización, el de secularización y el de desarrollo económico (número 2 de 1963). Escribe Manuel Villa: “La preocupación por el crecimiento y la industrialización darán paso sobre todo a la necesidad de los estudios económicos que habrían de orientar las decisiones para llevar a cabo el modelo de crecimiento. Como nunca, el fenómeno político se supe- dita al crecimiento y la atención de la ciencia social se vuelca en este

⁵⁴ Gabriel Palma, “Dependencia y desarrollo: una visión crítica”, en Dudley Seers (ed.) *La teoría de la dependencia, una evaluación crítica*, México, FCE, 1987, p. 59.

⁵⁵ *Idem.*

sentido.”⁵⁶ Así, encontramos escritos sobre estos procesos que estaban en pleno desarrollo. Escribe John Knox que, para que haya industrialización, debe haber precondiciones culturales favorables, además de un crecimiento de los sectores manufactureros, una dirección política adecuada y lo que él llama “la voluntad de trabajar duro y vivir frugalmente” (número 1 de 1964). Para William Foote Whyte, existe una “estrecha relación entre los problemas rurales e industriales y no se resuelve uno sin el otro”. El problema rural es, según este autor, el del exceso de población, la falta de mercado nacional y la imposibilidad de imponer cambios tecnológicos, porque inciden sobre el empleo, de modo que los inversionistas prefieren especular con bienes raíces que invertir en la industria, y prefieren concentrar todos sus recursos en las capitales que salir al interior de los países (número 3 de 1961). Este artículo fue importante porque hizo desde entonces las preguntas que aún hoy nos siguen pareciendo adecuadas sobre el tema: el papel del Estado, quiénes son los empresarios y cuál es la relación de éstos con los obreros.

En lo que se refiere a la urbanización, se le ve como un tema estrechamente relacionado con el de la industrialización y como un proceso que Aníbal Quijano definiría como “el crecimiento de la población urbana y su tendencia de predominio sobre la población rural” con las modificaciones que ello implica en la ecología, la economía, la cultura, la estructura social y la política, razón por la cual es “una de las dimensiones mayores de cambio en las sociedades latinoamericanas y por eso un tema clave en las ciencias sociales” (números 4 de 1967 y 3 de 1968). Para Gino Germani, la ciudad es un mecanismo integrador geográfico y social, incluida en esa integración la marginalidad de los migrantes urbanos “segregados en sus arrabales o tugurios, pero que participan en algunas actividades y tienen contacto con los medios de comunicación” (número 3 de 1967).

El pensamiento de la CEPAL fue calificado por algunos autores como “de naturaleza estructuralista”, pues los factores determinantes en la situación de nuestros países se encuentran, para sus pensadores, en la diferencia de estructuras productivas de cada polo, y el modelo que proponen como solución es el de crecimiento por sectores, que daría pie al crecimiento global en el que se transformaría la estructura de la producción.⁵⁷ En el documento citado de la CEPAL, publicado en el número, incluso llaman “cambios estructurales” a aquellos que les parecen los de más ingente solución y que son: “i) la rápida y concentrada urbanización; ii) la crisis rural vinculada con el estancamiento de los ingresos y la producción, que se combina con la desintegración parcial de los sistemas anteriores de relaciones de poder; iii) la incapacidad de las economías para ofrecer empleo productivo a una fuerza de trabajo que tiene una elevada

⁵⁶ Villa, *op. cit.*, p. 17.

⁵⁷ Véase sobre el tema a Gabriel Palma, Manfred Bienefeld, Geoff Lamb y el propio Dudley Seers en *La teoría de la dependencia... op. cit.*

tasa de crecimiento y poca especialización; *iv*) la aparición y rápido crecimiento de nuevos tipos de estratos 'marginales' de población que mantienen relaciones crecientemente inseguras y frustradoras con las estructuras nacionales de producción, consumo y participación política".

La importancia que tuvieron los análisis de la CEPAL se debe precisamente a su consideración de la situación latinoamericana desde un ángulo totalizador: tanto los problemas económicos como los sociales; tanto el crecimiento demográfico como la urbanización, la marginalidad, el empleo, la salud, la vivienda, la educación, etcétera, y, por supuesto, la situación de nuestros países en relación con los industrializados. Además, esa importancia tiene que ver también con el hecho de ofrecer soluciones que iban por el lado de un desarrollo social destinado "a traducir los derechos humanos sociales en realidades". Según Gabriel Palma, de aquí saldrá la primera contribución significativa de los latinoamericanos a las ciencias sociales, que no se quedó solamente en la teoría, sino que hizo propuestas concretas de política económica.

DEL DESARROLLO

Pero también hubo muchas críticas a las propuestas cepalianas, como sucede con cualquier teoría con el paso del tiempo, cuando nuevos elementos, muchas veces aportados por ellas mismas, permiten dar cuenta de aspectos diferentes para la interpretación. En este caso, dichas críticas vinieron tanto de la izquierda como de la derecha, desde teóricos y académicos como André Gunder Frank, hasta de los sectores productivos y políticos dentro de los diversos países. Como escribe el mismo Palma, cuando resultó evidente que el desarrollo de América Latina seguía un curso diferente del esperado y cuando, a partir de la Revolución cubana, se dejó de pensar que el capitalismo era una etapa necesaria y posible, cambiaron los paradigmas. La sustitución de importaciones pareció más bien agravar que aliviar los problemas, pues afectaba la balanza de pagos y se dirigía sobre todo a artículos suntuarios, sin arrastrar consigo el desarrollo de la agricultura; y por su parte, la inversión extranjera no trajo los beneficios que de ella se esperaban, pues no sólo no creció la demanda interna, sino que la distribución del ingreso y el desempleo habían empeorado. De modo que "la visión optimista de los años cincuenta del poder transformador automático de la industrialización cambia a la visión según la cual para superar los obstáculos estructurales que distorsionan el funcionamiento del sistema socioeconómico en general y que impiden su transformación, es necesario promover y realizar cambios previos en diversas estructuras de la sociedad".⁵⁸

Fue entonces cuando nació un modo de analizar la realidad latinoame-

⁵⁸ Palma, *idem*, p. 69.

ricana que fueron las llamadas teorías del desarrollo. Escribe Jorge Martínez Ríos: "Uno de los problemas teóricos con que se enfrentan las ciencias sociales en la actualidad es el estudio de los problemas del desarrollo" (número 3 de 1963), y Rodolfo Ortega afirma: "El desarrollo es el crecimiento económico que se produce como consecuencia de motivos (económicos o no) y que históricamente se presenta en etapas [...] es el resultado del deseo colectivo de acelerar la elevación de los niveles económicos, culturales y sociales de las poblaciones de una región o nación mediante incrementos programados y bien equilibrados de las producciones primaria, secundaria y terciaria" (número 3 de 1966). Se trataba de tesis que sostenían que las estructuras económicas, políticas y sociales frenaban el dinamismo del proceso de acumulación e industrialización y que por lo tanto era necesario reformar la estructura tradicional —que empezaba siempre por hacer una reforma agraria que garantizara la productividad agrícola y pecuaria, así como la liberación de fuerza de trabajo para la industria y el crecimiento del mercado interno— como único camino hacia el desarrollo y hacia la incorporación de las masas. Sostenían estas ideas Diéguez Junior, Furtado, Hoselitz, Graciarena, Jaguaribe, Ianni, Chonchol, Feder e incluso Germani y González Casanova.

Es ésta la época en que se habla ante todo de planificación, es decir, de fijar objetivos y de asignar plazos y recursos para un desarrollo equilibrado, según afirma Víctor Alba en el número 1 de 1963. La planificación es una categoría que significa, según Johann Galtung, "la necesidad y factibilidad de desarrollar un modelo general de sistemas sociales que hiciera posible predecir e influir sobre aspectos políticamente significativos del cambio social en las naciones en desarrollo". La idea era "evitar desarrollos insuficientes y armonizar los ritmos distintos a fin de unir e integrar a un país" (número 1 de 1968) pues era posible, como había escrito Feliks Gross, "producir riquezas sin producir bienestar" (número 2 de 1968). "La planificación es un medio para regular racionalmente los factores motrices y condicionante del desarrollo económico y social", escribió Sergio de la Peña (número 2 de 1967).

Los análisis estaban marcados por un fuerte nacionalismo, en el sentido de que consideraban que el Estado debía ser el factor más importante para impulsar, ordenar y planificar el desarrollo, así como para integrar a él a toda la población. "El nacionalismo es la ideología actual del desarrollo —afirmó Evaristo de Moraes—; el impulso y el espíritu del desarrollo se basan en el nacionalismo" (número 1 de 1960). Ya no hay más espíritu liberal en el sentido del *laissez faire* en estos pensadores. Todos hablan de planificación para el desarrollo, orden de prioridades, planes a corto y largo plazo, y todos insisten en la necesidad de tomar en cuenta las implicaciones internacionales, las zonas de influencia y de mercado, y la división entre naciones fuertes y débiles, pues el desarrollo de América Latina no es independiente ni está aislado.

DE LA DEPENDENCIA

De esta tradición intelectual que fueron las teorías del desarrollo surgieron en los años sesenta las teorías de la dependencia. Según José Luis Reyna: "El supuesto fundamental de análisis es la existencia de una relación de dependencia entre el área subdesarrollada compuesta por los países periféricos con respecto de los países centrales constituyentes del área desarrollada." La dependencia es pues correlato del subdesarrollo y "uno subsiste por la presencia del otro" (número 4 de 1967). Según André Gunder Frank: "La dependencia se inició en la conquista como condición interna integral a la sociedad latinoamericana determinando así la estructura económica y de clases, la cultura y las políticas de las clases dominantes interesadas siempre en fortalecer que se desarrollara el subdesarrollo." Ella es: "El conjunto de complejas relaciones económicas, políticas, sociales y culturales dentro de la sociedad latinoamericana y entre ella y ultramar", que determinan el subdesarrollo como condición interna e integral de nuestras sociedades (número 2 de 1970). Alonso Aguilar está de acuerdo con esta definición: "El subdesarrollo latinoamericano es un fenómeno viejo que se configuró hace siglos, cuando los países que hoy están a la cabeza del mundo capitalista se convirtieron en naciones industriales. Lo nuevo en todo caso es la conciencia cada vez más clara en torno al atraso y sus graves implicaciones" (número 3 de 1967).

Así pues, la dependencia es la situación periférica en el mercado mundial y una relación con los países capitalistas desarrollados en la cual la integración al sistema productivo mundial se produce de manera diferencial, con exportación de monoprodutos no manufacturados e importación de bienes de capital, manufacturas y tecnologías. Ésta a su vez produce una situación en el sistema productivo interno que es el subdesarrollo, llamado así porque significa escasa productividad, subutilización de recursos, bajo nivel de consumo de la población y sustracción del excedente económico. Las situaciones de dependencia y subdesarrollo no sólo se encuentran en el mercado, sino también en las relaciones sociales y políticas. Según Palma, podemos distinguir tres grandes enfoques dentro de la llamada teoría de la dependencia: "El primero consiste en aquellos trabajos que niegan la posibilidad de desarrollo capitalista en la periferia porque este sistema sólo puede llevar al "desarrollo del subdesarrollo"; el segundo son aquellos estudios que se concentran en el análisis de los obstáculos que enfrenta el desarrollo capitalista en la periferia [...] y el tercero, aquellos que aceptan la posibilidad del desarrollo capitalista en la periferia pero hacen hincapié en la forma dependiente que adopta en relación con el capitalismo del centro."⁵⁹ Pero además del problema centro-periferia, este autor analiza las tres líneas de pensamiento en este terreno desde otra perspectiva. La primera es la iniciada por André Gunder Frank y conti-

⁵⁹ *Idem.*

nuada entre otros por el Centro de Estudios Sociales de la Universidad de Chile con los trabajos de Dos Santos, Marini, Caputo y Pizarro y cuya característica esencial es el intento por elaborar una teoría del subdesarrollo en la cual el carácter dependiente de las economías periféricas sería el eje alrededor del cual giraría todo el problema. Frank hace la crítica de las teorías sobre la estructura dual de las sociedades periféricas tan en boga durante muchos años para mostrar que se trata de una misma estructura capitalista.⁶⁰ “Tal cual lo revela la historia a partir de la conquista —escribe Gunder Frank—, la estructura colonial del sistema capitalista forma en Latinoamérica la estructura de clase y económica y mientras más estrechas sean las relaciones económicas y coloniales entre la metrópoli y su burguesía satélite colonial latinoamericana, tanto más las políticas económicas y políticas de esta última intensificarán el desarrollo del subdesarrollo” (número 2 de 1970). Dos Santos por su parte —continúa Palma— lo que intenta es romper con el concepto de determinación mecánica de las estructuras internas por las externas, para hablar del movimiento que se produce por sus propias contradicciones y distinguiendo diversos tipos de dependencia.

El segundo enfoque, que corresponde a investigadores asociados a la CEPAL, como Sunkel y Furtado, se caracterizó por el intento de reformular los análisis de dicho organismo desde la perspectiva de una crítica de los obstáculos al desarrollo nacional. Este intento de reformulación no fue una simple agregación de nuevos elementos políticos y sociales ausentes en los primeros análisis de la CEPAL, sino que fue una forma sistemática de superar dicho análisis. Así encontramos las críticas a las teorías del estancamiento hechas por Tavares y Serra, Pinto o Paz.

Finalmente, el tercer enfoque deliberadamente evita desarrollar una teoría mecánico-formal de la dependencia, centrandó el análisis en lo que se ha llamado “situaciones concretas de la dependencia”, es decir, si bien le interesa comprender las características del sistema capitalista mundial y sus transformaciones, así como la integración de la periferia al mismo (precisamente afirma que industrialización y dependencia no son contradictorias, sino que es posible el camino de un desarrollo dependiente) se interesa sobre todo por analizar las formas concretas en que se desarrollan las relaciones de dependencia, esto es, las formas específicas en que la economía y la política de las naciones periféricas se articulan con las de las naciones desarrolladas, el carácter de la organización social que surge de este modo de relación, los patrones de organización social internos desiguales y hasta antagónicos, la forma como interactúan los determinantes generales y particulares en las distintas situaciones y la particularidad de los procesos económicos, sociales y políticos.⁶¹ Así lo escribe Enzo Faletto en la *Revista*: se trata de “comprender y explicar sus singu-

⁶⁰ *Idem.*

⁶¹ *Idem.*

lares características tanto en sus orientaciones como en sus formas concretas de organización y de acción” (número 3 de 1966).

Así pues, en este último caso se trata de un estudio concreto y dialéctico de las sociedades dependientes. Escribe Palma: “No se trata de ver cómo una parte del sistema capitalista mundial está en desarrollo y otra en subdesarrollo o de ver al imperialismo y a la dependencia como las dos caras de una misma moneda, sino de concebir la relación entre fuerzas externas e internas como un todo.”⁶² La propuesta fue, entre otros, la de Cardoso y Faletto y marcó por muchos años los trabajos de los sociólogos mexicanos y latinoamericanos en los temas de investigación —la estructura social, las relaciones de clase, el Estado, el sistema político y los procesos de dominación política—, en la elaboración de los conceptos y en la comprensión e interpretación del escenario social latinoamericano.

La de la dependencia se convirtió en una “categoría explicativa básica —según Amadeo Vasconi—, en un elemento constitutivo de las sociedades nacionales” (números 4 de 1968 y 4 de 1969). El concepto —afirma Sergio Zermeño— llenó el vacío teórico que había en las ciencias sociales pues servía para analizar simultáneamente las relaciones estructurales internas y la vinculación con el exterior. De ahí que durante varios años se le utilizara como el concepto central de las ciencias sociales latinoamericanas. Escribe Zermeño: “un gran porcentaje de los trabajos de todo tipo desarrollados por sociólogos, científicos, políticos, economistas, etcétera, han sido dedicados al estudio de la dependencia o por lo menos, incluso sin definirlo, han utilizado el término ya sea para titular su trabajo o bien en el interior del mismo para resolver en una sola palabra la presencia de una problemática que se da por conocida” (número 3-4 de 1972).

LAS TEORÍAS Y LA REALIDAD

Los afanes por superar la dependencia y el subdesarrollo tuvieron un significado muy profundo para América Latina en todos los órdenes. A partir de los años sesenta se instauraron en este continente una serie de instituciones y de organismos planificadores para lograr el desarrollo en los llamados “países en vías de desenvolvimiento”, “países en desarrollo”, “países del tercer mundo” o “sociedades de tecnología emergente”: la Secretaría Económica para América Latina SELA, el Banco Interamericano de Desarrollo, BID, la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, ALALC, el Instituto para la Integración de la América Latina, INTAL, y el Programa Regional del Empleo para América Latina y el Caribe, PREALO. También llegó la guerrilla; según afirmó Enrique Valencia en la *Revista*: “En la medida en que el orden social establecido representa cada vez más un desorden organizado con su secuela permanente de atraso y

⁶² *Idem*, p. 74.

de explotación, la idea de la insurgencia y de la sublevación pareció cobrar mayor fuerza" (número 2 de 1970). Siguiendo el modelo y en algunos casos la guía directa de Ernesto "Che" Guevara en Cuba, la guerrilla constituyó en varios países "un tipo de esfuerzo revolucionario —escribe Orlando Fals Borda (número 3 de 1968)— defendido por grupos activistas de toda la región como medio principal para alcanzar cambios socioeconómicos profundos en América Latina". Este esfuerzo fue, según Valencia, al mismo tiempo una forma de acción política y una forma de crear conciencia política en el sentido de crear un impulso revolucionario, un deseo de sublevación (número 2 de 1970). "Las posiciones guerrilleras —escribieron Cardoso y Faletto— obstaculizaron las tácticas y alianzas de tipo manipulador que intentaban vincular el pueblo al Estado en nombre de la Nación" (número 2 de 1977).

También de esa época fue la Iglesia de la liberación, que era aquella que se rebelaba por "la comprensión creciente de la realidad socioeconómica de los países latinoamericanos y la necesidad de identificarse con el pueblo en la lucha por su liberación", según escribe Enrique Valencia (número 2 de 1970). La rebeldía de la Iglesia —afirma Germán Guzmán— es el conflicto que provoca en su estructura un sector que decide no aceptar los valores y la actitud conservadora o hasta regresiva frente al *statu quo* tradicional y propone "identificarse con el pueblo en la lucha por su liberación [...] dando testimonio de cristianismo auténtico". Esta rebeldía tomó varias formas, que fueron desde programas de acción inmediata (los progresistas) hasta comportamientos antagónicos —como denuncias, concientización, protesta, acción— (los revolucionarios) (número 2 de 1970).

Característicos de esos años fueron los movimientos estudiantiles, que en nuestro continente seguían una vieja tradición, pero que en esos años se parecían mucho a los que tenían lugar en los países desarrollados. Escribe Aldo Solari (número 7 de 1967): "Las organizaciones estudiantiles y la actuación de los estudiantes como grupo son de las características más notables de América Latina", y Fischer afirma que este continente posee: "El cuerpo de estudiantes universitarios más activo y poderoso políticamente del mundo". Se trata de grupos cuyo origen social favorece el radicalismo ideológico y declarativo, según el mismo Solari, aunque ello "limita la posibilidad de un comportamiento efectivo de acuerdo con la formulación ideológica".

Por fin en estos años se produjo también el optimismo de los científicos sociales respecto a su papel en el cambio. A pesar del fracaso de los proyectos cepalinos, "la realidad venció al pesimismo" según escribió Fernando Henrique Cardoso, y pocas veces como entonces éstos creyeron que podían contribuir a los procesos del desarrollo con sus estudios y sus propuestas de políticas adecuadas y con sus miradas totalizantes sobre la sociedad que abarcaban todas las esferas y concebían todos los planos de la misma. Según Florestán Fernandes, en América Latina el científico

social “es el innovador social”, el “agente consciente del cambio social”, en la medida en que se interesa por problemas de magnitud nacional, por investigar, por formar cuadros, por buscar soluciones. “Las ciencias sociales son factor del proceso histórico social latinoamericano” —escribe este autor en el número 2 de 1966— y la sociología es una “clave” para la solución de cualquier problema social porque sólo ella permite la explicación macrosocial de la transición social latinoamericana, así como la propuesta de alternativas de cambio e instrumentación de soluciones. Según Pablo González Casanova, la sociología es un producto intelectual de las clases medias y ha cumplido una función productiva en el terreno cultural y una función crítica en el terreno político por su inconformidad e insatisfacción con el tipo de sociedad en que aparece. “Los sociólogos han contribuido a transformar la cantidad y calidad de los conocimientos, han criticado las relaciones de dominación y producción que impiden el desarrollo cabal de sus naciones” (número 3-4 de 1972).

Se trató, en todos los casos —las instituciones planificadoras, la guerrilla, la Iglesia de la liberación, las ciencias sociales—, de formas para lograr un mismo objetivo: el cambio social y el desarrollo. Pero ese objetivo no fue compartido por todos los sectores sociales, de modo que al mismo tiempo llegaron también desde los años sesenta los golpes de Estado militares y los proyectos estadounidenses de asistencia técnica y económica, así como de entrenamiento militar para combatir el nacionalismo y el comunismo y “ayudar a los gobiernos amigos a enfrentarse a la insurgencia activa” (número 1 de 1968). Un ejemplo es el proyecto Camelot que, según Johan Galtung, tuvo como objetivo “determinar la factibilidad de desarrollar un modelo general de sistemas sociales que debía hacer posible predecir e influir sobre aspectos políticamente significativos del cambio social en las naciones en desarrollo del mundo” (número 1 de 1968):

AFANES LATINOAMERICANOS

Al tomar posesión como director del IISUNAM y de la *Revista Mexicana de Sociología* a mediados de los años sesenta, Pablo González Casanova llevó consigo el optimismo de los científicos sociales latinoamericanos respecto a su quehacer, así como la carga teórica del marxismo y de las teorías del desarrollo y la dependencia para imprimirle una nueva orientación a la publicación. Escribe Oscar Uribe Villegas: “El deseo del director de la *Revista Mexicana de Sociología* es en el sentido de que en ella se cargue el énfasis en México, en Latinoamérica y en el Tercer Mundo” pues se cree, como afirma María Luisa Rodríguez Sala, que “la deficiencia del conocimiento de México es un impedimento en su desarrollo”. De manera que para liberarse del impedimento que era la falta de conocimientos, se elaboraron dos grandes proyectos: el plan nacional de investigaciones en ciencias sociales, que era de coordinación entre las universidades e instituciones

públicas y privadas en este campo, así como la encuesta nacional sobre los problemas más importantes del país, que permitiría conocer sus aspectos demográficos, culturales, políticos y económicos. Se decide entonces que los temas fundamentales a investigar tendrán siempre que ver con México y América Latina y harán principalmente el análisis del sistema político, del cambio tecnológico y sus consecuencias sociales, de los problemas agrícolas —particularmente la reforma agraria y los problemas campesinos—, de los sectores obreros, de la urbanización, la población, la desigualdad social, la economía y el papel de las ciencias sociales. En la *Revista* publican importantes pensadores y políticos mexicanos como Gastón García Cantú, Jesús Silva Herzog, Daniel Cosío Villegas, Pablo González Casanova, Alonso Aguilar y Fernando Carmona, así como lo más distinguido del continente en este terreno: Cardoso, Dos Santos, Faletto, Marini, Sunkel, Ianni, Quijano, Gunder Frank, Ribeiro, Fals Borda, García, Graciarena, Fernandes y muchos, muchísimos más: Aldo Solari escribe sobre el sistema político y el desarrollo social en Uruguay, Florestán Fernandes sobre las ciencias sociales en América Latina y su deber de diagnosticar las necesidades, Antonio García sobre las reformas agrarias y los problemas de la tenencia de la tierra, Louis Ducoff sobre la brecha entre el desarrollo rural y el urbano, Orlando Fals Borda sobre las revoluciones inconclusas en América Latina, Ernest Feder sobre la impotencia política de los campesinos, Dimitri Gusti sobre los procesos migratorios, Óscar Braun sobre el nuevo orden internacional desde el punto de vista de la dependencia, Ricardo Cinta sobre el desarrollo económico en relación con la urbanización y el radicalismo político, Raúl Benítez Zenteno sobre los cambios demográficos en México, Glaucio Ari Dillon Soares y José Luis Reyna sobre la relación entre el *status* socioeconómico y la religiosidad, Ricardo Pozas sobre la organización de cooperativas de producción agropecuaria, Horacio Labastida sobre las políticas y programas de desarrollo de la comunidad, Aníbal Quijano sobre problemas de urbanización y de marginalidad, Irving Horowitz sobre cuestiones de legitimidad e ilegitimidad política, Octavio Ianni sobre el papel de los militares y los 106 golpes de Estado perpetrados entre 1930 y 1965 en este continente, Fernando Carmona sobre los problemas de la economía, Amadeo Vasconi sobre el papel de las ideas en el proceso de emancipación de América Latina y sobre cultura e ideología. Hay una enorme preocupación por la educación, pues se cree en “la solidaridad entre la educación y el desarrollo”, y sobre eso escriben Miguel Bueno, Jorge Graciarena y Torcuato di Tella, quien compara entre los diversos países de América Latina a fin de crear una estrategia cultural que resista la enajenación. Darcy Ribeiro y Antonio García escriben sobre el papel de las universidades, Víctor Manuel Durand Ponte, Aldo Solari y James Petras sobre los estudiantes y Fernando Uricoechea sobre los intelectuales. Pero lo que más hay es, por supuesto, cantidad de estudios sobre la historia y la situación concreta de cada país en donde no falta ninguno de los del continente, del Río Bravo hasta la Patagonia.

¿Cuál es el tono, cuál el contenido, de esos estudios cuyo objetivo era conocer la situación de nuestros países para estimular el desarrollo y el cambio social, y acercarnos a eso que pioneramente González Casanova había llamado la democracia?

Lo primero era creer en el desarrollo, cuya definición era la de Cardoso y Faletto, que se convirtieron en los clásicos de este tema después de la publicación en 1969 de su libro *Dependencia y desarrollo en América Latina*: “El desarrollo es considerado como resultado de la interacción de grupos sociales que tienen un modo de relación que les es propio y por lo tanto intereses y valores distintos, la oposición de los cuales constituye la sustancia misma de la dinámica del sistema socioeconómico y cuya significación en la estructura social y política se va alterando en la medida en que las distintas clases y grupos sociales logran imponer sus intereses, su fuerza y su autoridad al conjunto de la sociedad” (número 2 de 1977). Lo segundo era hacer análisis específicos que se debían ocupar de lo que, según esos mismos autores, era lo más importante: “Las condiciones económicas del mercado mundial, inclusive el equilibrio internacional del poder; la estructura del sistema productivo nacional y su tipo de vinculación con el mercado externo; la configuración histórico-estructural de dichas sociedades con sus formas de distribución y mantenimiento del poder y sobre todo, los movimientos y procesos políticos-sociales que presionan hacia el cambio, con sus respectivas orientaciones y objetivos”. Y es que, como apunta Vilmar Faria, el problema del desarrollo implicaba establecer vinculaciones entre los determinantes internos y externos de las estructuras de dominación, así como encontrar las categorías que expresen fundamentalmente el modo de existencia de las sociedades subdesarrolladas (número 1 de 1978). Escribe Aníbal Quijano: “Entre los elementos que caracterizan el actual proceso de cambio de las sociedades latinoamericanas, uno de los más importantes [...] es la tendencia del campesinado de algunos países a diferenciarse y organizarse como un sector específico de intereses sociales que se manifiesta en la emergencia de vigorosos movimientos políticos y sociales. Estos movimientos campesinos se vinculan con creciente amplitud a movimientos políticos e ideológicos de carácter revolucionario” (número 3 de 1966). Y por su parte completa Enzo Faletto: “El estudio del movimiento obrero en América Latina, como el análisis de las clases populares en general, constituye el intento de comprender y explicar sus singulares características tanto en sus orientaciones como en sus formas concretas de organización y de acción [...] La explicación de tales diferencias debe buscarse no tanto en la disimilitud de una situación económica *strictu sensu* sino más bien en la peculiaridad de la posición social que la clase obrera ocupa respecto al resto de la sociedad global [...] tal posición social es en gran parte producto del desarrollo histórico de estos países” (número 3 de 1966).

AFANES MEXICANOS

De modo que lo que se proponían los sociólogos era estudiar el desarrollo de sus países. Y así lo hicieron. El mismo González Casanova publicó en 1965 *La democracia en México*, libro al que Abelardo Villegas ha llamado el primer trabajo de la sociología mexicana moderna⁶³ y en el cual el autor buscaba, según afirma Carlos Martínez Assad, "Entender y explicar las relaciones entre la estructura política formal y la estructura real de poder; los vínculos de la Nación-Estado con la estructura internacional y la relación de la estructura del poder con la estructura social, con los grupos macrosociológicos, con los estratos y con las clases" (número 1 de 1985). Y es que, como afirma Manuel Villa, los estudiosos de ese momento se hacían preguntas sobre sus países en un sentido político: "¿Qué tipo de Estado se configuró?", ¿qué tipo de estructura de clases dominante en lo político y en lo económico se conformó?, ¿cuál fue el proceso de configuración de las clases y el Estado?, ¿cuáles son las características del aparato de control y dominación?, ¿cuál ha sido la configuración y el papel asignado y jugado por los sectores populares?, ¿cómo se explica el papel preponderante de los sectores medios urbanos en el proceso de protesta social?, ¿qué rasgos acusa, qué conflictos y tensiones encierra la estructura social actual y su aparato de control?, ¿cuáles son los límites y posibilidades para continuar los ritmos de crecimiento hasta ahora característicos?, ¿cuáles son finalmente, las condiciones y posibilidades de configuración de un movimiento popular y de un proceso de democratización que libere la rígida estructura de control centralizada, autoritaria y sostenedora de la distribución desigual e inequitativa de los beneficios del desarrollo?"⁶⁴ Las preguntas no salían de la nada, sino particularmente en el caso de México, de una realidad muy concreta: "Para fines de los años sesenta, las contradicciones generadas por el sistema económico comenzaron a frenar el milagro mexicano. La orientación libre de la industria y su prioridad de obtener ganancias la encaminaron a la producción de bienes que poco tenían que ver con una planificación adecuada de las necesidades del país y mucho en cambio con la concentración aguda del ingreso. De tal manera que, por una parte, el mercado no podía seguir creciendo [...] y por otra, la falta de producción en el sector de equipo y maquinaria hizo necesario aumentar cada vez más la importación, lo cual acrecentaba el endeudamiento y la dependencia. Además, en razón de la coyuntura internacional, el mercado externo se cerraba para los productos agrícolas mexicanos, de modo que el modelo de desarrollo comenzó a mostrar su vulnerabilidad. En el aspecto social, el proceso de industrialización se había sostenido sobre el rígido control de los obreros por vía de sindicatos manejados por el Estado y sobre la escasa

⁶³ Abelardo Villegas sobre *La democracia en México*, cit. en Sefchovich, *op. cit.*, p. 158.

⁶⁴ Villa, *op. cit.*

atención a la productividad en el campo, lo que provocó migraciones a las ciudades en donde el panorama que esperaba a los recién llegados era de desempleo y miseria. La concentración del ingreso, la nula planificación y el aplazamiento de las demandas de vastos sectores de la población provocaron una serie de presiones sobre el Estado y movilizaciones sociales cuyas demandas se resolvieron con la represión. Todo parecía indicar que el sistema político comenzaba a perder su capacidad de mediación en la lucha de clases. Al terminar la década de los sesenta terminó también lo que Monsiváis llamó 'la fiesta desarrollista'. La protesta vino en esta ocasión ya no sólo de los campesinos siempre reprimidos o de los obreros siempre controlados sino de las clases medias urbanas que se habían formado y fortalecido a la sombra del capitalismo a la mexicana, es decir, del crecimiento de las ciudades, ampliación de los servicios, acceso al consumo, educación y cultura."⁶⁵

A mediados de 1970 asume la dirección del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM y de la *Revista Mexicana de Sociología*, Raúl Benítez Zenteno. Inmediatamente se produce un cambio en la *Revista* y los números se destinan menos a la globalidad de América Latina y a aspectos teóricos y más a presentar resultados de investigación del propio Instituto. La razón de esto fue que "después de 1968, los intelectuales mexicanos vuelven los ojos al suelo de México como medio siglo antes les había pedido Caso y se preocupan por conocer su historia y su realidad presente, su economía y sus relaciones sociales, su cultura"⁶⁶. Escribe el director: "el conocimiento implica también conciencia social y responsabilidad moral y asimismo una búsqueda que lleve a eliminar lo que de utilitario y pragmático tiene nuestra cultura que enfatiza la racionalidad formal y la eficacia productiva [...] En América Latina los avances de la sociología y la ciencia política han sido posibles gracias a que [...] se ha logrado realizar estudios más y más vinculados con la realidad. La práctica científica latinoamericana en ciencias sociales inició un recorrido de independencia desde que hizo suyos los grandes avances teóricos de carácter universal en un proceso de constatación empírica frente a las realidades nacionales contempladas históricamente y analizadas en términos comparativos. Aprender a América Latina en su conjunto hizo posible entender su diversidad y originalidad [...] Entender a la sociedad en que se vive y buscar transformaciones innovadoras es ahora la tarea" (número 2 de 1970). Así pues, se plantea un tipo de revista que sirva para conocer al país, pero que no sea ni teórica ni empírica ni política, sino tecnológica, es decir, científica, y se la organiza en apartados titulados "estudios", "pesquisas", "productos de taller", "experimentos y aplicaciones", "artículos" y "documentos", para darle este carácter.

Entre los muchos artículos de los investigadores del ISUNAM publicados por la *Revista*, Sergio Ramos Galicia escribe sobre el proceso de urba-

⁶⁵ Sefchovich, *op. cit.*

⁶⁶ Sara Sefchovich, *Ideología y ficción*, México, Grijalbo, 1975.

nización en México, Ricardo Alvarado sobre proyecciones de población, Héctor Cuadra sobre obstáculos políticos al desarrollo, Luisa Paré sobre el caciquismo, Carlos Johnson sobre el cambio sistémico, Regina Jiménez y Georgina Paulín sobre la comunicación, Sergio Ramos Galicia y Mario Ramírez Rancaño sobre los empresarios, Óscar Uribe sobre sociolingüística, Calixto Rangel Contla sobre las luchas de clases, Pilar Calvo sobre la burguesía agraria, Jorge Martínez Ríos sobre las invasiones agrarias, Víctor Manuel Durand Ponte, Enrique Contreras y Gilberto Silva sobre el problema del reformismo "como necesidad estructural" en el movimiento obrero, Julio Labastida sobre el régimen echeverriísta y la apertura democrática y en general sobre procesos políticos en el país, Jorge Bustamante sobre un emigrante mexicano a los Estados Unidos, Gloria González Salazar sobre el crecimiento económico y la desigualdad social, Mercedes Oliveira y María de los Ángeles Romero sobre la estructura política de Oaxaca en el siglo xvi, Aurora Loyo sobre el marco socioeconómico de la crisis política de 1958 que fue "cuando se dieron los movimientos sindicales más importantes de los últimos años en México" (número 2 de 1975), Cecilia Imaz sobre el apoyo popular al movimiento estudiantil del 68 (realizado por medio de encuestas que "son métodos que proporcionan una manera de conocer las tendencias de la opinión pública sobre los problemas sociales)" (número 2 de 1975), Pablo González Casanova sobre el aparato de dominación en América Latina y su funcionamiento dentro del sistema imperialista, Gerard Pierre Charles sobre las formas de dominación política en los años sesenta y setenta, cuando "los sectores dirigentes se han visto obligados a salir del cuadro de la legalidad [...] y buscar métodos renovados y más eficaces para asegurar el control del aparato estatal" y cuando "las leyes [...] e instituciones propias de la democracia representativa [...] se muestran cada vez más imposibilitadas para garantizar la supervivencia e incluso el funcionamiento del sistema [...] y se ha planteado la necesidad de instaurar regímenes de terror como forma de la opresión clasista e imperialista" (número 3-4 de 1972), Jorge Basurto sobre el movimiento obrero, ya que: "Los designios del imperialismo norteamericano de someter al movimiento obrero latinoamericano han sido más o menos exitosos aunque para ello se hayan empleado métodos nada honestos como la corrupción, el terror, la violencia, la subversión, la educación" (número 3-4 de 1972), y sobre el populismo que es un movimiento político con ciertos rasgos comunes, como son el atraso económico y social y la falta de conciencia nacional, más el apoyo de masas de diversas clases sociales. No es revolucionario, guarda la legalidad, habla de distribuir la riqueza, es nacionalista, y el Estado desempeña un fuerte papel (número 4 de 1969), Sergio de la Peña sobre los límites de la acumulación de capital ya que: "La acumulación originaria explica la manera como se forma el acervo primario de riqueza en manos de los capitalistas [...] a fin de emprender la expansión del capital en forma ampliada y como se inicia ésta consiste en un proceso de apropiación de la

riqueza y de los recursos existentes que tiene lugar al mismo tiempo que se forma la economía capitalista y que germina la respectiva superestructura. La acumulación originaria no se refiere por tanto sólo a la formación de capital sino a la multitud de transformaciones sociales y económicas que el mismo capital induce y necesita para su operación, tales como la separación del trabajador de sus medios de producción, la concentración de la riqueza en la surgiente clase burguesa, la formación de un mercado de trabajadores libres, la creación de una ideología burguesa y en fin, la incorporación de todos los aspectos de la vida al sistema mercantil" (números 2 de 1974 y 4 de 1979), María Elena Cardero sobre la estructura y la evolución del capital financiero que fue un instrumento de canalización de los recursos extranjeros y contralor de la rentabilidad de las inversiones y además creó empresas altamente rentables que avalaban y garantizaban las operaciones crediticias en el país" (números 3 de 1979, 2 de 1976 y 4 de 1977), Roger Bartra sobre el problema indígena al que replantea desde una perspectiva de explotación: "¿Cómo es explotado hoy en día el indio cuando éste ya no existe plenamente como tal desde hace tiempo? La cultura indígena en México ha sido liquidada por las fuerzas modernas del capitalismo y de todos modos sigue vigente el problema indígena" (números 3 de 1974 y 2 de 1976).

Como se puede ver por el anterior listado —por supuesto incompleto—, la planta de investigadores del ISUNAM había crecido considerablemente y se investigaba con seriedad y profundidad los problemas nacionales, para subsanar las deficiencias en el conocimiento de algunas áreas y para llenar el vacío en otras, particularmente de la que Marcia Smith había dicho en la *Revista* que "existía muy escasa literatura": el sistema político mexicano. Esto tuvo que ver con el momento que vivía el país, que fue el de la llamada "apertura democrática" iniciada por el presidente Luis Echeverría para atraerse a los intelectuales alienados en 1968 y a la que se sumó la gran cantidad de recursos destinados a la educación superior y a la investigación.

En la *Revista* se dedican artículos a aquellos sectores específicos de la investigación que en ese momento son los más desarrollados, por ejemplo, los estudios de urbanismo y de demografía. Así, en el primer tema, Jean Casimir define a la ciudad como "el aparato urbano considerado como el lugar de las decisiones que se refieren a la vida nacional" (números 6 de 1970 y 2 de 1973) y Manuel Castels hace propuestas teóricas para investigar los movimientos sociales urbanos: "Los problemas urbanos se hacen cada vez más un juego político y un lugar estratégico para las nuevas formas de lucha de clases" (número 1 de 1972). Y respecto al segundo tema, Raúl Benítez Zenteno relaciona las pautas del subdesarrollo capitalista de México y el crecimiento desigual, atrofiado y dependiente con la natalidad, la mortalidad, las leyes y políticas de población. "La estructura dinámica y distribución de la población —escribe este autor en la *Revista*— resultan del propio subdesarrollo [...] de los desequilibrios

[...] de la dependencia del exterior.” Para él, aunque las tendencias de las variables demográficas básicas —fecundidad, mortalidad y migraciones— no son homogéneas ni por país ni por región, se puede afirmar que la modernización ha llevado a un descenso de la mortalidad mientras se mantienen altos los niveles de fecundidad, lo que significa un rápido crecimiento de la población, con procesos de fuerte concentración y un rejuvenecimiento de la estructura social, todo lo cual aumenta la carga del gasto social —educación, salubridad, vivienda— y significa enormes presiones sobre el empleo. “Afirmar que nuestro desarrollo dependerá de nuestro ritmo de crecimiento demográfico es ignorar todo nuestro pasado colonial, independiente y revolucionario. Al mismo tiempo, ignorar nuestro actual ritmo de crecimiento demográfico y las implicaciones de los cambios en la estructura y el tamaño de la población es eliminar las posibilidades de una mejor programación del desarrollo” (números 3 de 1974 y 1 de 1978).

Se publican estudios sobre fecundidad, fuerza de trabajo, oportunidades de empleo y migraciones. En este último campo hay artículos significativos que se convirtieron en clásicos, por ejemplo, uno de Humberto Muñoz y Orlandina de Oliveira que afirma que “la industrialización en la ciudad de México, principalmente a partir de los años cuarenta, ha transformado sustancialmente la estructura productiva y del empleo dentro del sector manufacturero” y que analiza las repercusiones que tuvieron estos cambios sobre la expansión de una serie de servicios ligados al proceso global del desarrollo capitalista y cómo ello afectó las desigualdades que se manifiestan en los niveles de ingreso que alcanzó la mano de obra en diferentes actividades: “Las tendencias de transformación de la estructura productiva en la ciudad de México son parte del desarrollo del capitalismo a nivel nacional e internacional” (número 1 de 1976).

DE LA DESILUCIÓN

En 1974 escribió Ernest Feder que durante los años sesenta fueron investigados los problemas económicos, sociales y políticos de América Latina como no se hizo en ningún otro continente. Fue ésa una edad dorada en la que destacaron dos líneas: la de quienes estaban a favor de la liberación, es decir, por un mayor bienestar como condición para el crecimiento, y la de quienes estaban por la contrainsurgencia y por formas de preservar la estabilidad política. Los primeros creían que “tarde o temprano las presiones (de un proletariado rural creciente y progresivamente más pobre) serían tan fuertes que inevitablemente destruirían el poderío y el *status* privilegiado de la élite en el poder, y consideraban que de hecho este momento no estaba muy distante en el futuro. Eran los científicos sociales, los movimientos estudiantiles, la guerrilla y la Iglesia de la liberación. Y sin embargo, para fines de la década fue necesario llegar a una conclusión más pesimista, pues algunas tendencias que parecían sus-

ceptibles de ser invertidas no lo fueron y en cambio surgieron otras que demuestran que “la pobreza y el desempleo (así como la represión campesina que forma parte integral de la miseria rural), parecen estar destinados a crecer significativamente en cuanto a su alcance e intensidad y pueden seguir siendo consistentes con la dominación persistente del campesinado por parte de la élite terrateniente nacional, ahora reforzada por un sector de latifundio modernizado, aunque pequeño, y por la burguesía urbana durante mucho tiempo en el futuro o con formas completamente nuevas de explotación” (número 1 de 1974). James Petras estuvo de acuerdo con esta pesimista opinión de Feder expresada precisamente a mediados de la década siguiente a la del optimismo y la creencia en la posibilidad del cambio, y su acuerdo partió de que había llegado a la conclusión de que “el sistema capitalista no se desbaratará bajo el peso de sus propias contradicciones, que las crisis económicas no llevan y no llevarán por sí solas a la muerte del capitalismo [...] La caída del capitalismo depende de la lucha de clases que puede surgir o posiblemente no surja de las crisis económicas. En ausencia de una lucha de clases, el capitalismo tiene una gran variedad de mecanismos para recuperarse de las crisis” (número 2 de 1976).

Como lo muestran los argumentos de Feder y Petras, en los años setenta se advertía ya una desilusión entre los científicos sociales. Orlando Fals Borda y Francisco Varona hablaban incluso de una crisis de las ciencias sociales. En la *Revista Mexicana de Sociología* esto se hizo patente con algunos artículos críticos que fueron conformando una tendencia pesimista que alcanzaría su clímax con la caída del gobierno de la Unidad Popular en Chile, fin de cualquier optimismo posible en el continente. Escribe Sergio Zermeno: “Los países de América Latina han sido incapaces de definir una pauta de desarrollo equilibrada o favorable en términos de algún tipo de beneficio para la sociedad nacional [...] los gobiernos latinoamericanos, por la forma de integración de nuestras economías dentro del sistema capitalista, han aparecido siempre como gobiernos subordinados [...] esta situación es el producto de las relaciones que nuestras sociedades han mantenido y mantienen con los centros imperialistas” (número 3-4 de 1972).

NO A LA DEPENDENCIA

Es en este contexto que surge, en los años setenta, la crítica al concepto de dependencia. Según Zermeno, la dificultad de este concepto es que es una fuente de ambigüedades, pues no rompe con la idea de determinación de una nación hacia otra (es decir, no rompe con la teoría del imperialismo) pero coloca a la determinación externa en el plano interno (el juego de las clases) (número 3-4 de 1972). Para Francisco Weffort, la teoría de la dependencia es continuación de las teorías convencionales del desarrollo según las cuales los países atrasados seguirán el camino de los

avanzados. “La imposición de la noción de dependencia [...] está en que ella oscila entre un enfoque nacional y un enfoque de clase. En el primero, el concepto de nación opera como una premisa de cualquier análisis de las clases y las relaciones de producción. En el segundo, se pretende que la dinámica de estas relaciones (de clase y de producción) determine el carácter del problema nacional y se opone al hecho de pensar a este concepto como totalizante para entender a la sociedad en su conjunto.” (Weffort citado por Zermeño en *idem*). Es decir que, para este autor, “el problema nacional” (la unidad nacional como unidad de análisis) es una persistencia de naturaleza ideológica en la noción de dependencia y en su opinión el problema radica en trabajar desde una perspectiva de clase que no requiere de una premisa nacional para explicar el desarrollo capitalista. El problema se encuentra, afirma, a nivel supranacional, a nivel de las relaciones de producción. Sin embargo, aún los críticos del concepto de dependencia están de acuerdo en que éste tiene un lugar histórico, pues efectivamente guarda relación con una etapa del desarrollo latinoamericano durante la cual había expectativas de un desarrollo nacional e independiente y no existían condiciones teóricas para definir las jerarquías entre las contradicciones fundamentales (clase y nación). De ahí la validez del concepto como “corte objetivo e importante para el entendimiento del desarrollo capitalista reciente” si bien no “en el campo de un enfoque globalizador como se pretendía sino que se ha restringido a un enfoque económico” (*idem*). De este modo, la utilidad del concepto no estaría en una explicación estructural, sino en la recuperación del nivel concreto de la pugna de intereses por medio de la cual se va imponiendo el capitalismo (*idem*).

DEL ESTADO

En 1976 tomó posesión como director del USUNAM y de la *Revista* Julio Labastida. Inmediatamente, en el primer número a su cargo hay una recapitulación sobre la revista, su función, y sus temas: “La *Revista Mexicana de Sociología* ha considerado pertinente [...] hacer brevísimo examen de conciencia de su propio desempeño en los años recién pasados a fin de recoger de él lo bueno y vigente, desechar lo malo y caduco e injertar en su propia tradición los elementos nuevos que [...] habrán de vivificarla y enaltecerla” (“Introducción” sin firma, número 1 de 1976). Con Labastida, volverán a la *Revista* los autores latinoamericanos y los grandes temas teóricos del momento que “se oponen a la ilusión empirista de la suma de información” y analizan las características y tendencias de la sociedad con un método que consiste en historizar, siempre historizar. Así lo propone Guillermo D’Donell en la *Revista*: “Hacer del tiempo histórico el ámbito en el que se ubican analíticamente y se ve desplegar conjuntos de problemas y estructuras escogidas en función de su probable

capacidad para explicar el presente y avisorar la dirección de cambios futuros" (número 4 de 1978). Sergio Zermeño resume en qué consiste la búsqueda que marca a la época: "se encontrarán las relaciones de clase como nivel privilegiado para la comprensión de las otras esferas particulares [...] Este plano de las relaciones sociales o de clase, junto con el análisis comparado de distintos tipos del trabajo" (número 1 de 1977). En el mismo sentido va la afirmación de Liliana de Riz: "La necesidad de incluir un análisis histórico del tipo particular de relaciones entre clase y política [...] me parece el único camino alternativo para evitar la tentación reduccionista" (número 2 de 1977).

El lenguaje se hace más especializado (no técnico, en el sentido de los años cincuenta, sino conceptual, como corresponde a una ciencia ya constituida y bien diferenciada) y se habla de formaciones sociales, capitalismo tardío y producción de conocimientos. Un ejemplo de este lenguaje cerrado y difícil, es el siguiente párrafo de Fernando Henrique Cardoso en la *Revista*: "La formación de sectores urbanos y semiurbanos en relación con el sistema social y político global sin la intermediación de relaciones propias (políticas y sociales) y sin la definición de perspectivas y de ideologías auténticas para expresar la especificidad de estas estructuras en el interior de la estructura social, ha vuelto posible su caracterización en tanto que situación de masas" (número 4 de 1970).

El momento es interesante porque los pensadores no pueden evitar explicarse el proceso histórico y político latinoamericano en términos de dependencia, y al mismo tiempo, están de acuerdo con las críticas a ese esquema, pues como afirmaba Liliana de Riz, el uso de esta categoría resultaba en interpretaciones reduccionistas.

Diez años después de los primeros planteamientos teóricos sobre el problema (años que por lo demás fueron "muy densos" en acontecimientos significativos", como afirmó el mismo Cardoso), Cardoso y Faletto, en un *postscriptum* notable a su famoso libro *Dependencia y desarrollo en América Latina* escribieron que lo fundamental "es la relación de las luchas políticas entre grupos y clases de un lado y la historia de las estructuras económico-políticas de dominación internas y externas por otro", o sea que en defensa de la categoría de la dependencia afirmaban que lo que interesaba no era catalogar acontecimientos, sino inquirir a través de ellos sobre el sentido de las relaciones estructurales básicas (número 2 de 1977).

De modo que a partir de mediados de los setenta hay un replantamiento teórico y metodológico obligado por una realidad mundial y latinoamericana que no respondió a las predicciones de los científicos sociales y que planteó nuevos elementos y nuevas contradicciones. Se trataba de desentrañar el por qué del fracaso de las ilusiones y los optimismos de los sesenta, que habían hecho escribir a Agustín Cueva que los intelectuales podían "contribuir con nuestros análisis y apoyar así las luchas de las genuinas organizaciones de masas" (número 4 de 1976). Se trataba de entender qué había sucedido con la democracia que pareció posible en la

década anterior y cuáles eran esas tendencias que Feder había calificado de “susceptibles de ser invertidas y que de hecho no lo fueron”. La pregunta era ahora: “¿Por qué grandes masas de nuestro continente habían quedado excluidas de los beneficios del desarrollo?”. Escribe Vilmar Faria: “Después de la segunda guerra mundial existían en Latinoamérica grandes esperanzas de que el desarrollo económico basado en la industrialización controlada nacionalmente que debía conducirse como un objetivo planeado por el grupo empresarial local con el apoyo consciente del Estado, mejoraría la situación de los pobres del campo. Sin embargo, hacia el final de la década de los cincuenta había indicaciones de que el crecimiento autosostenido se retrasaba en muchos países y, más aún, que el patrón de desarrollo económico que se llevaba a cabo no resolvería los problemas estructurales de la pobreza y la marginalidad en regiones rurales ni urbanas. En los años sesenta la preocupación se convirtió en desesperación: a la pobreza rural crónica se habían añadido la pobreza y la marginalidad estructural urbanas. Ya no se creía en la industrialización como solución al problema; antes, al contrario, la pobreza urbana —como resultado de la mayor concentración de ingresos— y la marginalidad urbana —como resultado de la menor capacidad del sector industrial para absorber a la población urbana de manera productiva— aumentaban rápidamente. De hecho, la industrialización se consideraba responsable de la mayor pobreza y marginación. La situación de América Latina seguía siendo la preocupación clave, ya fuera en el proceso de acumulación, el de dominación, o el de legitimación” (número 1 de 1978). Por su parte, Theotonio Dos Santos escribe: “La historia política reciente del subcontinente latinoamericano está marcada por la decadencia o el debilitamiento de las corrientes nacionalistas y democráticas burguesas y por una radicalización política que tiende a poner frente a frente regímenes de fuerza con creciente contenido fascista y movimientos populares revolucionarios de progresiva tendencia socialista” (número 1 de 1977).

Lo que sucedió, pues, obligó a los científicos sociales a crear nuevos instrumentos de análisis de una realidad que se fue por un camino distinto al que ellos le habían vaticinado, es decir, que no transitó por la democracia ni por el desarrollo ni por los derechos humanos. Como afirmó Liliana de Riz, el golpe militar del sesenta y cuatro en Brasil obligó a replantear el problema de la subordinación de nuestros países al sistema capitalista. En los setenta: “La escena latinoamericana está dominada por gobiernos militares” los cuales, según Norbert Lechner, constituían un nuevo autoritarismo que nada tenía que ver con la tradicional dictadura ni con el militarismo de los años treinta. “Los golpes militares de la última década se caracterizan porque las fuerzas armadas toman el poder como institución —la jerarquía militar desplazando al caudillo— para buscar establecer un nuevo Estado —proclaman no ser un régimen transitorio— y por no apoyarse en fuerzas civiles —rechazo de los partidos políticos—” (número 2 de 1977). Todo esto obligó a los sociólogos a

buscar nuevas explicaciones teóricamente fértiles y políticamente eficaces. De las lecturas de Marx y Weber, Gramsci, Poulantzas, Habermas y Offe, Miliband y Laclau, Bahro y Altvater, Hirsch, Bobbio y Luporini, Cardoso, O'Donnell y Lechner nació la teorización sobre el Estado como parte constitutiva del proceso de ruptura con las concepciones dependencistas. El punto de partida fue, como lo resumiría Isidoro Cheresky en la *Revista*, la pregunta: "¿es pertinente una teoría política de las sociedades latinoamericanas?, y ¿qué relación se puede establecer entre la diversidad de tipos de desarrollo dependiente y las formas políticas?" (número 3 de 1980).

La teoría del Estado —de sus características, formación, fundamentos y funciones— se inicia como tal en estos años, aunque ya varios libros y artículos, incluidos algunos en la *Revista Mexicana de Sociología*, habían tocado el tema. Célebres fueron en 1969 *Formación del Estado nacional en América Latina* y en 1977 *Estado y sociedad en América Latina*, de Marcos Kaplan, así como los análisis específicos sobre sus diversos tipos: el populista estudiado por Basurto, Cavarozzi, Ianni y otros, el desarrollista, el militarista estudiado por Cottler, Zemelmann, Ianni, Minello y el fascista —"forma excepcional del Estado capitalista" que pretende resolver crisis en su desarrollo— por Cueva, Boron, Zavaletta, Dos Santos.

Según Marcos Kaplan: "El desarrollo capitalista dependiente ha ido acompañado en las últimas décadas por una creciente intervención del Estado, una extensión continua de su actividad y de su papel determinante en la constitución y reproducción del sistema y el logro de un grado notable de autonomía relativa respecto a las clases y a la sociedad" (número 3 de 1978). Cardoso y Faletto apuntan que "visto desde la perspectiva de las clases dominantes o desde la de las clases populares, tanto la pugna entre las clases como la propia relación fundamental de dependencia encuentran en el Estado el lugar crucial por donde pasa la historia contemporánea" (número 2 de 1977). La razón que aducen para afirmar esto es que, efectivamente, aumentó la capacidad de varios Estados latinoamericanos para actuar, pero siempre fue siguiendo el mismo patrón predominante de desarrollo capitalista que consistía en su carácter empresarial asociado a las transnacionales, lo cual provocó un proceso de separación entre el Estado y la nación. "En resumen —concluyen estos autores en su artículo en la *Revista*— las tendencias contemporáneas de desarrollo no difieren de lo que percibimos hace diez años. Nos parece sin embargo que es conveniente especificar mejor la noción de Estado, las bases en que se apoya en los países periféricos, las formas del régimen político y el juego institucional existente, las bases sociales de su sustentación, la naturaleza de los conflictos y alianzas de clase y la correlación de fuerzas sociales y políticas que articula", pues no es sólo una organización burocrática y reguladora, sino una "organización económica que cimienta una ideología. En el caso particular de nuestro país, Julio Labastida afirma que la fuerza del Estado mexicano "provendría de su carácter semicor-

porativo, de la combinación de elementos ideológicos y políticos concretos que configuran lo que se ha designado como nacional-populismo mexicano y de la gran concentración de poder y prestigio que dentro de este esquema tiene el titular del ejecutivo y habría que añadir el peso del sector público en la economía". De ahí que: "El rasgo más importante del sistema político mexicano sea la capacidad del Estado para imponer su voluntad sobre cualquier clase o grupo social" (número 1 de 1977). Por su parte, Roger Bartra escribe: "El Estado Mexicano es de un carácter avanzado y sofisticado, tan autónomo de las luchas de clases, tan bonapartista, tan excepcional, tan revolucionario, tan nacional y tan arbitral que es capaz de autorreproducirse y autoalimentarse sin necesidad de intervención de las fuerzas sociales. El Estado se supone que es el gestor determinante de la sociedad, es quien da vida a las clases sociales y quien ordena y decide la forma del desarrollo económico" (número 2 de 1976).

MÁS SOBRE EL ESTADO

Uno de los artículos más importantes del momento, que pone las bases para una discusión que se prolongará durante varios años en la sociología latinoamericana, es el que publica en la *Revista* Guillermo O'Donnell sobre el Estado burocrático-autoritario. Este autor establece correspondencias entre ciertas fases del desarrollo del capitalismo dependiente o periférico y ciertos tipos de dominación, o sea, determinados tipos de Estado que corresponden a esa estructura. Así, se explica las formas del Estado, su organización y dinámica, su racionalidad y contradicciones, sus relaciones con la sociedad (nación, ciudadanía, pueblo), el contexto internacional y las diferencias entre los distintos países latinoamericanos. Dice el autor: "El Estado como aspecto analítico de la sociedad, parcialmente cristalizado en derecho e instituciones. Allí lo entendemos como primordialmente coercitivo e incluso coactivo. Pero [...] la necesaria tendencia hacia la fetichización del Estado y hacia la escisión aparente entre éste y la sociedad conlleva la tendencia también necesaria hacia la generación de mediaciones entre uno y otra. Allí vemos que el Estado es también organización del consenso en tanto constituyente de solidaridades colectivas" (número 1 de 1977). El término de Estado burocrático-autoritario le sirve al autor para caracterizar un tipo de Estado diferente a los ya estudiados en la perspectiva latinoamericana y explicar el cambio en las pautas del desarrollo capitalista industrial dependiente que se ha acompañado por procesos políticos y por una forma de dominación particular. Se trata del Estado que surgió en la década de los sesenta en Brasil y Argentina y después en Uruguay y Chile y por fin en México y cuyas características son: a) las posiciones superiores del gobierno suelen ser ocupadas por personas que acceden a ellas luego de exitosas carreras en organizaciones complejas y altamente burocratizadas (como las fuerzas armadas, el Estado

mismo o las grandes empresas privadas); *b*) son sistemas de exclusión política en el sentido de que apuntan a cerrar los canales de ascenso al Estado, al sector popular y a sus aliados, así como a desactivarlo políticamente no sólo mediante la represión sino también por medio de controles verticales por parte del Estado sobre los sindicatos; *c*) son sistemas de exclusión económica en el sentido de que reducen y postergan hacia un futuro no precisado las aspiraciones de participación económica del sector popular; *d*) son sistemas despolitizantes en el sentido de que pretenden reducir las cuestiones sociales y políticas públicas a problemas técnicos que se deberían dilucidar mediante interacciones entre las cúpulas y las grandes organizaciones arriba referidas y *e*) corresponden a una etapa de importantes transformaciones en los mecanismos de acumulación de sus sociedades, las que a su vez son parte de un proceso de profundización de un capitalismo periférico y dependiente pero también dotado ya de una extensa industrialización (*idem*).

A partir de estas bases, Manuel Antonio Garretón inicia la búsqueda de la ideología del Estado autoritario, Sergio Zermeño lo analiza en relación con las masas (nuevo actor social al que se atribuye potencial político), Julio Labastida compara a México y a Brasil que “representan los dos casos de mayor éxito en haber experimentado un acelerado desarrollo del capitalismo industrial en el contexto de una mayor integración con las economías centrales (a través de una estrecha vinculación de los consorcios transnacionales con los sectores más modernos de la burguesía local y con el Estado) (número 1 de 1977), Norbert Lechner explica el surgimiento del nuevo autoritarismo “como reacción a la agudización de la lucha de clases que desestabiliza la estructura de dominación sin crear un nuevo orden y como reacción a la internacionalización del capital que impulsa el reordenamiento de las economías locales y transforma el proceso de acumulación” (número 2 de 1977), Bertha Lerner estudia a la burocracia gobernante que es “El grupo político que hace y dirige la política del Estado y la sociedad” y cuyo estudio permite “penetrar en la naturaleza de quienes gobiernan” (número 2 de 1979); Marcelo Cavazzoni escribe sobre los partidos políticos de clase media —“modalidades de representación y legitimación política” (número 1 de 1977) y sobre la caracterización del capitalismo oligárquico, Guillermo Boils sobre los militares, Ángela Delli Santi sobre la intervención ideológica de las transnacionales, Ricardo Cinta sobre la estructura de clases, la élite del poder y el pluralismo político y varios autores publican artículos sobre casos concretos de países, como Labastida sobre México, Portantiero sobre Argentina, Minello sobre Uruguay.

Es tan dominante esta línea teórica en la *Revista* durante estos años que todos los temas y problemas específicos se tratarán siempre en relación con el Estado: desde las estrategias para el desarrollo hasta las políticas de población y desde los problemas urbanos hasta la cuestión obrera y campesina:

1) Sobre las estrategias de desarrollo escribe Cristóbal Kay: "Es posible distinguir tres tipos de estrategias de desarrollo rural en países en vías de desarrollo, que podrían denominarse la tecnocrática, la reformista y la radical. La primera se limita a lograr un aumento en la productividad siguiendo políticas económicas de reducir precios, inversiones públicas, etcétera, la segunda y la tercera realizan reformas agrarias (número 3 de 1977).

2) Sobre el proceso de urbanización escribe Manuel Castells que en México éste es tan acelerado que en el año 2000 la ciudad de México será la mayor región metropolitana del mundo, pero que como dicho proceso no corre parejo con la industrialización y expansión de los servicios, las condiciones de vida estarán cada vez más deterioradas. "La crisis urbana reclama cada vez más la intervención del Estado" pues "La determinación de la política urbana por la política del Estado y ésta por los intereses de clase que en ella se expresan no es un problema funcional de soluciones técnicas" (número 4 de 1977).

3) Sobre las políticas de población escribe Luis Serron que México es uno de los países con mayor crecimiento demográfico en el mundo y con mayor desigualdad en la distribución del ingreso. La pregunta es qué es causa de qué. Según Malthus, la sobrepoblación genera escasez que a su vez explica la pobreza. Según Marx, la propiedad privada de los medios de producción permite la explotación de mano de obra y la expropiación de la plusvalía, lo cual es el origen de la pobreza. La idea de este autor es demostrar la influencia que ejerce la ideología sobre las decisiones políticas del Estado (número 4 de 1977). También Raúl Benítez sostiene que las decisiones políticas del Estado son fundamentales para la estructura, dinámica y distribución de la población. Lo mismo piensan Humberto Muñoz, Brígida García y Orlandina de Oliveira cuando estudian la estructura ocupacional y la transferencia de mano de obra rural a urbana, así como los autores que estudian la maquila (forma de producción que se basa en el trabajo industrial a domicilio), los problemas de empleo, de migraciones, y por supuesto de marginalidad a la que Larissa Lomnitz llama "sector informal urbano" (número 1 de 1978). Escribe Alain Touraine sobre esta última que ella puede ser un problema de coyuntura transitoria o un fenómeno central ligado a la naturaleza de la economía dependiente y que se puede relacionar con una conducta apática o con una combativa. Para él, los marginados se producen por un empalme histórico: el avance de la crisis del pasado sobre la formación de la sociedad industrial, de ahí que al contrario de lo que propone Fanon, el análisis se plantee no en términos de participación, sino de conflictos y contradicciones (número 4 de 1979).

4) Sobre los obreros, escribe Samuel León "que la participación del movimiento obrero se encuentra estrechamente vinculada a la reestructuración del aparato estatal" (número 2 de 1978) y así lo demuestra Juan Felipe Leal en sus estudios sobre la estructura organizativa del sindicalis-

mo. Manuel Reyna y otros autores incluso le ponen por título a un artículo "El control del movimiento obrero como una necesidad del Estado en México" (número 3-4 de 1972).

LAS NUEVAS PROPUESTAS

Sin embargo, y como sucede con todas las teorías, también este tema, como guía y eje para la investigación, encontrará sus críticos. Escribe González Casanova: "Hoy la mayor parte de los estudios sobre la sociedad y el Estado en América Latina se inscriben en los marcos del 'sistema', con un lenguaje marxista, estructuralista o funcionalista o con una mezcla de todos esos lenguajes. Se describe al sistema y se explican sus estructuras, su funcionamiento, sus contradicciones" y califica a todo este tipo de estudios de cosificadores y mitificadores para proponer que el análisis necesariamente sea "un análisis concreto de situaciones concretas" (número 2 de 1981). "No existe el Estado capitalista —escribe María Amparo Casar— sino Estados concretos que reclaman ser analizados" (número 4 de 1982).

Y en efecto, a partir de los ochenta, la *Revista Mexicana de Sociología* abandona las grandes miradas globalizadoras y se ocupa de hacer estudios cada vez más concretos "análisis concretos de situaciones concretas" como proponía González Casanova o de situaciones de coyuntura como proponía Francisco Delich, entendida ésta como "conjunto de condiciones conjugadas (psicológicas, políticas, sociales, económicas, metereológicas) que caracteriza un momento en el movimiento global de la materia histórica" y que "suele imponerse al observador por la fuerza y riqueza del acontecimiento" (número 1 de 1979).

Este importante cambio de perspectiva da cuenta del cambio en la situación de los países latinoamericanos. En el caso concreto de México: "A partir de 1971 la economía mexicana había entrado en una fase de crecimiento lento e inestable del producto interno, de intensas presiones inflacionarias, de agudización del desequilibrio del saldo con el exterior y de aumentos persistentes en los déficit fiscales. Estas tendencias hicieron eclosión a partir de 1975 provocando en 1976 una profunda crisis que se desplegó en una fuerte contracción productiva, en una inflación desbordada y en una feroz especulación que desembocó en la devaluación del peso y en el caos financiero [...] Las causas de origen de la crisis económica en la década de los setenta han de ser ubicadas en el estilo del desarrollo global de la economía mexicana, es decir, en las características específicas de un patrón de acumulación de capital implantado hacia mediados de los años cincuenta, que vive su etapa de auge y desarrollo durante los setenta, que muestra sus primeros signos de agotamiento a fines de esos años y que finalmente, gradual pero persistentemente tiende a

desarticularse en la presente década en la forma de una crisis económica que se engarza con la reacción internacional del capitalismo.”⁶⁷

Los científicos sociales en el continente dejan de ser sabios capaces de ver la totalidad, profetas de las políticas a seguir o militantes y se convierten en estudiosos de una realidad que se les escapa de las manos, de las palabras y muchas veces de la comprensión. Escriben José Serra y Fernando Cardoso: “No es fácil ser intelectual en las sociedades de la periferia del sistema capitalista. Menos aún ser intelectual de izquierda. Las tentaciones de imitar son tan grandes y la realidad circundante tan evasiva que frecuentemente las palabras adquieren un contorno mágico y los conceptos se diluyen entre medias verdades y plagios” (Serra y Cardoso citados por Castañeda, número 1 de 1987).

El replantamiento de las ciencias sociales y del papel del científico social se hace, sin que ello sea casualidad, en algunos artículos de extranjeros conocedores de este continente. Así, Gerrit Huizer, sociólogo holandés que durante diez años vivió y participó activamente en las luchas políticas latinoamericanas durante la época intensa de la guerrilla y la teología de la liberación en que creyeron tantos intelectuales, se pregunta por la utilidad y la ética en la investigación social, cuestionándose los esquemas típicos para acercarse a los problemas. Pone como ejemplo a los sociólogos que se acercan a los campesinos convencidos de que la mentalidad tradicional de éstos representa un obstáculo para la aplicación de sus programas de ayuda, en lugar de cuestionarse sobre dichos programas y sobre la mentalidad de quienes han querido aplicarlos (números 3 de 1979 y 1 de 1981). Lo mismo que él, Robert Carty se pregunta cómo hacer que las ayudas no subsidien a los ricos y no sean un desastre para los pobres: “el rumbo de la ayuda para el desarrollo no conduce sino que generalmente sigue a los movimientos del capital privado. Aunque parezca que estas instituciones encabezan el desarrollo agrícola del Tercer Mundo, en realidad marchan sobre las ruedas de las corporaciones multinacionales de negocios agrícolas” (número 1 de 1981).

El replanteamiento teórico llevaba a la desmitificación. Ya Pierre Vilar había apuntado que el problema de los estudios sociológicos sobre ciertos temas es que podían servir “como asiento de todos los conservadurismos, de todas las reacciones, o como fuente de todas las esperanzas revolucionarias”. La idea la retoma Alain Touraine, maestro de las nuevas generaciones de sociólogos del INSUNAM que hicieron estudios de posgrado en Francia y aprendieron con él a mirar los movimientos sociales. En un largo artículo, el autor plantea la necesaria redefinición del objeto de estudio de las ciencias sociales: “La sociología —escribe— se creó combatiendo la idea de la sociedad como opuesta a la naturaleza, el orden al desorden. La noción de sociedad estalla entonces entre las relaciones sociales, relaciones de interdependencia, de complementaridad o de dominación y una

⁶⁷ Sefchovich, *México: país de ideas...*, op. cit., y cit. en Ayala, Blanco, Cordera, *op. cit.*, pp. 19-20.

evolución histórica que escapa a la intervención de los autores y que permite por el contrario, explicarla situándola en el árbol de la evolución que conduce de lo simple a lo complejo como lo repiten Darwin, Spencer, Durkheim y Talcott Parsons.” En el momento en que la noción de sociedad ya no le confiere unidad al análisis de las situaciones sociales, la noción de evolución aparece para brindarle otra nueva. Desde Comte hasta los funcionalistas, la evolución se define en términos materiales; en Durkheim, por la intensidad de los intercambios sociales y en Lipset y Germani por las definiciones de modernización y la definición de las relaciones sociales en términos de valores. La tradición weberiana mantiene una definición cultural de las orientaciones de la acción, mientras que ven en las relaciones sociales el progreso de la racionalidad instrumental. Marx, por su parte, insiste en la oposición entre las relaciones sociales dominadas por la ganancia y la explotación y la evolución natural de las fuerzas productivas, la cual no deja lugar a los valores. Así, en las tres grandes escuelas clásicas, se define al mismo tiempo las relaciones sociales y las orientaciones culturales en términos de acción. Las tres establecen una frontera entre el mundo social y la evolución histórica que le da sentido. El kantismo weberiano mantiene la oposición entre nómeno y fenómeno: y a la inversa, Marx opone el sentido a la vez necesario y deseable de la evolución, a la irracionalidad de las relaciones sociales dominadas por la contradicción. Durkheim, que exalta la modernidad y la secularización se inquieta (como Tocqueville) por la destrucción de los vínculos sociales y por la necesidad de volver a crear, por medio de la educación, la integración moral de la sociedad. Así, el pensamiento evolucionista reconstruye la idea de sociedad en una forma distinta a la de la filosofía social de la era clásica y produce un conjunto de análisis que ya merecen el nombre de sociología. En nuestro tiempo, la idea de desarrollo ha sustituido a la evolución porque hoy ya es imposible creer que los dos tipos de sociedades se sucedan linealmente o que la organización social sea un tipo de tren en el cual la economía o las ideas son la locomotora. La sociología deja de ser entonces un principio de unidad para ser resultado de los conflictos sociales, y por tanto, ya no es una ciencia que se ocupe de la sociedad, sino de las relaciones sociales, “volviendo caduca toda oposición entre funcionalistas e interaccionistas, toda separación entre sistema y actor”. En el caso de los latinoamericanos —agrega Touraine— el sociólogo se entusiasma frente a las transformaciones que hacen aparecer la originalidad y la necesidad de su enfoque buscando descubrir en todos lados los procesos conflictuales de producción de la sociedad. En sus investigaciones, sustituyen la ilusión del orden por la realidad del debate, el conflicto y la negociación, mostrando así que la sociedad es un campo político. Pero esto, que podría contribuir a la democracia, ha hecho exactamente lo contrario y los sociólogos que combaten a favor de la sociedad civil contra el Estado y contra sus fuerzas de control social y moral se encuentran rodeados de Estados absolutos, de movimientos populares igual de

absolutos y con el poder igual de concentrado, y también por la cada vez mayor sociedad del espectáculo que desalienta toda intervención activa, así como por el reforzamiento de las defensas corporativas al servicio de las clases medias que proliferan a la sombra de la tecnocracia. De modo que el mundo se divide entre el compromiso y el terror, entre la destrucción de las relaciones sociales y su sometimiento al orden del Estado. De Horkheimer a Marcuse los filósofos lo percibieron y se enfrentaron a fuerzas que más que sociales eran las del deseo. Habermas se angustió por la posible desaparición de la sociedad civil y los marxistas hablan de derechos humanos contra el Estado absoluto y ya no de luchas de clases.

Ahora bien —concluye Touraine— si hasta ahora la sociología se ha dedicado a mostrar lo que sucede —cómo viven los grupos sociales, cómo se organizan, sus conductas políticas, comerciales o educativas y cómo ellas se relacionan con su situación, amén de sus formas y niveles de participación— es porque se ha dedicado a estudios de consumo que parten de premisas ya aceptadas por la sociedad, y ahora lo que falta es ver cómo se producen (número 4 de 1979). Así Touraine entra —y con él, la *Revista Mexicana de Sociología*— en una corriente intelectual que tuvo gran impacto en nuestro país, y que es la que se interesa por buscar la producción social de los valores, ideas, discursos, y movimientos sociales que no son para este pensador respuestas a preguntas, sino interpretaciones de la sociedad donde los actores son socialmente antagónicos y al mismo tiempo orientados hacia los mismos valores culturales (*idem*). Se trata de una corriente más entre las varias que continuaron los debates marxistas de los años sesenta (desde Gramsci hasta Althusser), los descubrimientos de la lingüística (desde Jakobson hasta Greimas), de la semiología (Barthes, Kristeva y Foucault), del análisis del discurso (Pecheux y Robin) y hasta del psicoanálisis (Lacan) y el estudio de las mentalidades (Vauvelle, Duby).

En ese sentido, va también un replanteamiento del uso del marxismo como herramienta de análisis. Escribe José Carlos Chiaramonte que “la realidad social latinoamericana se ha mostrado persistentemente rebelde a las clasificaciones marxistas tradicionales” y propone que para periodizar la historia latinoamericana, en lugar de seguir la serie de modos de producción (como se hizo años antes, y cuyo ejemplo en México son los trabajos de Roger Bartra), hay que preocuparse por buscar el condicionamiento y correspondencia con las relaciones de producción (número 1 de 1982).

En el replanteamiento de los problemas, un tema importante es el del partido. Escribe Ledda Arguedas: “el tema del partido político ha visto acrecentadas su importancia y tratamiento en una suerte de respuesta inducida por los problemas de la democracia y las crisis periódicas que se observan en los sistemas de gobierno” (número 3 de 1981). La *Revista* publica un artículo de Etienne Balibar quien afirma la necesidad de ver a las organizaciones de clase “tal como son hoy y no como podían

o deberían haber sido”. “Es un hecho estructural —escribe este autor— que afecta desde el interior a la forma partido en tanto forma histórica, que el marxismo es hoy en día una ideología revolucionaria solamente en algunos países de la Europa latina, de Medio oriente y tal vez de Cuba, es decir, que no ha permitido, bajo su forma actual, ni la concentración y centralización de las luchas de clase en la mayoría de los países imperialistas ‘desarrollados’ (incluidos los polos dominantes del imperialismo) ni la continuación de la revolución en los países del ‘socialismo realizado’ ni la fusión verdadera del movimiento obrero y de los movimientos de liberación nacional ni la respuesta proletaria al desarrollo de las empresas multinacionales. Es un hecho estructural que la ‘forma partido’ tal como funciona hoy, no es la forma de unidad del movimiento comunista internacional sino que se volvió la forma de su crisis y de su división, en la cual prevalece no la solidaridad de las luchas sino la oposición de los intereses nacionales de Estado, es decir, en último análisis, la subordinación a las tendencias del imperialismo y a sus reglas del juego” (número 3 de 1981). En cambio, con una visión diferente, dos latinoamericanos, Carlos Martínez Assad y Rafael Loyola Díaz, afirman que las experiencias diversas que se han dado entre la teoría y la práctica “no han invalidado la solución que la forma partido representa como único instrumento real de romper con la hegemonía de la clase burguesa y crear una hegemonía de base proletaria [pues] en la práctica no hay separación entre movimiento revolucionario y partido sino sólo estrategias diferentes en su aproximación” (número 3 de 1981). Las diferencias de posición son significativas porque muestran el proceso de independencia del pensamiento latinoamericano respecto del europeo, o más que independencia, de adaptación a las distintas realidades que le dan origen. Así, mientras los pensadores europeos están preocupados por replantearse —dentro del marxismo y a partir del fracaso de las ilusiones de los años sesenta— su papel como científicos sociales y como intelectuales, el de los partidos y la militancia y el del socialismo, en este continente y en el Tercer Mundo en general la desilusión de las izquierdas a que hacía referencia Anouar Abdel Malek (número 3 de 1980) conduce a diferentes conclusiones. En efecto, frente a las situaciones reales, nosotros, los hijos de lo que Durand Ponte llamó en un artículo “naciones industriales de segundo orden” (número 1 de 1969) nos planteamos la necesidad de trabajar en un conocimiento más detallado de nuestros países, con la herramienta del marxismo y desde la realidad del imperialismo y del crecimiento industrial acelerado, la urbanización y la movilidad social, así como de los movimientos sociales. Para ello tomamos también aquello que nos resulta útil de la herencia de la sociología europea y también de la norteamericana, además de las aportaciones de la latinoamericana. Y esto se observará con claridad en los artículos que publica la *Revista* durante la década siguiente.

DE LAS SITUACIONES CONCRETAS

No es casualidad entonces que la *Revista* abra la década de los ochenta con dos excelentes números de estudios norteamericanos sobre México, hechos ya en el sentido nuevo que iba tomando la publicación, es decir, el de trabajar a profundidad sobre cuestiones concretas y haciendo énfasis significativo en las condiciones económicas y en las relaciones de producción desde la perspectiva política. P. Singelman hace una recapitulación de cómo entra nuestro país a esta década: "La economía mexicana exhibe las características principales del desarrollo capitalista periférico: altas tasas de subempleo y desempleo, desarrollo limitado de los mercados para empresas capitalistas, dependencia del exterior en cuanto a la importación de tecnología y a la exportación de bienes manufacturados, persistencia de la producción campesina y de otras actividades no capitalistas, tendencia a la desarticulación entre producción y consumo, salarios bajos y transferencia de excedentes de la agricultura" (número 4 de 1979). Steven Sanderson hace una recapitulación de los estudios sociales en los que "muy pocos o quizá ninguno han podido plantear una explicación útil y completa de la mecánica política que moldea a la política agraria (y a otras) a nivel nacional" (número 4 de 1979). Encontramos artículos sobre política energética ("Las complicadas interacciones del crecimiento industrial, demográfico y de energía [...] subyacen al regateo que se lleva a cabo en lo que se refiere a cuestiones de energéticos" (número 4 de 1979)). Se trata de un sector que se está convirtiendo en clave para la economía pues contribuye con más del 79% de la tasa de crecimiento económico y con 31.8% de los gastos del gobierno proyectados para los últimos años de los sesenta. La política de energéticos se enfrenta a serios problemas por las pérdidas que le causan los altos costos y los bajos precios, y por la estructura de la toma de decisiones, los subsidios, el manejo de las finanzas, la forma de concebir los distintos tipos de energía —es decir, las fuentes tradicionales y las modernas—, la organización y las prioridades, sobre industria azucarera, sobre política agraria y sobre inmigración de ilegales al mercado laboral estadounidense: "La inmigración ilegal —escribe Alejandro Portes— ha sido impulsada no por el fracaso de las estrategias de desarrollo sino por su éxito, no porque México sea un país pobre y estancado sino precisamente porque ha tenido un rápido desarrollo pero de un tipo particular". Y eso no va a cambiar en el futuro cercano, por lo cual debe tomarse en cuenta para las políticas a adoptar: "el gobierno norteamericano no puede ignorar la seria amenaza a la estabilidad política y económica de México que significaría un reforzamiento estricto de la vigilancia fronteriza" (*idem*) sobre la dependencia del capital extranjero: "En México proliferan las empresas extranjeras —escribe Van Whiting— que tienen una relación pragmática con el gobierno, el cual no está políticamente dispuesto ni es económicamente capaz de reglamentar de manera efectiva a las empresas transnacionales" (número 1 de 1980).

DE LA REGIONAL

Como coordinador de la *Revista Mexicana de Sociología* y después como director del IISUNAM y de la *Revista*, Carlos Martínez Assad hace en los años ochenta aún más concreto el espectro de esta publicación con el inicio del estudio de la sociología regional, que no sólo abre un campo nuevo para las ciencias sociales desde el punto de vista metodológico, sino también desde la perspectiva de interpretación de la historia. Escribe Martínez Assad: "La cuestión regional, vinculada a la construcción de la nación primero y luego a la modernización del Estado, fue bandera de algunos movimientos políticos y también señalamiento de las tareas que debía cumplir la administración gubernamental. La consolidación en México de la centralización a nivel nacional obligó a definir un solo proyecto que ha sido resultado de las distintas oposiciones regionales" (número 1 de 1983).

El tema, que ya desarrollaban varios sociólogos en otros países, principalmente Alain Touraine en Francia, tuvo su nacimiento formal en este continente con el "Seminario sobre la cuestión regional en América Latina" realizado en México en abril de 1978, en el que se afirmó: "La cuestión regional se refiere al desarrollo territorial desigual de las fuerzas productivas, a las condiciones diferenciales de vida y de participación social de sectores sociales y de grupos étnicos localizados."⁶⁸

Según José Luis Coraggio: "La cuestión regional en América Latina es, entonces, la cuestión de las formas espaciales contradictorias resultantes de la organización y reorganización territorial de los procesos sociales dominados por las relaciones capitalistas. Procesos de reproducción social que implican relaciones con otros sistemas de producción y dominación, cuyos ámbitos a su vez pueden entrar en contradicción con los requerimientos del desarrollo capitalista. Es también la cuestión del desarrollo desigual de las fuerzas productivas y de las condiciones de reproducción de amplios sectores de la población localizados en regiones periféricas al proceso de acumulación capitalista [...] Es asimismo, la cuestión de la apropiación del territorio [...] Es, por otra parte, la cuestión de la constitución de ámbitos de dominación político-ideológica y por tanto de la regionalización de las luchas sociales, donde el 'regionalismo' deberá ser visto en su aspecto de historia común, tradición y cultura diferenciadas, pero también como posible manipulación ideológica por parte de las fracciones dominantes en su lucha por la hegemonía." Y concluye este autor: "Cuestión de formas espaciales o cuestión de apropiación del territorio, cuestión de acumulación o cuestión de dominación, la cuestión regional es sin duda, una cuestión social."⁶⁹

En la *Revista Mexicana de Sociología*, la perspectiva regional es aque-

⁶⁸ "Conclusiones del seminario sobre la cuestión regional en América Latina realizado en México en abril de 1978" en José Luis Coraggio, *Territorios en Transición*, Quito, Ciudad, 1988, p. 105.

⁶⁹ *Idem*, pp. 60-61.

lla que, como escribió Pilar Calvo, “desde una pequeña área ve lo que sucede a nivel nacional” (número 3-4 de 1972). Como afirma Jorge Zepeda: “Las dimensiones económicas y políticas de la sociedad nacional sólo pueden entenderse mediante un esfuerzo de reflexión simultáneo de los procesos globales y regionales. Pasamos tanto tiempo elaborando explicaciones sobre la estabilidad del Estado, que dejamos de percibir los signos de cambio, particularmente cuando tales signos empiezan a brotar no al nivel de las grandes explicaciones sino en las ataduras con los sistemas regionales” (número 2 de 1987). De modo que por eso es necesario recuperar —según Guadalupe Valencia y J. Isabel Flores— un problema teórico que hasta hoy ha sido tratado preponderantemente desde una perspectiva nacional [...] y que consiste en saber] de qué manera en un análisis regional se reelaboran las relaciones entre la sociedad y el Estado” (número 1 de 1987). Por fin, según Irma Teresa Corrales, “para complementar el análisis sobre el sistema político, es necesario conocer y explicar las acciones de resistencia y protección contra las disposiciones centrales de las facciones dominantes y de las fuerzas integradas por los intermediarios políticos cuando estas acciones se desarrollan en las entidades federativas que constituyen su sede geográfica. Un estudio de este género es posible al analizar los conflictos políticos de carácter regional que se dan cuando los miembros de las fuerzas integrantes del bloque hegemónico, desplazados del poder central, recurren a sus bases regionales de poder, las entidades federativas en donde han hecho carrera política y en donde continúan controlando el sistema político local para retomar posición e influir en los más altos niveles del aparato político, lo que da lugar a un enfrentamiento que adquiere la forma de oposición entre región y centro” (número 1 de 1982).

Metodológicamente, la cuestión regional debe ser planteada a partir de lo que Coraggio llama “una ruptura filosófica y teórica con la problemática tradicional”, con lo cual quiere decir: “En lo que hace a la ruptura filosófica, se requiere romper con toda idea de autonomía de los fenómenos espaciales estableciendo la necesaria relación entre formas espaciales, apropiación del territorio y sociedad e historizando el análisis espacial. En lo referente a la ruptura teórica, implica partir de un sistema teórico sobre las sociedades latinoamericanas, donde se destaque como núcleo ineludible (pero no exclusivo) del análisis, el relativo a los procesos de acumulación y reproducción social. Sobre la base de dicho núcleo deberán incorporarse articuladamente las diversas determinaciones que hacen a una situación social concreta, manteniendo presente que tal articulación no es similar en todos los casos. Sobre la base de esta doble ruptura se abren posibilidades de investigaciones empíricas significativas sobre la cuestión regional que a su vez se constituyan en el elemento guardián frente a los peligros siempre presentes del reduccionismo y la especulación.”⁷⁰

⁷⁰ *Idem*, pp. 106-107.

Por su parte, Martínez Assad organiza así los pasos concretos a seguir en este tipo de investigaciones: 1) conceptualización de la región, 2) estudio de los movimientos sociales y políticos, 3) estudio de las políticas administrativas hacia las regiones, 4) estudio de las contradicciones entre el centro político-administrativo y las regiones (número 1 de 1983). En su propuesta están presentes dos de las conclusiones del seminario mencionado, según las cuales es necesario evitar: "a) la concepción unilineal del pasado. Concebir el pasado como simple antecedente de la situación presente es un error [...] b) Como toda creación intelectual, la historia está cargada de supuestos teóricos e ideológicos. La periodización, la relevancia de los datos, las formas como los hechos se entrelazan, la demostración de proposiciones, conllevan implícita o explícitamente la construcción de marcos conceptuales..."⁷¹

DE LA CRISIS

Así pues, la preocupación de este director fue convertir a la *Revista Mexicana de Sociología* en un instrumento para el conocimiento profundo de México, ya no sólo en su visión general y globalizadora y ni siquiera sólo en sus momentos coyunturales, sino a través de una mirada que fuera cada vez más particularizada y específica, ya sea por la vía de los estudios regionales o por la de lo que llama "estudios sectoriales", que son investigaciones sobre sectores particulares de la economía, la política o la sociedad. Es ésta una perspectiva que conjuga e impone a la *Revista*, el historicismo y la extremada politización característicos del pensamiento latinoamericano, junto con los avances de la sociología francesa en el estudio del marxismo, de los movimientos sociales, la ideología y el discurso, aunado todo esto a una realidad nacional que estrenaba en nuestro país —años después de haberlo hecho en el sur del continente, según lo habían afirmado autores como Romero, Varona y Fals Borda— la palabra "crisis".

En efecto: "Desde mediados de los setenta —escribe Ugo Pipitone— el sistema capitalista vive una crisis de gran intensidad y apunta a una importante reestructuración" (número 4 de 1979). Como sostiene Alonso Aguilar, la crisis no fue algo derivado de la condición humana o de circunstancias adversas, sino que fue producto de un sistema económico y un tipo de sociedad (número 4 de 1976).

En su aspecto económico, la crisis fue mundial y puso fin al dinamismo de la posguerra, que había consistido en elevados ritmos de desarrollo industrial, disponibilidad de materias primas, papel regulador del Estado, altos niveles de productividad y de innovación tecnológica, consumo masivo, clases medias como factor de estabilización y paz social obrera en los países capitalistas, cambiándolos por la inestabilidad de las relaciones

⁷¹ *Idem.*

monetarias, la agudización de la competencia mundial, la falta de empleo, presiones salariales e inflación, pérdida del dinamismo de las inversiones y la desaparición de las políticas keynesianas y liberales de bienestar social (Galbraith, Wolf y otros, número extraordinario de 1981).

En cuanto a México, sabemos bien que el fenómeno de la crisis se inició en la segunda mitad de los años setenta, pero que fue artificialmente detenido gracias al petróleo, hasta que estalló con toda su fuerza en la década de los ochenta. “El proyecto echeverriísta terminó en una ‘crisis de confianza’ —según le llamaron los propios empresarios— entre el sector empresarial y el Estado. Ello fue campo fértil para toda clase de rumores y acciones desestabilizadoras [...] En 1976 hubo relevo del Ejecutivo. El nuevo presidente José López Portillo comenzó pidiendo paciencia a los obreros y confianza a los empresarios. Sin embargo, su política siguió siendo la misma: buscar el desarrollo acelerado a toda costa, desigual pero sostenido, basado sobre las enormes reservas de hidrocarburos descubiertas y las ya explotadas que devolvieron la confianza del exterior en México y dieron inicio a lo que Carlos Tello llamó ‘una segunda versión del milagro’. El petróleo se convirtió en carta de crédito para un mayor endeudamiento externo que sin embargo no fue aplicado en la construcción de bases distintas para la acumulación pues ‘el gobierno consideró que bastaban los recursos financieros para producir cambios cualitativos en la planta industrial’. Sin embargo, para principios de los años ochenta, la elevación de las tasas internacionales de interés vino acompañada de la caída en los precios del petróleo. La crisis estalló violentamente en 1982.”⁷²

De modo que, después de un período relativamente largo de prosperidad —alza en los niveles de vida, ampliación de sectores medios y actividades de alto rendimiento que crearon el llamado “milagro mexicano”— en la década de los ochenta México llegó a lo que David Barkin llamó “los límites al tipo de desarrollo capitalista” que había seguido el país y que se sustentaba sobre la base del supuesto de que “los beneficios derivados del crecimiento del producto nacional y de una industrialización progresiva se transmitirían eventualmente en forma gradual a las masas” (número 2 de 1984). Escribe Beatriz Canabal: “Las primeras manifestaciones de la crisis —o al menos las más visibles— se ubican en el ámbito del lento crecimiento productivo agrícola originado por la acción de políticas estatales orientadas a producir bienes agrícolas más rentables y a disminuir en forma paralela las superficies laborales dedicadas a la producción de bienes alimenticios [...] El resultado de las políticas agrarias se ha manifestado en la escasez de bienes alimenticios y la agudización de la dependencia externa así como por el desplazamiento constante

⁷² Sefchovich, *México: país de ideas, op. cit.* y cit. en Cesáreo Morales, “El comienzo de una nueva etapa de relaciones entre México y Estados Unidos” en Pablo González Casanova y Héctor Aguilar Camín (coords.), *México ante la crisis*, México, Siglo XXI-UNAM, 1985, tomo I, p. 77.

de la fuerza de trabajo del sector agrícola a otros sectores productivos" (número 1 de 1985). Según Francisco R. Dávila, a partir de la crisis experimentada en 1976 y profundizada en 1982, el país dio un viraje profundo de su política económica tradicional. La nacionalización bancaria y el control de cambios fueron medidas "desesperadas" a las que recurrió el gobierno y que el siguiente trató de reformular. Pero la inflación incontrolable y la crisis financiera sin precedente llevaron al colapso del proyecto nacional de industrialización sustitutiva y a la necesidad de renegociar la deuda externa y contraer el gasto público (que era una zona de gran dinamismo en la inversión), lo cual afectó de manera directa a los sectores rurales y urbanos que fueron sustento del anterior proyecto, además de que profundizó la dependencia económica de México, amenazó su soberanía y lo hizo susceptible de conflictos que pudieran romper la larga estabilidad del régimen político mexicano (número 2 de 1984).

Los ochenta fueron pues los años para hablar de la crisis, de "la tercera edad del capitalismo" como le llama Ernest Mandel. Escribe Miguel Basáñez: "el término que más se ha oído en México durante los últimos meses ha sido el de crisis. Tanto en el discurso político como en la discusión académica, en el lenguaje de los medios masivos de comunicación como en la vida diaria de los mexicanos, las referencias a las crisis han sido cotidianas, incesantes y repetidas" (número 2 de 1984). Esta crisis, afirma Carlos Sirvent, ha puesto en entredicho no tanto la organización de los principios en que se funda la estructura económica, como sobre todo la capacidad del Estado para corregirla y el marco político en que ha funcionado hasta hoy (número 2 de 1984).

La crisis obligó, entre otras cosas, a un nuevo modo de reflexión para las ciencias sociales. Escribe Pablo González Casanova: "La experiencia y la novedad de la historia que vivimos, la forma en que vivimos la crisis en cada uno de nuestros países y sus continentes, los efectos inmediatos y los que pueden ocurrir en un futuro más remoto, son temas que exigen una reflexión en guardia" (número 2 de 1981), de modo que fue necesario para las ciencias sociales pensar de otro modo y replantearse cuestiones que fueron desde la conceptualización misma (por ejemplo del Estado, del movimiento obrero, de los campesinos, etcétera) hasta la metodología empleada, es decir, desde los temas hasta su perspectiva. Surgieron elementos nuevos para el análisis, como las mediaciones, la ideología, la vida cotidiana, el discurso, la negativa al economicismo omnipresente en la década anterior y a todos los ismos —desarrollismo, liberalismo, positivismo, marxismo. Los años ochenta se caracterizaron por ser críticos de todo y por devolver a las ciencias sociales al camino de la humildad: ya no los grandes estudios, los grandes planteamientos teórico-políticos, las militancias, sino la utilidad de los conocimientos concretos sin por ello caer en el estilo empirista de los años cincuenta, sino aprovechando todo el bagage de la historia, la economía y la teoría de los sesenta y setenta.

UNA REVISTA PLURAL

La *Revista Mexicana de Sociología* publica investigaciones sobre estos temas y desde estas perspectivas, crece en cantidad de páginas y en ocasiones es necesario imprimir números especiales. Los temas abarcan desde la sociología política (elecciones, estudios regionales) hasta los campesinos y la cuestión agraria, la demografía (migraciones, fuerza y mercado de trabajo, empleo, familia, fecundidad, natalidad y mortalidad, políticas de población), la cuestión urbana (la vivienda, la tenencia de la tierra, la marginalidad), los sindicatos y conflictos laborales, el petróleo y los energéticos, las transnacionales, los empresarios, los grupos de poder, los tecnócratas y burócratas, las empresas públicas, las clases medias, los problemas educativos (“Uno de los grandes problemas nacionales” según Cayetano di Lella número 1 de 1984), la salud, la ciencia, la educación y la cultura. Se estudia de manera cada vez más específica a ciertos grupos y problemas: los mineros (“lucha local cuyo panorama es desalentador” según Victoria Novelo), los cortadores de caña, la banca, la reforma política y los partidos, el problema del mercado de la tierra y de la vivienda en una región particular o en las colonias populares; la cuestión religiosa —incluido el protestantismo—, las burguesías locales, ciertos discursos políticos, algunos conflictos regionales específicos, las elecciones en algún lugar determinado, la industria textil, los cambios en el régimen político, la intervención estatal en la agricultura, el transporte urbano, el análisis de la cultura de masas y los derechos humanos (“América Latina es un mar de dilemas en el cual todas las concepciones humanas se hundan” afirma Tom J. Farrer, número 1 de 1984).

A finales de los años ochenta, la *Revista Mexicana de Sociología* cumple con lo que se propuso hace cincuenta años, es decir, participar en el debate de las ciencias sociales y contribuir al conocimiento profundo de América Latina y en particular de México. De América Latina, sabemos que sigue siendo hoy un continente de pobres, subempleados y desempleados, en donde disminuyen constantemente el producto interno bruto, el producto per cápita, la inversión, la innovación tecnológica, la educación, la participación en el comercio mundial, el mercado interno y los salarios mientras que aumenta la deuda, la inseguridad y la violencia, la especulación y la fuga de capitales.

Y por lo que se refiere a México, también sabemos que a fines de la década de los ochenta, y a pesar de los avances innegables en el llamado “proceso de modernización”, continúa el panorama nacional de concentración del poder y la riqueza, de desigualdad, miseria e injusticia que durante tantos años ha consignado en detalle la *Revista Mexicana de Sociología*. Pero esto no es por falta de conocimientos, como supusieron los científicos sociales que tres décadas antes creían que bastaba con conocer para poder transformar pues, como afirma Jorge Zepeda: “En los últimos años se ha dicho y escrito casi todo lo que a la mente humana

le es posible concebir sobre el sistema político mexicano” (número 2 de 1987). El problema está, pues, más allá de la buena voluntad de quienes lo estudian y pretenden que conociendo pueden cambiar a su país. “Con el ascenso a la presidencia de Miguel de la Madrid se habló de la crisis para plantear y justificar desde nuevas políticas económicas globales hasta nuevos impuestos al ciudadano, desde sistemas de contención social hasta recortes en renglones como la salud y educación. El gobierno encontraba las causas de la crisis en la situación internacional y en la traición del capital nacional que había salido del país. Para la derecha, en cambio, la culpa radicaba en una política económica equivocada, en una administración ineficiente y derrochadora y en la excesiva injerencia del Estado en la economía. Para la izquierda, el problema era que éste debía seguir conduciendo la economía pero de una manera diferente, es decir, dirigiendo sus acciones en beneficio de las mayorías y no del capital y afirmaba que sólo un cambio estructural y no simples inyecciones de dinero permitirían salir adelante [...] Hoy como nunca el Estado enfrenta serios conflictos entre lo ideológicamente necesario y lo materialmente posible. No hay recursos para invertir en lo que se llama ‘gasto social’ que permita seguir contando con el apoyo de las masas gracias a las cuales fue posible sostener el modelo político de un Estado tradicionalmente fuerte que supo recoger los objetivos y reivindicaciones de las clases populares y que supo también moderar sus demandas y bloquear la formación de fuerzas políticas independientes con lo cual permitió el impulso y la gran acumulación del capital financiero, de la burguesía agraria-exportadora y de los intereses transnacionales e industriales locales. Hoy hay pocas posibilidades de invertir en ese bienestar público que ha significado la paz social [...] La alianza de clases no puede existir más en la crisis, en medio de las presiones empresariales, los bajos salarios y pérdida de capacidad adquisitiva de los obreros y los compromisos de la deuda externa y con el Fondo Monetario Internacional. La contracción del mercado interno, el aumento del desempleo, la fuerza que ha adquirido la derecha (empresarios e Iglesia sobre todo en el norte del país) hicieron que a mediados de la década de los ochenta el Estado mexicano ya no pudiera mantener el pacto social que lo sostuvo hasta hoy y aunque siguen existiendo las mismas estructuras de poder político, está en peligro la legitimidad del sistema. Hasta el momento, el Estado sólo ha respondido buscando la estabilidad a toda costa y pidiendo más recursos al exterior sin querer soltar sus posiciones políticas.”⁷³

Por si no bastara, a mediados de la década una serie de desastres agravaron la situación de las clases populares y del gobierno incapacitado para enfrentarla. Entre ellos, fueron particularmente graves los sismos en la ciudad de México sobre cuyas consecuencias escribieron Martha Mier y Terán y Cecilia Rabel, Teresita de Barbieri y Carlota Guzmán, Alicia

⁷³ *Idem*, pp. 197 y 193.

Ziccardi, Alejandra Massolo, Margarita Camarena, Guillermo Boils, Álvaro Arreola, Georgette José, Matilde Luna, Ricardo Tirado, Beatriz García Peralta y otros, dándole a la *Revista*, por primera vez, un carácter coyuntural, en lugar de hacer una interpretación *a posteriori* de los acontecimientos. Este cambio estuvo acompañado por otro no menos significativo que tiene que ver con las fuentes de información. En efecto, durante más de cuarenta años la *Revista Mexicana de Sociología* utilizó como base para sus datos libros —de historia, economía, sociología y filosofía— y en algunos casos datos obtenidos por trabajo de campo o de archivo. Pero para finales de los ochenta, los periódicos del día y las revistas se han convertido en la principal fuente de información de los estudiosos, lo cual afecta en diversos sentidos a los resultados de investigación, pues si por un lado es cierto que los hace más ágiles en el lenguaje y más cercanos en las coyunturas, por otro les quita su carácter interpretativo más profundo en relación con las diferentes corrientes de pensamiento y con los acontecimientos históricos más amplios. Y es que la profundidad de la crisis ha tenido como consecuencia alejarnos de lo que se produce en otros países para dejarnos sumergidos sólo en nuestras propias producciones, que terminan por convertirse muchas veces en simple repetición. Por eso varios autores —entre ellos José Antonio Alonso y Pablo González Casanova— hablan de la necesidad apremiante de una “nueva sociología” que rescata nuestra memoria política y nuestra perspectiva histórica más amplia para recuperar algo “que perdió la sociología reciente: la visión global, histórica y estratégica de los grandes problemas políticos” (González Casanova, número 2 de 1981). Se establece así otra vez, el péndulo por el que pasa el pensamiento social, que va de la entronización de una forma de interpretación (en este caso de los estudios regionales y sectoriales) a su crítica (en este caso, la propuesta de vuelta a lo global y a lo más amplio).

MÉXICO HOY

La situación de México al comenzar la última década del siglo xx puede resumirse como sigue:

Según Rolando Cordera, el país se modificó en sus estructuras productivas y demográficas; sus ciudades se expandieron, nuevos contingentes sociales aparecieron y nuevos estratos de la sociedad han dado cuenta de potencialidades emergentes y se han abocado a encontrar un lugar en el espacio político. La estructura económica nacional depende de tres elementos clave: la deuda, la gran constelación transnacional y el gobierno estadounidense. La deuda es el soporte creciente del déficit externo y, en esa medida, palanca decisiva del ritmo de crecimiento económico y consecuentemente uno de los frenos principales para la recuperación y el sostenimiento del desarrollo y la vinculación de modo asimétrico a la economía mundial y en particular a los Estados Unidos (Cordera, número 1

de 1985). Sobre el crecimiento de la deuda, escribe María Elena Cardero: "El crecimiento de la deuda tiene por lo menos tres dimensiones: una productiva, una financiera y una especulativa, vinculadas entre sí" (número 2 de 1984). Esta vinculación ha afectado a la expansión del Estado y ha acelerado la especulación. "La oferta de bienes —afirma Cordera— depende cada vez más de las importaciones [...] la reproducción económica está cada vez más condicionada por nuestra capacidad para comprar maquinaria y equipo en el exterior y a su vez esa capacidad para comprar más está cercada por los compromisos financieros externos, las decisiones económicas foráneas y los movimientos de precios de unos cuantos productos, todos ellos decididos afuera y sin nuestro concurso" (número 1 de 1985). El modelo de desarrollo que ha seguido el país —continúa este autor— ha llevado a la dependencia, situación que no es sólo económica, sino global y que afecta "todas las dimensiones de la fábrica social" pues circunscribe y acorrala la posibilidad nacional de decidir y de pensar en el largo plazo (*idem*). Se trata de un modelo, como afirma Gilberto Guevara, que ha tenido como eje ordenador la industrialización dependiente y que trae consigo contradicciones e incongruencias en el aparato productivo, en la relación campo-ciudad, en la distribución, en la balanza de pagos, en el ingreso, en el equilibrio ecológico, en los servicios, en la gestión estatal, en la vida política y en la cultura.⁷⁴

En lo que se refiere a la cuestión de la población, que se considera clave para el desarrollo futuro de México, ésta ha sido objeto de importantes transformaciones en las últimas décadas. Según Brígida García y Orlandina de Oliveira, México se caracterizó desde los años cuarenta hasta mediados de los setenta por altas tasas de crecimiento demográfico debidas al descenso de la mortalidad (que, por supuesto, esconde diferencias entre los distintos sectores de la sociedad y regiones del país y así, por ejemplo, la esperanza de vida de los más privilegiados es 13 años mayor que la que impera entre los más depauperados) y a la permanencia de niveles elevados de fecundidad. Pero a partir de esa fecha, el ritmo de crecimiento de la población total comenzó a descender debido a la baja de la fecundidad por razones sociales, económicas e ideológicas y por el uso de anticonceptivos, que se ha incrementado de manera notable. El otro elemento importante en la dinámica poblacional es el de las migraciones internas, que han sido muy intensas desde los años cuarenta hacia las ciudades fronterizas, las grandes áreas metropolitanas, las zonas de agricultura comercial, las zonas petroleras y las áreas de desarrollo turístico, todas las cuales requieren, por la naturaleza de su expansión económica, fuertes volúmenes de población en edad activa. Los migrantes participan como obreros y en los servicios, pero también en ocupaciones marginales, y sufren el subempleo y el desempleo (número 1 de 1985). Es importante anotar el crecimiento de la participación femenina en el

⁷⁴ Guevara, cit. en *idem*.

trabajo (en la PEA), sobre todo en el sector terciario de la economía (De Barbieri, número 2 de 1986).

Según Iván Restrepo, el crecimiento en México de unos cuantos polos geográficos en función del tipo de desarrollo económico, ha provocado anarquía y disparidad absolutas: zonas industriales y residenciales, ciudades perdidas sin servicios en medio de lujosas mansiones y los diversos problemas ambientales que se han generado: falta de servicios básicos y adecuados como transporte, vialidad, agua potable, alcantarillado, falta de zonas verdes y de recreación, peligrosa contaminación atmosférica y problemas con el agua, la basura, la flora, la fauna, el suelo, los bosques, los alimentos. La contaminación por agentes químicos constituye hoy un problema muy serio y es que, en los países atrasados y por la necesidad de obtener el desarrollo, no sólo se derrochan los recursos sin ningún cuidado, sino que se acepta la internacionalización de la contaminación en la nueva división de trabajo a nivel mundial, instalándose en ellos empresas que no podrían funcionar en los países desarrollados con el nivel de contaminación —desechos de diversa índole y procesos industriales— que afectan profundamente a la naturaleza (número 1 de 1985).

Según Ricardo Tirado, “La dinámica del sistema político mexicano es tal que en coyunturas de desajuste económico y de ascenso de las luchas populares y/o de creciente deterioro de la legitimidad, el gobierno impulsa reformas económico sociales que generan un álgido conflicto.” Este autor encuentra que las fuerzas, agentes y actores principales que reaccionan ante los reformismos gubernamentales, son sobre todo los empresarios, el Partido Acción Nacional y la Iglesia católica (número 1 de 1985). En cuanto a los primeros, escriben Matilde Luna y Ricardo Tirado: “Uno de los aspectos más notables de la vida política en México en los últimos años es la presencia política de los empresarios, misma que se ha desarrollado en el marco de graves conflictos con el gobierno y agudas crisis económicas” (número 2 de 1984); y agrega el segundo de los autores: “En general son los empresarios quienes asumen el liderazgo de la reacción y hegemonizan al movimiento opositor. Sin embargo los sectores medios son clave porque su ubicuidad social, el ‘capital educativo y cultural’ que poseen y el prestigio y la relevancia social de que gozan les permite constituirse en transmisores privilegiados de la ideología” (número 1 de 1985). Sobre las clases medias escribe Soledad Loaeza que son clases heterogéneas, fluidas, que tienen valores y actitudes comunes y que son un “factor de considerable importancia en el desarrollo social por su posición estratégica en el sistema político” (número 2 de 1983). En cuanto a la Iglesia, que según Tirado es un actor político clave, pues maneja símbolos muy arraigados en amplios sectores de la población, Loaeza afirma que es creciente su intervención en los asuntos del poder en el seno de la sociedad mexicana “recogiendo y articulando impulsos y demandas sociales que no encuentran canales civiles apropiados para expresarse y organizarse” (número 1 de 1985).

Un grupo de presión que es importante mencionar son los militares, estudiados por Guillermo Boils, quien afirma que se ha dado un proceso de modernización en las instituciones castrenses del país, así como la adopción de nuevas concepciones estratégicas para el esquema de la seguridad militar que tiene que ver con el imperativo de mantener el orden en el interior, ya sea con acciones directamente coercitivas o con otras de índole preventiva y de acción cívica, y de reforzar militarmente la zona del sureste en donde se encuentra el petróleo (que, como escribe Manuel Boltvinik, es un sector clave de la economía y de alto grado de concentración en la oferta primaria de energía con altos índices en su uso en México —véase Boltvinik, número 2 de 1984—) y en donde se resienten los efectos de la crisis social y militar centroamericana y de la lucha contra el narcotráfico, que es de importancia fundamental (Boils, número 1 de 1985).

En lo que se refiere a los sectores sociales, según Raúl Trejo Delarbre, en el caso de los obreros, hay más de veinte millones de trabajadores en los distintos sectores de la producción (agropecuario y pesquero, minería, industria manufacturera, construcción, electricidad, comercio, hoteles y restaurantes, transportes, servicios de almacenamiento y comunicaciones, servicios financieros, de seguros y bienes inmuebles y un amplio rubro de lo que llama “servicios comunales, sociales y personales”). Cada año, 800 000 mexicanos demandan nuevos empleos, sin que aún se satisfaga el rezago ya existente en este terreno. De esos más de veinte millones de trabajadores, más de la mitad no están sindicalizados. De entre los que sí lo están, se conforma un universo de once mil sindicatos que abarcan a unos cuatro millones de trabajadores que se encuentran ubicados principalmente en las áreas estratégicas de la actividad económica, ya sea en los sectores controlados por el Estado —energéticos, ferrocarriles, minería y metalurgia, servicios bancarios— o en la empresa privada —automotriz, textil, etcétera. Las cinco principales centrales son la CTM —que ejerce el liderazgo— la CROC, la CROM, la COR y la CGT con más de dos millones de trabajadores. En el Congreso del Trabajo, la distribución de fuerzas pone en primer lugar a la CTM con más de un millón de trabajadores; después, a las otras centrales, con casi un millón, a la FSTSE con un millón y a otros sindicatos y federaciones nacionales con menos de medio millón. Al lado de este conglomerado se ubican pequeñas formaciones obreras que se mantienen al margen del sindicalismo mayoritario, como son la Unidad Obrera Independiente, formada por un centenar de sindicatos de empresa, o la Federación Nacional de Sindicatos Independientes, o el Frente Auténtico del Trabajo. Hay sindicatos como el SUNTU —con el STUNAM— que participan dentro del Congreso del Trabajo. “En el movimiento sindical de hoy existen sindicatos, centrales, tendencias ideológicas, afinidades políticas y estilos de lucha muy diversos” (Trejo, número 1 de 1985).

En lo que se refiere a los campesinos, escribe Leonel Campos: “En México más de dos millones de familias campesinas, que representan cerca

de quince millones de habitantes, dependen de la agricultura parcelaria y se encuentran ligados estrechamente a la problemática engendrada por la penetración de las relaciones capitalistas en el campo y por la sumisión de las formas productivas campesinas a la dinámica reproductiva del capital" (número 3 de 1985). Por eso Luisa Paré afirma que "a mediados de los ochenta la polémica se desplaza de la falsa disyuntiva campesinización-proletarización es decir, lucha por la tierra-lucha sindical, a otro nivel: el de la lucha por la tierra o la lucha por la producción" (número 4 de 1985). Y es que esto tiene que ver con el problema central de los alimentos que es uno de los más críticos en este momento, debido, como escribe John Heath, a la naturaleza de la dependencia externa de México y a los múltiples errores en la política implementada por el Estado mexicano a partir de la segunda guerra mundial en materia alimentaria. "El problema se ve agravado además por las ineficiencias en el sistema de distribución" (número 3 de 1985). Según Beatriz Canabal, la crisis afectó duramente a la producción agrícola, la cual desde los setenta decreció en casi tres por ciento, obligando a que de la entrada de divisas por el petróleo se tuviera que derivar una parte importante para la compra de alimentos al exterior. De ahí que las preocupaciones fundamentales del gobierno sean, desde hace diez años, recuperar la autosuficiencia alimentaria y organizar a los campesinos para evitar las formas improductivas y llevar créditos, asistencia técnica e insumos, así como hacer eficiente la compra y venta de los bienes. En los últimos dos sexenios con este objetivo se creó, primero, el Sistema Alimentario Mexicano, y después, el Programa Nacional de Alimentos, ninguno de los cuales ha sido totalmente exitoso. Por lo que se refiere a la organización campesina, decaída y desarticulada, la misma autora afirma que ésta empezó a tomar forma de nuevo hacia fines de los setenta, con la creación de la Coordinadora Nacional Plan de Ayala, cuyo objetivo era consolidar organizaciones regionales y coordinarse a nivel nacional. Además de ella, fueron creadas otras uniones independientes de campesinos para llevar a cabo formas de organización productiva eficaces y capaces de enfrentar a los acaparadores rurales y a las empresas comercializadoras (número 1 de 1985).

Uno de los temas claves de la época, para la sociología, fue la marginalidad. No podemos olvidar las condiciones de pobreza en que viven las mayorías de nuestro país, tanto en las zonas rurales atrasadas, como entre grandes sectores de las zonas urbanas. En este sentido, Hilda Herzer habla de marginalidad como la "situación de la población de los barrios pobres urbanos, de los campesinos minifundistas y de los jornaleros sin tierra. La palabra alude a las condiciones de vida que estructuralmente traen consigo el hambre, la enfermedad, una mala situación habitacional, escasa educación e información, al igual que la desocupación y la subocupación" (número 1 de 1983), y es que, como afirma Manuel Castels, la crisis no fue sólo económica, sino también política y cultural: "La percepción social de las crisis toma con frecuencia la forma de sentimientos colectivos

con respecto al deterioro de la calidad de vida"; y puesto que la forma material de nuestra vida cotidiana ha adoptado la forma espacial de lo que llamamos la región metropolitana, la ciudad moderna y el proceso de urbanización en general han llegado a asociarse con muchos de nuestros males sociales, económicos y ecológicos. Las políticas estatales orientadas a resolverlos dependen de los límites impuestos por las restricciones presupuestarias y por la capacidad de imponer las medidas de autoridad, pero también dependen del papel que puedan desempeñar los movimientos sociales urbanos y las organizaciones y partidos (Castells, número 4 de 1984). Escribe Jordi Borja que "los movimientos urbanos contribuyen a la organización de algunos sectores sociales o bien a nuevos frentes de conflictividad social [...] A través de los movimientos urbanos se expresa una fuerza colectiva que antes estaba atomizada, se abre una crisis en el sistema político-económico local y éste no es capaz de momento de satisfacer, y ni siquiera de recibir las demandas sociales. Se actualizan valores que antes sólo se reconocían en abstracto (por ejemplo, el derecho a la vivienda o a la escuela) e incluso se reconocen nuevos derechos sociales (sobre la vivienda ante las expropiaciones, sobre los aparatos domésticos ante los programas de obras públicas, sobre el derecho a disponer de centros sociales, sobre la participación y el control ciudadanos) o al menos se legitiman necesidades por cuya satisfacción se lucha [...] Para llegar a estos resultados, los movimientos urbanos deben efectuar una larga marcha a través de las instituciones y la vida política, deben dar cohesión a una colectividad social, deben establecer relaciones conflictivas y de negociación, pero estables, con los órganos del Estado, deben adquirir legitimidad social, es decir, influir sobre los valores dominantes y sobre la lucha de clases global, deben conquistar momentos de hegemonía" (número 4 de 1981); tal organización consiste —según Carlos Pereyra— en "imponer la aceptación socialmente generalizada de un conjunto de creencias según las cuales el proyecto histórico construido con base en el principio de la propiedad privada, constituye la mejor opción para el interés global de la sociedad y para los diferentes segmentos de la población [...] La lucha por la hegemonía no se reduce a la confrontación de esos principios, sino que se erigen complejos sistemas de valores, ideales y aspiraciones" (número 2 de 1984).

La cuestión de los movimientos sociales urbanos llevó a preguntarse sobre el problema de la conflictividad social, en la medida en que ellos plantean demandas que, como afirma Arturo Warman, establecen alianzas y correlaciones de fuerza en la arena política nacional (número 1 de 1988), para convertirse, como sostiene Manuel Castells, "cada vez más en un juego político y en un lugar estratégico" (número 4 de 1984). En este sentido, se habla de diferentes tipos de conflictos que hacen referencia a este problema. Escriben Martha Shteingart y Manuel Perló: "es posible reconocer dentro de los conflictos urbanos las siguientes distinciones: 1) Luchas urbanas: todo tipo de respuestas de la población frente a con-

tradiciones urbanas; por lo general se trata de reacciones espontáneas y defensivas que difícilmente alcanzan instancias organizativas permanentes; 2) movimientos urbanos: movilizaciones urbanas a través de los cuales grupos organizados logran obtener ciertas reivindicaciones puntuales que no tienen mayor influencia fuera de su ámbito limitado de acción y 3) movimientos sociales urbanos que son aquellos que por su grado de desarrollo y su presencia política así como por los objetivos transformadores y las prácticas que impulsan pueden alterar procesos implícitos en la lógica capitalista del desarrollo urbano que afectan más directamente a los sectores populares.

”Es evidente —escriben los mismos autores— que la situación económica se ha ido agravando en los últimos años, sobre todo a partir de 1980, cuando después del *boom* petrolero comienza un período en el que la baja de los precios del petróleo en el mercado internacional agrava la crisis estructural que venía padeciendo la economía mexicana. No es probable que esta situación pueda mejorar sensiblemente en el futuro y es indudable que ello agravará aún más las condiciones de vida no sólo de los sectores populares sino de amplios grupos de las clases medias” (número 4 de 1984). Si a esta situación agregamos que, como sostiene Edgar Jiménez, en América Latina “asistimos a una desintegración institucional de las instancias parlamentarias [...] la sociedad civil se halla desmovilizada [...] asistimos a la pérdida y el abandono creciente de los valores nacionales y a una ofensiva de otros espacios tales como la corrupción, la drogadicción y la delincuencia (número 3 de 1986), entenderemos que no es casualidad que al finalizar la década, la pregunta sea otra vez la de la democracia.

DEL OPTIMISMO Y EL PESIMISMO

En efecto, a fines de la década de los ochenta el tema de la democracia ha vuelto a colocarse en el centro del debate de los científicos sociales. De ello dan cuenta la publicación en español en 1986 del libro de Norberto Bobbio *El futuro de la democracia*, así como los festejos por los veinte años de la publicación del clásico *La democracia en México* de Pablo González Casanova, y los muchos artículos no sólo sobre este tema sino sobre otros relacionados con él, como es el caso de la muy llevada y traída “concertación social”.

¿Por qué vuelve este tema a las ciencias sociales? Según Sara Gordon, “el tema volvió al tapete por el creciente cierre de canales a la organización y participación política de las masas”, es decir, por el fracaso de los programas para salir de la crisis (número 2 de 1981). En efecto, la crisis fue enfrentada con programas de estabilización económica ortodoxos, vinculados con el Fondo Monetario Internacional, los cuales fracasaron en México, Bolivia, Perú, Argentina y Brasil, y que se toparon

en países como Colombia y Venezuela, con el rechazo de las políticas de austeridad. “Por lo general —escribe William Smith— las políticas ortodoxas han tenido mucho más éxito en cuanto al objetivo de los pagos externos que en la reducción de la inflación [...] Los programas convencionales de estabilización han fracasado en detener la inflación por una variedad de razones técnicas, pero son igualmente cruciales los agudos conflictos crecientes de orden social y de distribución” (número 2 de 1987). De modo que, según escribe Tomas Amadeo Vasconi, se abrió en ámbito de luchas democrático-populares que acentuó los contenidos igualitarios y profundizó las libertades para las clases subordinadas (número 3 de 1986). Se trata de luchas que superan los marcos ideológicos del liberalismo y cambian a su favor la correlación de fuerzas en el plano sociopolítico, de modo que es posible afirmar que, a partir del derrumbe de las dictaduras conosureñas, de la revolución en Nicaragua y las acciones de la guerrilla centroamericana, de los esfuerzos de Contadora y las imposiciones del reaganismo —sobre las que ha escrito María Emilia Paz (número 3 de 1985)—; y en México, de los desastres causados por los sismos y por las acciones mismas de la clase política, se ha venido produciendo la emergencia de nuevas fuerzas sociales que luchan por la democracia. Pero no se trata de una democracia concebida en términos de las ilusiones de los años sesenta, sino de nuevos elementos. “La falta de exactitud con que se habla de democracia —escribe González Casanova— ligada al entusiasmo colosal que en el continente despierta la democracia, constituye uno de los retos más importantes para las ciencias sociales. ¿Cómo anda hoy en nuestra América la lucha por una democracia con poder? Ése es el problema. Mi impresión es que la lucha por esa democracia con poder se está enfrentando de una manera distinta a la política de mediaciones y mediatizaciones del sistema interamericano y de los distintos sistemas políticos y estructuras estatales que hay en él. En países donde la socialdemocracia y el populismo han tenido algunos éxitos, el cambio parece ser distinto al de aquellos donde las mediaciones políticas han sido derrotadas o barridas por dictaduras” (número 3 de 1986).

¿Dónde radica la diferencia de esta concepción de la democracia que se tiene hoy con la que se tenía hace veinte años?, o como se pregunta Sergio Zermeño, “¿El término democracia que íbamos a utilizar [...] venía al caso por ser un término de moda o porque estábamos efectivamente frente al surgimiento de un nuevo tipo de manifestaciones sociales en el ámbito nacional o latinoamericano? (número 2 de 1987). La respuesta a esta pregunta radica en que hoy se concibe como democracia ya no un puro proceso de ganar representación, sino un programa con un contenido social y político que supera los estrechos marcos de la democracia liberal electoral y supone la participación social, la ampliación de los derechos y libertades y la incorporación de sectores y regiones que han quedado marginados.

A partir de este amplio planteamiento, encontramos que hay propues-

tas de diferentes caminos hacia la democracia que van desde mejor distribución de los alimentos y mayor descentralización, hasta más acceso a la cultura, pero todas consideran la participación de los nuevos actores sociales. “La democracia supone —escribe Francisco Weffort— alteraciones drásticas en la política económica, redefiniéndola para atender demandas populares. Es evidente que la democracia deberá contribuir a la supresión de las desigualdades sociales extremas que impiden a la mayoría del pueblo el acceso a la ciudadanía”. Y Orlando Fals Borda escribe: “No podrá ser realidad democrática de verdad, si no nos seguimos proponiendo traducir la vida y a la acción el actual paradigma emergente de la participación. Sigamos, pues preparando la partida de la democracia representativa, sin mostrarle ingratitud, por cuanto obtuvo en términos de las libertades y avances tecnológicos y tratemos de avanzar hacia la democracia participativa ensayando sus nuevas formas, en la expectativa de que el proceso político lleve a la nueva hegemonía de las organizaciones populares de base” (número 3 de 1986). Para Roberto Santana: “La democracia que nos preocupa no es ni más ni menos que la democracia pluralista, en términos ideológicos [...] como una actitud de aceptación de realidades diversificadas tocando los más diversos planos de la existencia social. Cuando se habla de democracia se trata de [...] la cuestión de la autonomía política, es decir, de la posibilidad de los grupos sociales —y al interior de estos, de los individuos— de fijarse a sí mismos sus propias reglas, sus propias leyes, dentro de los límites impuestos por las exigencias de la articulación externa de cada grupo con los otros grupos haciendo parte de la formación social [...] la autonomía es el único terreno donde una pluralidad de sujetos sociales puede ejercer realmente una búsqueda prometedora de las formas más apropiadas de convivencia” (número 2 de 1987).

En síntesis, a fines de la década de los ochenta la cuestión de la democracia se plantea otra vez como central, pero es concebida de otra manera: en relación ya no sólo con el Estado y los procesos políticos, sino con los movimientos sociales y con la situación misma de la crisis. Escribe Henry Pease: “En los ochenta nos hemos acostumbrado a la precariedad económica y política. Construir la democracia desde esa precariedad supone entender las crisis sucesivas en la economía, la sociedad y la política, buscando darles curso en función de una alternativa de masas que no cierre los espacios abiertos, que privilegie la participación y que entienda la lucha del pueblo —construyendo factores de poder— como proceso colectivo que desde abajo va armando mínimos de consenso”. (número 2 de 1988). Y Sergio Zermeño aclara: “Un enfoque sobre la democracia emergente en colectividades restringidas (tradicionales y modernas) buscaría destacar las especificidades y las diferencias entre las luchas sociales de abierta ruptura o aquellas que tienden a desplazarse hacia el sistema político e institucional (sindicatos, partidos, parlamento...) por una parte y por otra los movimientos sociales de base” (número 4 de 1987). Claro

que entonces, y para efectivamente abandonar las ilusiones y ver las realidades, es necesario observar que los movimientos sociales a que se ha hecho referencia tienen signos ideológicos diversos. "No son coincidencias fortuitas los conservadurismos en Suecia, Alemania, Estados Unidos, Portugal, Inglaterra" escribió Ugo Pipitone (número 4 de 1979). Lo mismo que Alan Wolfe, Allen Hunter y John Kenneth Galbraith para Estados Unidos, Chantal Mouffe y Luciano Gruppo para Europa, Luis Maira para América Latina y Sara Sefchovich para México. Pipitone habla de "la embestida conservadora" y de "la nueva derecha" surgidas a raíz de la "concentración de contradicciones" —como definió algún autor a la crisis—, así como de "ese giro a la derecha que dieron las estrategias políticas en los ochenta y la incapacidad de las fuerzas sociales para enfrentar ese fenómeno", según apunta Stuart Hall (número extraordinario de 1981). Escribe Edgard Jiménez: "Frente al desconcierto del pueblo latinoamericano por la magnitud de la crisis y la multipolarización ideológica de las distintas fuerzas sociales y políticas, asistimos a la reestructuración y al fortalecimiento de la derecha tradicional, en un intento por construir una nueva clase que en alianza con el sector tecnócrata pueda conformar un sector político dirigente, recurriendo en algunos casos a líderes del pasado, utilizando banderas políticas desgastadas cuyo contenido es radicalmente distinto [...] El dilema de América Latina pareciera no ser ya dictadura o democracia, sino reformismo o proyecto de la derecha" (número 3 de 1986). Otros autores en cambio ven el problema de manera distinta. Para Sergio Zermeño, lo importante es dar cuenta de los que llama "movimientos sociales de base" de las "democracias emergentes" y "restringidas", a los que organiza en dos tipos:

1) Los que tienden a formar frentes, uniones, coordinadoras, centrales, alianzas y partidos cuyo objetivo es unificar esos movimientos y manifestaciones (legitimados o no) con el fin de concentrar un poder que los conduzca a influir en la política nacional y eventualmente en el control del Estado; y 2) los movimientos, dirigencias y corrientes que rechazan las estructuras verticales y la política y sólo de vez en cuando participan en centrales, alianzas, frentes o coordinadoras por considerarlos jerárquicos, corruptibles, y en el extremo, una pieza más del sistema de dominación presente (en particular, de los partidos políticos) y especifica sus parámetros desde el punto fundamental de partida de que no se trata de los grandes actores históricos (clases, masas, etcétera) sino de una nueva tendencia que es la de los actores de base que tienen: *a*) una posición no confrontacionista y en esa medida defensiva ante la represión endémica venida de la poderosa burocracia gobernante; *b*) una delicada situación internacional que empuja a las luchas sociales a deslindarse ideológica y políticamente de las corrientes comunistas, guevaristas, maoístas y hasta socialistas que el militarismo americano ha convertido en sinónimo de enclave cubano-soviético y que levantan suspicacias gratuitas entre la población movilizada; *c*) casi como respuesta a lo anterior, estos movi-

mientos tienden a balancear esa desideologización, acercándose a los métodos y contenidos cristianos de base (también protestantes) para el cambio social, o al menos coexistiendo con ellos (como ya lo mostraron los artículos de Jean Pierre Bastián números extraordinario de 1981 y 2 de 1983); d) tienden igualmente a establecer sus demandas en torno a problemas concretos (agua, abastecimiento, escuela, transporte) y buscan soluciones para esta colectividad y en el corto plazo, y no para toda la nación dentro de veinte años. Hay también una pragmatización de sus horizontes de demandas y éstos tienden a ser medidos cuantitativamente (más tierra, más empleo, mejores salarios, mejores precios) (Zermeño, número 4 de 1987).⁷⁵

Como todas las tendencias en el pensamiento social, tampoco ésta, que apunta hacia la democracia latinoamericana, es única. Hay otra corriente que habla de la disolución, desintegración, deterioro, desorden en la realidad como consecuencia de la pobreza, la delincuencia y el desempleo y que hace una "sociología de la decadencia" (como le ha llamado E. Tironi) o "sociología negativa" que se refiere a la entrada en "una fase gris de racionalización de la acción social" (según afirman Fernando Calderón y Elizabeth Jelin).⁷⁶ Se trata de estudios sobre las formas estancadas y no sobre la modernización ni el desarrollo, y así los explica Alain Touraine: "Los marginados chilenos, mexicanos, brasileños, no hablan el lenguaje del desarrollo, de las fuerzas productivas, de la evolución de la modernización, sino el lenguaje de los nuevos movimientos sociales anti-nucleares, ecologistas, pacifistas, de mujeres, etcétera. La meta [...] el juego, no es la historia, es el sistema y el sector envuelto en la lucha no es el trabajador sino la persona humana [...] Los marginados a través de sus elementos de acción [...] ya se colocan en el universo de nociones y fuerzas que corresponde al proceso futuro."⁷⁷ Hay también quienes hablan incluso de ingobernabilidad, desde el teórico Klaus Offe (número 1 de 1980) hasta el caso concreto de México que analiza Lawrence Whitehead (número extraordinario de 1981).

DEL MÉTODO

El debate sobre la democracia y los nuevos actores sociales, llevó —una vez más— a los científicos sociales, a fines de la década de los ochenta, a un replanteamiento de su papel, pero también a una revisión de los problemas teórico-metodológicos de su disciplina. Escribe Rocío Grediaga: "Uno de los problemas centrales de la discusión epistemológica en las ciencias sociales desde el siglo XIX ha sido el grado en que la realidad

⁷⁵ Sergio Zermeño, "De Mérida a Portoalegre: la ruta del pesimismo", México, HSUNAM, mimeo, 1988.

⁷⁶ Autores citados en *idem*.

⁷⁷ Touraine, cit. en *idem*.

puede ser aprehendida a través de la reflexión teórica” (número 1 de 1987). Después del surgimiento del marxismo y para responder a este problema, la sociología se había dividido en dos campos, cada uno con su propia creación intelectual y sus paradigmas, con sus teorías e instituciones y cada uno perfectamente separado del otro. Del programa comtiano por una sociología pura y positiva nació lo que Alvin Gouldner llama la “sociología clásica”, que va desde Durkheim y la antropología inglesa hasta la sociología académica del funcionalismo norteamericano —principalmente Parsons y Merton— orientado a las clases medias y al estudio del orden social y el consenso moral. La rama contemporánea de ese árbol fue el Círculo de Viena, con los positivistas lógicos que en los años treinta negaron cualquier metafísica —incluso la empirista— afirmando que solamente pueden ser significativas las proposiciones matemáticas, y que las proposiciones de las ciencias naturales deben ser verificadas, pues para ellos la verificación era la única filosofía de la ciencia en la medida en que una proposición verificable es una proposición verdadera. Desde el fisicalismo de Carnap y Neurath hasta el probabilismo de Reichenbach, se adoptaron las formas más extremas del relativismo positivista. Para conciliar experiencia y razonamiento, el Círculo de Viena eligió el camino de la construcción de una rigurosa lógica del lenguaje en la cual, después, la escuela analítica inglesa, muy influida por Wittgenstein, plantearía la idea de que lo que debe analizarse es el lenguaje cotidiano y no las preocupaciones de orden lógico (De la Garza, número 1 de 1987). En los años sesenta, una de las figuras más relevantes en las discusiones epistemológicas fue Karl Popper, quien también defendía el punto de vista de la ciencia natural de la sociedad, de la unidad del método y de la posibilidad de una sociología científica al modo de las ciencias naturales. Pero al mismo tiempo, como escribe Fernando Castañeda: “Popper mantuvo la idea de un criterio de demarcación que delimitara entre lo racional y lo no racional y la idea de que la realidad empírica desempeña un papel en la demarcación [...] a diferencia del positivismo lógico, en la idea de Popper la realidad empírica no puede desempeñar una función positiva de verificación sino simplemente negativa, para refutar la teoría” (número 1 de 1987).

Las consecuencias de esta epistemología son significativas para las ciencias sociales. “A diferencia de Carnap —escribe el mismo autor— que trató de construir una fundamentación lógica de la inducción a partir de la probabilidad, Popper rechaza toda posibilidad de inducción. En segundo lugar, en la medida en que para Popper no hay un punto de partida empírico para la teoría, la relación entre ideología y ciencia se relativiza. Finalmente, no hay un progreso acumulativo de la ciencia en el sentido del positivismo” (*idem*). Será Kuhn quien más critique estas concepciones de Popper que usan a la lógica como instrumento de falsación, lo que le parece un problema semántico o pragmático ingenuo, pues “sigue creyendo en la empiria como criterio de racionalidad de la ciencia” (*idem*).

De modo que, como escribe Enrique de la Garza: "Entender lo empírico como lo observable resulta lo dominante en la ciencia moderna. Detrás está toda la historia de la conformación de la concepción de ciencia natural" (número 1 de 1987).

El marxismo, por su parte, puso en duda la posibilidad del conocimiento neutro y objetivo que no fuera producto de los intereses de quien desarrollaba el proceso para llegar a él, o como escribe Pierre Bourdieu: "Un objeto de investigación, por más parcial y parcelado que sea, no puede ser definido y construido sino en función de una problemática teórica que permita someter a un sistemático examen todos los aspectos de la realidad puestos en relación por los problemas que le son planteados" (Bourdieu cit. por De la Garza en *idem*). Marx, al incorporar el problema de la historicidad, no puede tomar el dato como dado, sino como construido históricamente. "La revolución teórica de Marx implica la convicción de que los hechos nunca son dados sino construidos".⁷⁸ Esta perspectiva enfatiza el papel activo del sujeto en el proceso de construcción, pues los hechos no son aprehensibles en forma neutra, y la observación de los mismos, es decir, el que se constituyan en fenómenos susceptibles de análisis, implica tanto el momento histórico en que se pretende analizar a los mismos como la óptica de quien hace el análisis; o como lo pone De la Garza: "(Esto) hace posible que el sujeto sea no sólo verificador de lo teórico, sino también alimentador del propio proceso de reconstrucción de la teoría", es decir "se reconoce que el dato es siempre un dato construido, a partir de conceptos científicos o del lenguaje común, y en esta medida, la conversión de la 'experiencia' en dato estará también sujeta a mediaciones teóricas, prácticas y culturales" (número 1 de 1987). Es éste un modo de pensar con base en la reconstrucción en el cual, a diferencia del positivismo donde no se plantea como problema la cuestión de la realidad en movimiento como articulación entre objeto y sujeto, se pretende dar cuenta del movimiento, lo cual plantea nuevos retos en el plano de lo empírico que "se orientan a recuperar —escribe Hugo Zemelman— las articulaciones entre diferentes niveles de la realidad en torno de un objeto particular" así como a su articulación. El mismo Zemelman reflexiona en la *Revista* sobre una propuesta epistemológica de este tipo: "Una propuesta epistemológica orientada a ser el reflejo tanto del momento histórico por el que atraviesan las ciencias sociales como de sus particularidades cognoscitivas, reconoce los siguientes supuestos principales: mutabilidad histórica de sus contenidos, no restringirse exclusivamente al supuesto de que hay leyes que regulan el desenvolvimiento de la sociedad y que la realidad social, en cuanto incluye la presencia de sujetos sociales, se caracteriza por la dimensión de la direccionalidad de sus procesos constitutivos, rasgos todos que reconocen como *sustratum* una compleja dinámica que opera en el

⁷⁸ Alonso, *op. cit.*, p. 41.

plano de la realidad socio-histórica [...] El quehacer científico no puede limitarse a la comprobación de hipótesis porque ello significa aceptar que el trabajo de la ciencia se construye sobre un concepto limitado de objetividad [...] y] que se impone un concepto estático de realidad [...] Desde esta perspectiva, el conocimiento no consiste en llegar a la determinación de un objeto desde premisas teóricas y a través de algún mecanismo de ajuste dar cuenta de su objetividad, sino por el contrario, se trata de reconocer problemáticas que contengan muchos objetos posibles de ser teorizados. Lo anterior plantea tener que determinar la persistencia de uno u otro enfoque teórico, lo que se vincula con una visión dinámica de la realidad fundada en la articulación entre lo objetivo y lo subjetivo” (número 1 de 1987). Se trata aquí de una perspectiva en la que se rescata la totalidad, la cual “por constituir una articulación, incluye elementos de la realidad en forma que los objetos construidos reflejen el modo de concreción de la totalidad social en un tiempo y espacio determinados. Por lo tanto, la totalidad se ubica en el ámbito de la construcción de visiones dinámicas y articuladas de la realidad, las cuales conjugan la dimensión tanto objetiva como subjetiva en un campo de objetos” (*idem*). Y se trata también de una perspectiva que pasa de lo abstracto a lo concreto como proceso del conocimiento científico, de modo tal que: “El pensar histórico es más que un esfuerzo de explicación [pues] la realidad socio-histórica no puede restringirse a los marcos de la explicación” (*idem*).

CINCUENTA AÑOS

Cincuenta años han pasado desde que se inició la publicación de la *Revista Mexicana de Sociología*. Se dice fácil. Cincuenta años sin detenerse, publicando cada tres meses un número y en algunas ocasiones números extraordinarios, reuniendo artículos, organizando temas y bibliografías, traduciendo, participando de los debates del día. Cincuenta años en los que se pasó de unos modos de hacer sociología a otros completamente distintos. Escribe Carlos Martínez Assad sobre este largo lapso: “Con el paso de varios regímenes presidenciales, la Revolución mexicana se institucionalizó. Hubo momentos de fuertes crisis políticas y problemas económicos con repercusiones sociales. Las clases sociales se delinearón con mayor precisión, el proletariado creció a la par que el humo de las chimeneas de las grandes fábricas y espaciosas carreteras cubrieron el paisaje nacional. Mientras tanto, el campesinado subsistió pese al constante enfrentamiento con los signos de la modernización. Las clases medias, por su parte, desarrollaron sus propios valores y pautas culturales, el ruido de los cláxones de los automóviles aumentó en las ciudades y en los escaparates de los grandes centros comerciales se reflejó la miseria [...] El estudio y probables medidas de solución de los grandes problemas nacionales fueron motivo de preocupación de varias generaciones de intelect-

tuales entre los cuales destacaron Mariano Otero, Andrés Molina Enríquez, Miguel Othón de Mendizábal, Lucio Mendietta y Núñez, Pablo González Casanova [...] La sociología, conocida en México desde que la introdujeron los positivistas y científicos en el siglo XIX [...] fue dando sus primeros pasos en este período de la posrevolución mexicana, y así surgiría [...] el interés por el estudio de los problemas de la población, por la sociología regional, por el congestionamiento de las ciudades grandes y medianas, por la delincuencia, por los sectores medios, y junto a los tópicos del desarrollo económico, se mantuvo el interés por el estudio de los indígenas y de los campesinos" (número 1 de 1985).

Lo primero que se hizo al nacer la sociología como disciplina institucionalizada en México, fue integrarse al debate internacional sobre su condición científica, sobre sus objetivos y conceptos básicos y sobre el papel de los científicos sociales. Para ello se tradujeron artículos que abrían perspectivas sociológicas, se resumió y presentó la historia de la sociología y a los autores clásicos desde Comte, Durkheim y Weber hasta Pareto, Von Wiese, Veblen, Simmel, Tarde, Tonnies y otros; fueron mostrados los avances en cuanto a técnicas de investigación y ensayos "encuadrados en sociologías particulares: sociología de la familia, del lenguaje, del folclore, de la educación, de la religión entre otras. El peso de la tradición jurídica se expresaba claramente en el elevado número de colaboraciones dedicadas a las llamadas sociología del derecho y sociología penal y del crimen".⁷⁹ Los productos del Instituto de Investigaciones Sociales aún eran escasos en cuanto a los desarrollos teórico-metodológicos de la disciplina y lo que se hacía era más bien reproducir los esquemas de la antropología y el derecho, que eran las dos disciplinas con más arraigo entre los pensadores de este continente. "La disciplina nace sin autonomía, íntimamente ligada al derecho y a la antropología" afirma José Luis Reyna.⁸⁰ Y en efecto, la sociología mexicana se ocupó de analizar cuestiones como la criminalidad, la familia, etcétera, desde una perspectiva jurídica y con la carga de una fuerte tradición liberal-humanista; de definir sus objetos y conceptos desde un punto de vista positivo-empírico y funcionalista; en el mejor estilo en que se hacía esta disciplina en los Estados Unidos, así como de localizar y describir a los cuarenta y ocho grupos indígenas que había en el territorio nacional desde una perspectiva antropológica en la forma como lo planteó Manuel Gamio y considerando que el problema indígena era uno de los grandes problemas nacionales sobre los cuales había que trabajar para ofrecer soluciones. Por lo demás, y fuera de esta preocupación, fue ésta una época —que durará hasta fines de los cincuenta— en que no hubo muchos trabajos sobre la situación política, económica e incluso social del país, ni desde una perspectiva histórica ni sobre el momento coyuntural, pues según Reyna, o bien no había especialistas preparados para hacerlo, o bien no se cuestionaba la legitimidad

⁷⁹ Arguedas y Loyo, *op. cit.*, p. 10.

⁸⁰ Reyna, *op. cit.*, p. 52.

del sistema político mexicano nacido de la revolución, que todavía entonces era un mito sin mácula: “ocultar las contradicciones aparecía como la pauta dominante”.⁸¹ En estos años, y como lo han mostrado Lorenzo Meyer y Manuel Camacho, los estudios sobre México fueron hechos por estadounidenses. Siguiendo la tradición de Beals, Ross y Simpson, escribieron Tannenbaum, Cline, Scott, Vernon, Brandenburg, Padgett y otros, que hicieron interpretaciones generales, preocupados por entender a este país, que había pasado por una revolución y parecía iniciar su despegue económico. Se trata de excelentes estudios, con muchos datos y con las perspectivas teóricas del momento: el funcionalismo, el conductismo o el estructuralismo, que influirán en el tipo de investigaciones que se harán en México, sobre todo en el área de la economía y la ciencia política.⁸²

No estuvo solo el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional en su tarea, ni sola la *Revista Mexicana de Sociología* en la suya. En los años cuarenta y cincuenta, fueron fundados El Colegio de México, el Instituto Nacional de Antropología e Historia y el Instituto Nacional Indigenista, instituciones también dedicadas a la investigación y la formación académicas. Además, nació el Fondo de Cultura Económica, empresa editorial que publicó a los primeros sociólogos latinoamericanos —como Medina Echavarría, quien dirigió la colección sociológica—; que tradujo a los clásicos del pensamiento social —Weber, Marx, Mannheim, Comte, Redfield, Webber, Gurvitch, Merton, Wright Mills— y los difundió por todo el continente y que inició la publicación de estudios concretos sobre México hechos por autores de la talla de Jose Iturriaga (su célebre estudio comprehensivo *La estructura social y cultural de México*), Manuel Germán Parra, Antonio Carrillo Flores y otros. Diversas revistas nacieron en esos años en México como *El trimestre Económico*, *Cuadernos Americanos*, *Investigación Económica*, *Problemas Agrícolas e Industriales de México* —para citar sólo algunas— y hubo congresos de sociología nacionales y latinoamericanos. Sobre éstos escriben Loyo y Arguedas: “Los que corresponden a 1950 y 1951 abarcaron temas de sociología general, el resto tuvo como objeto sociologías específicas: 1952 sociología criminal, 1953 sociología de la educación, 1954 sociología económica, 1955 sociología rural, 1956 sociología urbana, 1957 sociología del derecho, 1958 sociología de la revolución, 1959 sociología de la planificación, 1960 sociología de la política, 1961 sociología del trabajo y del ocio, 1962 sociología del desarrollo, 1963 sociología de la seguridad social, 1964 sociología de la reforma agraria, 1965 sociología del conflicto y la cooperación.”⁸³ Se observa a través de los años el cambio en los intereses y los avances en esta disciplina que pasa de la sociología general y del derecho a la

⁸¹ *Idem.*

⁸² Manuel Camacho y Lorenzo Meyer, “La ciencia política en México”, en *Sociología y . . .*, *op. cit.*

⁸³ Arguedas y Loyo, *op. cit.*

sociología del desarrollo y la planificación. Los trabajos sobre temas específicamente mexicanos siguieron siendo escasos, aunque cuando los hubo, sus temas fueron principalmente de sociología de la población y de estudio sobre el desarrollo de comunidades, áreas en las que el IISUNAM fue indiscutible pionero.

A la sociología formalista y empirista que dominó los primeros veinticinco años de la *Revista Mexicana de Sociología*, época de don Lucio Mendieta y Núñez, le sucedió en la década de los sesenta una reacción fuerte que se opuso al punto de vista de lo que Jorge Graciarena llamaba la "neutralidad valorativa" y la "objetividad", o de lo que Pablo González Casanova llamaba "la agresividad técnica" de la sociología norteamericana y que se apoyó en el interés por la historia y la política, así como en el método marxista. "El problema no gira alrededor de variables, sino de procesos históricos" escribió José Antonio Alonso, resumiendo la cuestión y explicando el afán por profundizar en la investigación específicamente latinoamericana desde este punto de vista. De modo que ya no entraron en el desarrollo de esta disciplina en nuestro continente autores como Homans, Goffman o Barrington Moore, que retomaron la estafeta de la sociología norteamericana, aprovechando su afán por fundamentarse en datos, pero librándola de la carga empiricista, y sobre todo funcionalista; sino solamente aquellos pensadores críticos que se orientaban a la economía y al marxismo, como Hoselitz, Barraclough, Feder, Wright Mills y Gunder Frank, y en su lugar vuelven el marxismo y los autores europeos, junto con los latinoamericanos que inauguraban formas de interpretación. Este cambio lo inició en la *Revista Mexicana de Sociología* Pablo González Casanova, quien al tiempo que organizaba planes nacionales de investigación en ciencias sociales, reorganizaba la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, y daba inicio a la concesión de becas a estudiantes para ir al extranjero a especializarse, le daba a la *Revista* un giro total hacia los problemas latinoamericanos. Es la época de las primeras visiones globales del proceso histórico de América Latina, formadas a partir del tema obsesivo de la modernización. Éste se inició con la oposición de sociedades tradicionales y modernas, usando para ello distintas vertientes del pensamiento: desde la que oponía solidaridad mecánica a solidaridad orgánica, pasando por las que oponían comunidad y sociedad (*gemeinschaft* y *Gesellschaft*), o sociedad *folk* y sociedad urbana, hasta llegar a las concepciones de la sociedad dual. Se trata, en todos los casos, como ha afirmado Alain Touraine, de modelos que suponen la capacidad de absorción progresiva y suficiente de lo tradicional por lo moderno.⁸⁴

La modernización se convirtió pronto en sinónimo de desarrollo con las teorías de la CEPAL, en las que se creyó encontrar la fórmula para

⁸⁴ Alain Touraine, *Actores sociales y pautas de acción colectiva en América Latina*, documento de trabajo OIT-PREALC, enero, 1984, p. 4.

lograrlo. De modo que se pasaba de un modelo “hacia afuera” (basado en la exportación de productos primarios) a un modelo que pretendía la industrialización (que empezaba por la sustitución de importaciones y los regímenes populistas que buscaban el fortalecimiento del Estado nacional como agente del desarrollo y como árbitro entre las clases). Fue ésta una época de optimismo, en la que pareció lograrse la autonomía y el mercado interno, y que duró hasta los años sesenta, con el concurso de los científicos sociales, los estudiantes, los guerrilleros y la Iglesia de la liberación, quienes creyeron poder contribuir no sólo al desarrollo de sus respectivos países y de todo el continente, sino incluso al socialismo, cada quien desde su respectiva trinchera y con su propio marxismo. Sin embargo, como escribe Touraine: “El estancamiento relativo o total de varias economías nacionales al final del período de desarrollo hacia adentro y de regímenes políticos que combinaban en formas muy diversas la incorporación de sectores modernos de la economía y políticas de integración nacional, tuvo como consecuencia intelectual la difusión de otro modelo de interpretación que reemplazó al estudio culturalista de la modernización por el análisis de la lógica de un sistema. Mientras la noción de modernización se refiere a un sistema cultural de valores, la noción de dependencia se refiere a un sistema cuya lógica interna determina el comportamiento de actores que no tienen la capacidad de transformarlo [...] De la misma manera que el tema de la modernización implica la tendencia mecánica hacia un grado creciente de racionalización y diversificación, el tema de la dependencia implica la tendencia a un desnivel creciente entre centro y periferia.”⁸⁵

Es así como en la sociología latinoamericana se terminan las grandilocuencias y las utopías sobre el continente y su unidad y se profundiza en la forma de ser de los países de este continente, en su historia, en el funcionamiento de sus sistemas sociales y económicos y en sus desequilibrios, y empiezan los años de investigación sobre el colonialismo, el imperialismo, el subdesarrollo y la dependencia. Las nuevas maneras de interpretar fueron desde Germani hasta Stavenhagen, desde Gunder Frank hasta Cardoso y Faletto; desde Sunkel, Marini, González Casanova, Dos Santos, Fernandes, Ianni, Quijano y otros, hasta Weffort y los críticos de la teoría de la dependencia y Graciarena y la idea más flexible de los “estilos de desarrollo”.

En la sociología mexicana fueron los años en que esta misma línea de reflexión abrió un camino que terminó para siempre con el silencio sobre el país que caracterizó a los años cuarenta y cincuenta, para dar paso a analizar la desigualdad social, la cuestión agraria, de tenencia de la tierra y de los campesinos, la condición de los obreros, el divorcio entre la estructura política formal y la real, las diferencias regionales y por clase, los procesos de urbanización y la cuestión demográfica. Son años de intensa

⁸⁵ *Idem*, p. 6.

reflexión política (Silva Herzog, García Cantú) y económica (Flores, Aguilar, Carmona, Carrión, Navarrete, Urquidi), años de trabajo de campo (Pozas, Martínez Ríos, las encuestas de El Colegio de México), y de esfuerzos teóricos (López Cámara, Flores Olea, González Pedrero), años de crítica (al “milagro mexicano”, al “desarrollo estabilizador”) y de enormes proyectos y publicaciones importantes: *México a través de los siglos*, *Historia moderna de México*, *Historia de la Revolución mexicana*, *Proyecciones de la población en México* de Raúl Benítez Zenteno, *Estadísticas y censos de México* de Rubén Gleason, *Migración y desigualdad social en México* de Humberto Muñoz, Orlandina de Oliveira y Claudio Stern, *Las clases sociales en América Latina* coordinado por Pablo González Casanova y otros. En esos años nacen nuevas instituciones dentro de la UNAM, centros de investigación en el país y en todo el continente, muchas revistas y editoriales (Siglo XXI ocupa un lugar preponderante), se organiza conferencias regionales, trabajos interinstitucionales y de equipo, todo para estudiar y entender la especificidad histórica del continente y de cada país, de su proceso histórico y del papel de las clases y grupos sociales, para *planificar* el cambio a partir de ese conocimiento. Los resultados aparecen en libros, algunos de los cuales siguen siendo fundamentales hoy: desde *La democracia en México* de Pablo González Casanova hasta *Dependencia y desarrollo en América Latina* de Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, para no mencionar los documentos de la CEPAL, los muchos libros aparecidos en todo el continente y las ponencias e informes presentados en infinidad de reuniones.

La producción del IISUNAM y los artículos de la *Revista* tienen esta definida orientación. La teoría y la metodología van quedando atrás, en el período 1949-1965 hay, según Arguedas y Loyo, 43 artículos de análisis de conceptos sociológicos, y para el período 1965-1976, 6 artículos solamente; para teoría sociológica la relación es de 42 a 12, para metodología y técnicas de investigación de 43 a 21 y de artículos sobre la obra de sociólogos determinados el número disminuye de 42 a 3;⁸⁶ y su lugar lo ocupan los estudios históricos sobre América Latina y sobre cada país en concreto. Además, se preparan bibliografías muy completas sobre diversos temas, con el fin de contribuir al conocimiento, siempre en la tónica intercontinental e interdisciplinaria.

Cada vez más se va produciendo una radicalización en las ciencias sociales “que se traduce en una sociología mucho más comprometida con la realidad y más crítica del sistema”, según afirma José Luis Reyna, lo cual significó un cambio importante, no sólo en el tratamiento de los problemas, sino en la práctica sociológica misma. “La investigación se orientó a mostrar, sobre bases objetivas y pruebas rigurosas, las deficiencias, las injusticias y los vicios arraigados del sistema, con el fin de explicar sus mecanismos de operación.”⁸⁷

⁸⁶ Arguedas y Loyo, *op. cit.*, p. 303-nota.

⁸⁷ Reyna, *op. cit.*, p. 58.

Conforme avanzan los setenta, es creciente el interés por una sociología política y particularmente por el Estado: “si el tema de los sesenta fue la dependencia, el de los setenta tiende a ser el Estado”, escribió el mismo autor, en tanto que se lo consideraba como la pieza central que prestaba sentido al sistema y a la sociedad en su conjunto (de ahí que se lea tanto a Gramsci en la época), y la institución principal dentro de una serie de otras también estudiadas como los partidos y los sindicatos. Se analizan asimismo los empresarios, los procesos de dominación política y los mecanismos de control político: “La articulación entre Estado y clases sociales constituye el punto hacia el que convergen estos estudios”, escriben Loyo y Arguedas. “Los resultados, que presentan heterogeneidad en cuanto al enfoque y la profundidad, configuran un conjunto valioso. Destacan cuando menos dos tipos de tratamiento a estos problemas: de una parte, el afán por lograr una descripción del grupo en cuestión, de su estratificación interna y de su posición relativa en la estructura social; priva cierto énfasis por el aspecto morfológico, lo que no excluye la reflexión sobre determinados puntos. Por otra parte, la tendencia a realizar un estudio fundamentalmente histórico que aclare la génesis y desarrollo de ese grupo hasta llegar a su condición actual.”⁸⁸ Ahí están para dar fe de este afán los artículos de Kaplan, O’Donnel, Lechner, De Riz, Labastida y tantos más sobre este tema que fue dominante en la sociología latinoamericana de los años setenta y al que Julio Labastida dio prioridad en su gestión como director del IISUNAM y la *Revista Mexicana de Sociología* y que colorea también los estudios en los que seguía siendo pionera la sociología mexicana, en campos como la demografía, las migraciones, la fuerza de trabajo, la marginalidad y los problemas urbanos, como se puede ver en los trabajos de Benítez, Muñoz, Oliveira, García, Unikel, Garza, Stern, Cabrera.

El marxismo siguió siendo en esta época un instrumento teórico fundamental y continuaron los intensos debates y nuevas aportaciones que respecto a él se hacían en Europa. El libro de Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución mexicana*, abre en 1973 una perspectiva para los estudios sociales en el análisis de un tema que apenas empezaba a develarse: la ideología. Pero más bien, su importancia radica en que, como era el objetivo de todos los pensadores latinoamericanos del momento, cumple con el rigor y el abandono del acartonamiento teórico y del economicismo en su explicación de la especificidad del capitalismo mexicano. Como él, éste será el objetivo y el logro de Juan Felipe Leal, Arturo Warman, José Woldenberg, Sergio de la Peña, Roger Bartra, Carlos Pereyra, Rolando Cordera, Jorge Basurto, Julio Labastida, Lorenzo Meyer, que en sus trabajos abrieron nuevas formas de investigar y, sobre todo, nuevas formas de interpretar. “La cadena multiplicadora de conocimiento que inicia *La democracia en México* en 1965 tiende a consolidarse como práctica de

⁸⁸ Arguedas y Loyo, *op. cit.*, p. 35.

investigación en *El perfil de México en 1980*", afirma un autor al referirse a este último libro que es un conjunto de investigaciones donde se aborda la realidad mexicana no sólo desde aspectos teóricos y empíricos, sino con el compromiso crítico de los investigadores.

Hacia fines de los años setenta fue necesario abandonar el análisis global con grandes interpretaciones, y pasar al análisis específico de un universo reducido. Y es que el optimismo de los científicos sociales se había estrellado contra la realidad de un continente no sólo cada vez más empobrecido y dependiente, sino sumido en los más atroces autoritarismos y represiones. Ello condujo a un replanteamiento de las ciencias sociales en el que cada vez se fue optando más por analizar situaciones concretas, pero sin perder de vista la relación con la totalidad. Se trataba, como ya lo había pedido Justo Sierra desde 1885, de "ser más sobrios en generalizaciones" y "no regresar a [...] las grandes teorías absolutas fundadas sobre un corto número de hechos insuficientemente observados". Campesinos, grupos dominantes, perspectivas económicas, burguesía, proletariado industrial y agrícola, caciques, formas de control político, organizaciones de clase, son los temas dominantes. Según Cardoso, "la tarea de la sociología latinoamericana durante las décadas pasadas había sido interpretar la forma en que los países latinoamericanos se incorporaron dentro del proceso de desarrollo del capitalismo moderno. En este sentido, lo que los sociólogos latinoamericanos hicieron fue revisar los marcos clásicos de la teoría sociológica a la luz de la realidad de la región. Ahora, la situación es distinta: se trata de entender las modificaciones de la sociedad moderna a la luz del desarrollo de las nuevas fuerzas productivas y de la nueva división del trabajo que se está gestando" (Cardoso cit. por Castañeda, número 1 de 1987). De esta manera, escribe Castañeda, Cardoso equiparaba la crisis de la sociología latinoamericana a principios de los ochenta con la crisis de las ciencias sociales en su totalidad, particularmente del marxismo que, según Althusser, estaba atascado en la ortodoxia teórica y la hipocresía política; a su vez, esta crisis tenía que ver con la crisis en la economía y la política. El camino que se abrió para intentar sacar adelante a la disciplina de esa situación y permitirle seguir teniendo una utilidad, fue el que iba cada vez más a situaciones aún más precisas: las coyunturas y estudios regionales, que retoman la historia, pero analizan de ella un momento concreto o un área particular y suponen que a partir de este conocimiento profundo podrán orientar su sentido hacia lo más amplio. Como afirma José Antonio Alonso, estos trabajos ya no presuponen la uniformidad e indivisión del capitalismo, sino que suponen un carácter histórico y temporal que obliga a generar una metodología adecuada para conseguir su objetivo y hacer uso de las técnicas más conducentes.⁸⁹ La *Revista*, bajo la dirección de Carlos Martínez Assad, dio cuenta en múltiples trabajos, de este nuevo modo de ver los problemas. "Las críticas al

⁸⁹ Alonso, *op. cit.*, pp. 17-18.

estado actual de la sociedad y la búsqueda de nuevos valores rectores se ha desarrollado desde todos los campos”, afirman Meyer y Camacho.⁹⁰ Y en efecto, eso se hizo en México analizando con rigor al país desde todos sus ángulos. Y por supuesto, eso no sólo lo hicieron los sociólogos y no sólo se hizo en el IISUNAM, sino que fue labor de académicos de todo tipo —Héctor Aguilar Camín, Adolfo Gilly, Luis Villoro, Enrique Krauze—, de novelistas y periodistas —Miguel Ángel Granados Chapa, Luis Spota, Carlos Fuentes, José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis, Elena Poniatowska— y de políticos —Heberto Castillo, Miguel Ángel Conchello, Arnoldo Martínez Verdugo.

El elemento central a partir del cual se hicieron los estudios en la década de los ochenta fue la crisis. Crisis del capitalismo mundial y del modelo de desarrollo mexicano. De modo que después de cincuenta años de paz social y crecimiento económico llegó la crisis. “Ella mostró en el espacio de unos cuantos meses todos los efectos negativos acumulados durante los últimos años: los engranajes concretos de la integración industrial que amenazan la planta productiva; el cerco financiero tendido a la economía mexicana como mecanismo transmisor de los intereses norteamericanos; la dependencia del dólar que transforma la economía en especulación.”⁹¹

Hacia mediados de la década, los científicos sociales empezaron a notar que se habían terminado algunos modos de ser tradicionales del sistema y que era necesario abrir cauce a otros. Los que se habían acabado eran: “El crecimiento económico sostenido, el modelo de desarrollo con financiamiento externo, el pacto corporativo como eje de la negociación de clases y élites, el presidencialismo omnímodo con su sistema de partido dominante, el nacionalismo como emanación de la cultura estatal pos-revolucionaria y la ciudad de México como ombligo del país.” Y las nuevas realidades que emergían eran: “Las clases medias y ciudadanías emergentes, hijos sociales de la modernización, una nueva sociedad de masas urbanas y los aparatos de comunicación que la uniforman con el mismo vaho de expectativas y consumos, una insurrección electoral, una beligerante opinión pública, un nuevo centro histórico nacional en el norte de México, la inserción del país en el mercado mundial mediante la integración con Estados Unidos y la economía de maquila.”⁹²

Hacia finales de la década de los ochenta, la realidad latinoamericana, donde los autoritarismos parecen debilitarse una vez más y la crisis económica no halla salida, ha convertido en dominante el tema de los movimientos sociales: organización, movilizaciones, luchas o resistencia de los que Jordi Borja ha llamado “nuevos frentes de conflictividad social” y que

⁹⁰ Camacho y Meyer, *op. cit.*

⁹¹ Seichovich, *México: país de ideas...*, *op. cit.*, y cit. en Cesáreo Morales, *op. cit.*, p. 259.

⁹² *Idem* y cit. en Héctor Aguilar Camín, “El canto del futuro”, *Nexos*, núm. 100, abril de 1986, pp. 199-200.

expresan una fuerza colectiva tal, que ponen en jaque al sistema político, incapaz de satisfacer sus demandas. Se trata de actores y movimientos ya no políticos, sino sociales, que introducen nuevas pautas de acción colectiva, fuera ya de toda subordinación a los actores políticos tradicionales (como sindicatos y partidos) y funcionan “como respuestas positivas o negativas a las intervenciones del Estado más que a iniciativas de otros actores sociales”.⁹³

Su nacimiento y acciones han obligado a los científicos sociales a replantearse una vez más el futuro de este continente y su propia tarea. Y esto se ha hecho desde dos perspectivas: una optimista y otra pesimista. En la primera están quienes conciben la posibilidad de la democracia como alternativa, factible de nuevo para este continente, pero ahora entendida ya no con una estrecha concepción liberal, como proceso de representación, sino como programa con contenido social y político, que supone la participación social y la integración de sectores y regiones antes marginados; en la pesimista están quienes hablan de una sociología negativa, que se ocupa de las formas estancadas, de la disolución social y de la decadencia en nuestras sociedades.

El replanteamiento de estas cuestiones ha tenido que ver con la teoría y el método capaces de incorporar todas las novedades a la sociología, y en este sentido se ha iniciado un intenso trabajo de reflexión para superar los obstáculos que impiden “crear las condiciones teóricas” —afirman Manuel Castells y Emilio de Ipola— para la producción de conocimientos en este campo. ¿Cuál es ese mecanismo de superación? Es, según afirma Enrique de la Garza, el que pasa del empirismo —es decir, de la creencia en que existen y pueden ser observados los hechos sociales— a la reconstrucción —es decir, la que considera que los hechos no son descubiertos, sino contruidos—, lo que significa una ruptura teórica metodológica en la sociología que es a su vez continuidad del pensamiento marxista, y su inclusión en la historia y en el punto de vista de clase. Pero es también, un replanteamiento no sólo de la herramienta de análisis, sino de su concepción misma, pues se pretende ahora reunir la macrosociología de los años sesenta con la microsociología de los ochenta para conformar un enfoque único, que no sólo relacione los elementos, sino que los vincule para dar cuenta de lo histórico y lo coyuntural, de la lógica de la dominación y de la capacidad de intervención social. Así lo especifica Touraine: “El análisis de los cambios sociales y políticos en América Latina ha seguido en general un método histórico y comparativo, apoyado en el conocimiento de las etapas de las relaciones económicas entre los países del continente y los mercados centrales de bienes de capitales. La limitación de este método, que ha producido obras de alta calidad, es que no puede definir las relaciones que existen entre varias orientaciones de la acción colectiva, ni cómo se vinculan entre sí los efectos de la dependencia nacional, de las

⁹³ Touraine, *op. cit.*, pp. 103, 105 y 115.

relaciones de clases y de la modernización. Parece entonces útil complementar estos estudios 'macrosociológicos' con un análisis 'microsociológico' de las categorías de la acción social en América Latina." ⁹⁴

CINCUENTA AÑOS OTRA VEZ

De modo, pues, que han pasado cincuenta años. Durante ellos, muchas cosas han cambiado: los países, los esquemas mentales, los problemas y sus planteamientos, las técnicas de investigación. Durante este tiempo, y como afirma Pablo González Casanova, la sociología latinoamericana "pasó por etapas alternativas de optimismo y pesimismo que corresponden a la historia de su política y sobre todo, de las ideas y los estilos de las clases dirigentes".⁹⁵ En efecto, encontramos varias etapas de optimismo: la que se produjo a raíz de la independencia de las repúblicas y hasta mediados del siglo pasado, con la influencia del liberalismo y del romanticismo, cuando se creyó que era posible ser civilizados; después la de las últimas décadas del siglo XIX y principios del XX, cuando la influencia del positivismo comtiano y spenceriano, así como del modernismo, hicieron creer que la educación podría llevarnos a la modernidad; después, la de la primera posguerra, con la influencia del pensamiento jurídico; y ya en los años cuarenta, con la influencia del empirismo, cuando se creyó que un régimen de derecho y técnicas adecuadas de investigación social eran el camino suficiente para lograrlo; y por fin, la de los años sesenta, con la influencia del marxismo aunada a los triunfos del socialismo en algunos países y a las luchas de liberación en otros, cuando se creyó en el desarrollo —sustentado en la industrialización y en la distribución equitativa— como posibilidad viable para este continente. A su vez, existen también las etapas del pesimismo, que ocurren entre las del optimismo y que por lo general tienen que ver con momentos de conservadurismo y autoritarismo, para producir "lamentaciones de las inferioridades raciales y elogios de las dictaduras" según afirma González Casanova, quien agrega: "Las variaciones sin duda provienen de algunos cambios en las categorías sociales, del crecimiento de las ciudades y la población calificada, de la tecnología y estudios universitarios, de las fábricas y las comunicaciones que se desarrollan y a estas fuentes de cambio se añaden los distintos prestigios de las filosofías, que van desde el liberalismo clásico hasta el socialismo —soviético en los años treinta y cubano en los sesenta— pasando por las más distintas variantes del populismo, desde la Revolución mexicana de 1910 hasta los derrocados regímenes populistas de los cincuenta [...] Las modas o los estilos de escribir e investigar son sin duda también una fuente de variación que va del enciclopedismo decimonónico a la especialización y del estilo neoclásico (retórico) y afrancesado al mal

⁹⁴ *Idem*, p. 127.

⁹⁵ González Casanova, "Los clásicos...", *op. cit.*, pp. 7-8.

español —con sus anglicismos— sin que deje de haber en todo este tiempo algunos muy buenos escritores.”⁹⁶

Durante las etapas pesimistas y las optimistas de este siglo, se ha publicado la *Revista Mexicana de Sociología*, dando cuenta del pensamiento social. En todos estos años, han cambiado las teorías, visiones del mundo, ideologías y modos de interpretar. Muchas influencias llegaron a este continente, pero todas ellas fueron adaptadas y matizadas por nuestros pensadores y por nuestra realidad, sin que nunca se las siguiera al pie de la letra. Es lo que ocurrió con la escolástica, el liberalismo, el positivismo, el organicismo, el funcionalismo y el marxismo. Además, aquí nacieron formas propias de interpretar, ansiosas todas ellas por llevar al conocimiento y también al cambio, como sucedió con las teorías del desarrollo y la dependencia.

Si recapitulamos sobre las líneas temáticas principales de la *Revista* durante cincuenta años, veremos que no son demasiadas y que ciertas preocupaciones han sido muy definidas: la cientificidad de la sociología (desde la definición misma de la disciplina hasta la de clases sociales y cambio); la metodología y las técnicas de investigación; la sociología política (desde el estudio del Estado y los procesos y grupos políticos hasta las situaciones de coyuntura); la historia (el análisis del capitalismo en México y América Latina); las cuestiones demográficas (estructura y dinámica de la población, migraciones, fuerza de trabajo, movilidad social, marginalidad); las cuestiones urbanas (desde las políticas respecto a ellas hasta la vivienda y los servicios); las cuestiones obreras; los problemas indígenas, campesinos y de la tierra; el papel de los científicos sociales y de los intelectuales con el de la educación y recientemente la crisis. Los ejes en torno a los cuales ha girado esta publicación han sido el de la modernización, el desarrollo y el cambio, los grupos sociales y los procesos políticos, y su visión ha pasado de la micro a la macrosociología y al mismo tiempo de lo general a lo particular para llegar hoy a una visión global que enfoca los dos aspectos. Ha habido también importantes silencios, aunque no son muchos, y destaca entre ellos el relativo al estudio de la familia y la cultura, así como a temas cuya importancia se ha reconocido apenas recientemente, como sucede con la ideología, la vida cotidiana, los medios de comunicación y la cultura de masas, el análisis del discurso y las nuevas técnicas surgidas a partir de la cibernética. Es notable la escasez de estudios sobre situaciones inmediatas, que sin embargo afectan de manera importante no sólo al pensamiento social, sino a los acontecimientos mismos, como es el caso de la Revolución cubana, la caída del gobierno de Allende en Chile o las elecciones de 1988 en México. Esto se debe a que se trata de una revista de reflexión e interpretación, y no de análisis inmediato, aunque recientemente se ha ido acercando más esto último, por lo cual se ha dado un cambio en las fuentes que pasaron

⁹⁶ *Idem*, p. 10.

de ser libros —teóricos, históricos, etcétera—, archivos y estadísticas, a ser periódicos y revistas del día.

En lo que se refiere a la metodología, la *Revista* ha pasado de la concepción empiricista de “recoger el dato”, a la concepción marxista sustentada en la economía y la historia, y por fin a la elaboración actual constructivista —heredera de varias escuelas— donde el dato “se construye”, lo cual ha significado el paso de la “descripción” de los hechos a su “interpretación”.

Todo lo anterior permite considerar, a diferencia de autores que como Glaucio Dillon Soares ven a la *Revista Mexicana de Sociología* como una publicación de poca calidad, de poca consistencia o sin ninguna influencia en el ámbito académico,⁹⁷ que las líneas principales, sobre las que ella sí abundó —y lo hizo hasta en demasía— constituyeron las principales tendencias de la sociología y que en ellas su calidad fue alta, sus autores los más destacados y su influencia definitiva, medido esto menos en términos cuantitativos como pretende el mismo Soares (es decir, por citas a los artículos publicados) y más en términos del peso específico que en el pensamiento social latinoamericano e incluso en las decisiones políticas y económicas tuvieron y tienen los temas por ella tratados, y sobre todo los autores que en ella escribieron. En este sentido, el esfuerzo ha valido la pena, y se integra de manera global a la corriente del optimismo latinoamericano, ésa que cree que es posible que los científicos sociales contribuyan al cambio por la vía de lo que se ha dado en llamar “la nueva sociología latinoamericana”, la cual, como advertía René Zavaleta, pretende un conocimiento crítico de nuestras sociedades basado en “la manera como ocurren las cosas [... es decir, que] la naturaleza de la materia debería determinar la índole de su conocimiento”, abandonando las pretensiones de aplicar “gramáticas universales a formaciones diversas”. “El reconocimiento de realidades complejas motiva a reaccionar contra los usos simplistas y esquemáticos [...] y motiva también a desarrollar una razón fluida, no fosilizada ni cosificada, que esté abierta al movimiento permanente de la crítica radical” (Zavaleta, número 1 de 1976). Se trata, como afirman Sotelo y Alonso de una sociología que se caracteriza “por su compromiso activo con un proceso de cambio” y “su afán de rigor científico.”⁹⁸

⁹⁷ Glaucio Ary Dillon Soares, “Comentarios sobre el programa de publicaciones del IISUNAM” documento inédito, IISUNAM, agosto de 1982.

⁹⁸ Sotelo cit. en Alonso, *op. cit.*